Cristina Harari

PARADIGMA

trópico de ESCORPIO editorial

Cristina Harari

PARADIGMA

trópico de ESCORPIO

PARADIGMA
Primera edición: abril 2021

ISBN: 978-607-8773-09-1

© Cristina Harari
© Gilda Consuelo Salinas Quiñones
(Trópico de Escorpio)
Empresa 34 B-203, Col. San Juan
CDMX, 03730
www.gildasalinasescritora.com
Trópico de Escorpio

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Distribución: Trópico de Escorpio
www.tropicodeescorpio.com.mx
Trópico de Escorpio

Diseño editorial: Karina Flores
Ilustración de portada: Alexandra Haynak en Pixabay

HECHO EN MÉXICO

Quizá todos nuestros amores no sean más que
simples ilusiones y símbolos…
Quizá tú y yo no seamos más que meros paradigmas,
y esta tristeza que a veces nos envuelve nazca
de la desilusión de nuestra búsqueda,
cada uno a través y más allá del otro,
vislumbrando momentáneamente, y de vez en cuando,
la sombra que dobla la esquina
un paso o dos antes que nosotros.

Evelyn Waugh

Preámbulo

Llegar primero es lo único que importa, y en esa carrera loca de cientos de miles que lo intentan, el instinto, ese rasgo primitivo de sobrevivencia, es lo que guía el trayecto.

Desde un principio se establece el reto, una batalla, la naturaleza débil superada por el más fuerte. Salen al unísono, en estampida y, aunque todos se encaminan a la misma meta, solo uno tendrá éxito. La movilidad está regida por el ímpetu de seguir adelante, una fuerza involuntaria que arrastra hacia la fecundación.

La primera manifestación del gen egoísta, un vestigio arcaico que faculta la subsistencia, manifestado a veces de manera visible, presente como una sombra no reconocida.

En ese líquido viscoso, el instinto de preservación lo catapulta hacia el objetivo para fundirse y permanecer en esa oscuridad creadora. Después de penetrar la membrana surgirá el proceso de replicación: atcg… ttga… cgat… gatc… y así hasta completar el patrón.

1. En la oscuridad

Aún duda si ese bebé debe nacer, las condiciones no se prestan. El médico de guardia dijo que el embarazo podía seguir su curso normal. ¿Normal? y, cómo sabe si esto puede llamarse así. Un crío sin padre, y las implicaciones legales que tendrá en un futuro, ¿quién en su sano juicio querría traer hijos a este mundo?

Grecia mira a su hija en esa cama, parece como si solo estuviera dormida. Trata de adivinar lo que podría estar pensando si tuviera conciencia de lo que sucede y el accidente no hubiera ocurrido.

El episodio del secuestro de la *Rusita* fue el detonador. Ella intentó hacer algo, se había involucrado de más, de otra manera no se explica la angustia que vio reflejada en el rostro de su hija, como si se hubiera tratado de alguien de su familia o una amiga cercana.

Y por si fuera poco, la situación comienza a complicarse con la noticia del embarazo. Si de ella dependiera, la joven se libraría de la carga que representa traer a un hijo que no fue planeado, porque de seguro ese ser en formación era producto de un acto irreflexivo o de una violación. Y lo que debe significar ser ultrajada de esa manera. Decide ir en busca del neurocirujano, no quiere poner en riesgo la vida de su hija.

—Gracias por recibirme, ¿doctor?

—García Cisneros, ¿en qué puedo ayudarla?

—Soy mamá de la joven hospitalizada en el cuarto 201. No sé bien cómo empezar, pero apelo a su buen juicio y asumo que comprenderá que, como responsable de mi hija, no puedo permitir que sufra una situación que puede y debe controlarse ya, de inmediato.

—El coma inducido es la mejor manera de prevenir que la inflamación dañe algunas partes del cerebro, aunque tengo entendido que ya se ha ido reduciendo el sedativo y es posible que su hija despierte por sí misma, pero debemos tener cuidado debido al traumatismo craneal que sufrió y esta es la única forma de

observar y controlar un daño permanente, algo que no hemos descartado.

—No me refiero a eso, doctor García. El médico que nos atendió primero, no recuerdo su nombre, dijo que está embarazada y como apenas regresó del extranjero, sabrá Dios si alguien abusó de ella y lo que quiero decirle, pedirle, es que como usted comprenderá, resulta necesario detener ese embarazo sin peligro para ella.

—Eso no es posible, señora Quiroga…

—Cáceres, soy divorciada.

—De acuerdo, como le decía, creo que en primer lugar eso debe platicarlo con ella, después de todo ya es mayor de edad y sería imprudente y falto de ética suspender la gestación que está algo avanzada.

—¿Cómo?

—Después del primer trimestre es riesgoso un aborto y solo si la vida de la madre peligra es posible contemplar el procedimiento que, desde luego, no sería factible, no a menos de que un médico lo dictaminara así y no es el caso.

De modo intempestivo, Grecia se levanta al tiempo que entre dientes deja escapar un “gracias” sin mucho convencimiento y sale al pasillo que ahora le parece un laberinto. ¿Hacia dónde está la habitación?

Entonces ella lo sabía desde antes y dejó que continuara. Luego desecha el pensamiento. No, se dice, ella siempre ha sido muy cuidadosa, aunque su ingenuidad pudo haberla llevado a cometer un acto de supuesto amor. Tal vez Azucena no ha pensado siquiera en la posibilidad de un aborto… La mujer ignora la realidad. Soy la única persona que está a su lado, podría persuadirla si tan solo pudiera escuchar, y si encontrara las palabras correctas.

Grecia trata de convencerse a sí misma de que ese “problema” tiene solución, porque la verdad resulta demasiado cruda; ella entenderá razones, lo único que desea es ahorrarle sufrimiento, no es tarde

para subsanar errores. No puede esconder la verdad, en sus manos estuvo que llevaran una mejor relación, ahora no es tiempo de mentiras, la falsedad nunca ha sido un recurso para ella por graves que sean las circunstancias, pero ¿no será demasiado tarde?

Cuidar de ella, aconsejarla, ¿le habría hecho caso? Siempre fue una chiquilla rebelde, aun cuando formaban una familia, a partir de la separación todo se fue a pique. De adolescente ni lo intentó, todo las separaba: el internado y la maestría que ella misma tomó en derecho internacional. El alejamiento de Julián, la beca en el extranjero, brechas que se fueron abriendo y que nadie pudo revertir, aunque sí, lo admite, gran parte de la culpa es suya.

El trato entre ellas se volvió aún más hostil cuando fue de visita al internado, ya tenía varios años lejos y tratar de convencerla de que regresara a vivir con ella fue un intento fallido. La forma de pensar, de conducirse era tan distinta que hizo imposible un acercamiento. La vida sigue adelante y nadie puede cambiar el pasado. Recuperar a su niña de esa pesadilla es lo único que importa, no es demasiado tarde, no puede serlo. El amor de una madre debe ser recibido, valorado. No, se dice, no hay pretextos, no estuve cerca y el resultado lo tengo frente a mí. Pero no soy la única culpable, ¿o sí?

Da con la habitación. Se detiene junto a la cama. Observa a su hija como si lo hiciera por primera vez; estudia su rostro ahora pálido, tendida ahí, como muerta. Entonces se acerca para decirle al oído: “Hija, despierta, aquí estoy contigo, vuelve, por favor”.

La enfermera interrumpe para revisar los signos vitales de la paciente.

—Señora, váyase a descansar un poco a su casa, aquí estamos al tanto.

—Lo sé, pero no podría, ella se va a despertar en cualquier momento, eso dijo el médico, y no se preocupe, no estoy sola, afuera está una amiga de mi hija, gracias.

—Como usted diga, me llamo Aurora, por si necesita algo.

—Espere, no he tomado nada. Aprovecho que está aquí, voy por

algo para beber de la máquina del piso, no tardo.

Elige el número 8 letra C que indica un café sin azúcar; una pequeña luz verde se enciende, el vaso desechable es colocado bajo el dispensador. Grecia espera para abrir la pequeña portezuela de plástico transparente, retirar el envase que apenas podrá sostener, de lo caliente que está, para luego dirigirse como malabarista por el pasillo. Al dar el primer sorbo se da cuenta de que pudo haber presionado cualquier botón porque la máquina, como si tuviera decisión propia, endulzó la bebida. No importa, necesitaba sentir algo en el estómago. Con todo y como odia estar en un hospital, no quiere apartarse de ahí.

Apenas se ha despegado del cuarto de Azucena, hospitalizada quién sabe hasta cuándo, y los nervios por regresar a su lado la hacen caminar más de prisa de lo que debería, tomando en cuenta el vaso caliente. Imagina el instante en que la joven regrese del coma y quiere, necesita estar a su lado.

Conforme va por el corredor tratando de apaciguar el líquido caliente que amenaza con desparramarse en cualquier momento, repasa el relámpago fatal, cuando Emilio Cervantes la llamó.

—Su hija no pasó la noche con la familia del señor Quiroga; sí fue de visita, pero un par de días antes. Que la vieron un tanto alterada. Luego salió porque tenía una cita, por cierto, con usted, doctora. Dijo que en un restorán y que se verían a las ocho.

Grecia siente que le cae encima todo el peso de los años que no estuvo a su lado. No se había percatado de hasta qué punto su hija necesitó tener una familia. A partir del internado empezó a gestarse la tragedia que ahora viven, es una herida abierta y no sabe de qué manera manejar el dolor; imagina fichas de dominó colocadas con estrategia: al impulsar la primera se desploman todas por inercia, una tras otra, mientras el abandono empieza a estrujarle el pecho.

No termina de entender las motivaciones que la llevaron a buscar a Julián, pero y él, ¿por qué no se ha comunicado? Claro, no sabe lo ocurrido, y quizás él sea responsable de esta tragedia.

No, se dijo reconociendo su parte, todo esto es resultado de las

decisiones que tomamos; nunca creí que la vida me fuera a enfrentar a lo mismo que a mí me sucedió. Justicia divina, alguien podría decir.

Mientras, la mente de Azucena es un arroyo que no encuentra cauce. El canto de un río que la llama, ese sonido hipnótico, el fluir del agua, la tiene cautiva en un sitio de oscuridad, no hay imágenes, solo palabras dispersas que vienen y van, un murmullo constante y adormecedor. No hay necesidad de volver, así se está bien, todo queda en el olvido, porque en lo más profundo de su ser ella no desea recordar.

2. La espía

En la tierra antes considerada territorio romano, el reino de Hispania se encuentra debilitado por las continuas guerras, la peste, la hambruna y el asedio de las huestes inconformes con el reinado. Numerosos concilios pretenden limar las diferencias religiosas y la capital, Toledo, se ha convertido en un sitio que alberga la urbe episcopal y civil.

A modo de paliar el abatido gobierno, el consenso fue unánime, y aunque por heredad no le toca ser rey, el nominado se prepara para ser ungido con la corona real. Corre el año 710 d.C., los romanos han sido desterrados y los visigodos que llegaron desde el Mar Negro al sur de ese territorio, con miras a conquistar la Galia, pronto fueron expulsados por los francos. La estirpe de origen germánico se instaló entonces más al sur, en la península, donde desde hace varios cientos de años gobiernan y modifican leyes a su antojo.

Pasarán décadas para que los vikingos logren la hazaña que los visigodos no lograron: invadir la gran isla con su ejército denominado pagano y masacrar a todos los religiosos del monasterio de Lindisfarne, y con ello dar inicio a la gran época danesa.

El conde Olián, gobernador de Ceuta, última posesión bizantina del Norte de África y aliado del depuesto Akhila, es uno de los nobles cercanos a la corte. Hasta el momento y por motivos de conveniencia, ha mantenido su adhesión a la corte visigoda, pero sabe que, en caso de necesitar apoyo, no dudará en solicitar ayuda de la milicia musulmana para derrocar a quien será propuesto como rey de las Hispanias y en quien tiene, como muchos, muy poca confianza.

Sin embargo, el noble comanda una de las huestes encargadas de combatir a los moros en la frontera y sabe que debe lealtad al reinado, sea o no de su agrado quien ocupe el trono.

Muerto Wikita, el penúltimo rey visigodo, su hijo Akhila ii es quien

debería ser ungido con el cetro real por la línea de sucesión patriarcal; sin embargo, debido al temor de que Akhila pudiera continuar con la política suave de su antecesor y por el peligro inminente de una invasión, después de interminables discusiones los *fidelis regis* o leales a la casa real, junto con el senado, y presionados por la imperiosa necesidad de conservar la tierra y la vida, eligen a Roderico, a quien tienen por el más apto dirigente y quien puede solucionar los constantes problemas de la zona. Consideran que por haberse formado en un castrum, su valentía lo avala, una cualidad garante para lograr la unidad de las distintas facciones en que se encuentra dividido el reino. Pensando en abolir el continuo asedio de los moros, el Concilio lo propone sin saber que esa supuesta valentía oculta un temple proclive al asesinato y a la crueldad.

Convidado a la coronación, el viudo conde Olián pide a su hija lo acompañe con el fin de que preste oídos a lo que puedan comentar los esbirros del nuevo rey; debe pasar inadvertida, pero estar atenta a cualquier indiscreción. Si como imagina, por vanagloriarse de su poder Roderico ha ventilado su estrategia, Flora bien puede servirle de espía.

Contrario a los planes del conde, tan pronto entran, las miradas se adhieren en la estampa de la joven; a sus dieciocho años muestra el porte de quien se sabe hermosa, camina con la seguridad de que a su paso el recinto se ilumina.

Por tratarse de un hombre mayor, el noble es conducido a una mesa aparte y Flora debe acompañar a las demás jóvenes que la reciben desplegando envidia.

La coronación se lleva a cabo en un clima de festejo por parte de pocos y de disgusto por la mayoría. La fiesta se prolonga durante varias horas en las que hay dispendio de licores y surtidas viandas para los convidados, el vino corre sin medida, mientras que las sobras son repartidas entre la tropa y los desperdicios lanzados a la calle donde los menesterosos aprovechan las miserias.

La tertulia aburre a la joven, departir con las insulsas damas de la corte la fastidia. Lo único que en verdad le pareció trascendente fue algo que comentaban los guardias apostados a la entrada del salón; se había aproximado con el pretexto de acariciar al galgo de pelaje

oscuro echado muy cerca. Uno de ellos aseguraba la veracidad de la historia de la cueva o casa cerrada, un recinto tapiado por los romanos, quienes pusieron el primer cerrojo, nadie debe atreverse a abrirlo, está prohibido y quien lo hiciere también quedará expuesto a la maldición que inevitablemente caerá sobre el profanador. Cómo le gustaría a ella ver el tesoro que contiene ese espacio que algunos llaman sagrado. Con seguridad cientos de collares de perlas y tiaras con gemas preciosas, ocultos de la mirada ajena, resplandecen en la oscuridad iluminando rincones. Cualquier joven luciría aún más su belleza ataviada con una de esas alhajas; ella, por ejemplo; además, podría solucionar varios de los problemas que tienen a su padre tan agobiado y enfermo. Quiere saber más de la gruta, pero en ese momento el galgo se levanta atendiendo el llamado de su amo y ella desvía la vista hacia el trono donde se topa con una presencia que destila masculinidad, no puede negar la atracción que le ha provocado Roderico.

En ese instante Olián, que ha estado atento de los movimientos de su hija, nota el intercambio de miradas y muy a su pesar se da cuenta de lo mucho que en silencio se dicen esos ojos.

—Es tiempo de irnos, hija mía. No hace falta ninguna reverencia, sígueme hacia la puerta.

—¿Tan pronto, padre?

Están por salir cuando se forma un remolino de trovadores y bufones convocados para amenizar el convivio. Entre esa turba va un tullido, es obvio que se vio arrastrado por el grupo de animadores en su paso hacia la salida del palacio. Camina con dificultad apoyándose en una estaca, intenta no ser visto, pero uno de los guardias denuncia su presencia al notar su desconcierto. Alertado por el barullo, el nuevo monarca se interesa por lo que sucede y, en lugar de ordenar que lo lancen al fango de donde proviene, le manda bailar sin el soporte al ritmo de los tambores que ya se escuchan, de no hacerlo enfrentará el garrote.

Ante las burlas de los asistentes, el hombre es despojado de lo que lo mantiene en pie, apenas puede sostenerse sobre la pierna sana y los aspavientos que hace para lograrlo aumentan la risa de quienes vuelcan en ese ser indefenso el miedo que reprimen y que solo

pueden liberar de esa manera.

—¡Ahora salta y diviértame si no quieres terminar como alimento de los buitres!

—¡No! —Flora se arrepiente al instante y trata de enmendarse—. No sé cómo ha sucedido, majestad, este hombre es nuestro esclavo, con seguridad desobedeció a mi padre y nos siguió hasta aquí.

Olián reacciona tarde, va a intervenir cuando Roderico se incorpora y va hasta la muchacha. La música que apenas comenzaba ha cesado y todos enmudecen en espera de lo que va a suceder.

Como si midiera el efecto que tiene su caminar lento, con una mano golpea una fusta sobre la palma de la otra, su túnica oro va ceñida a la cintura por un grueso cinto labrado, la capa roja echada sobre un hombro y las calzas anudadas marcan sus musculosas pantorrillas. Llega hasta plantarse a centímetros de la atrevida. La expectación de todos los concurrentes va en aumento.

—Y ¿será posible que esta mitad de hombre sirva para algo?

En lugar de contestar, Flora hace una reverencia, sabe que su irreflexión ha ido más allá de los límites y que no solo ella se expone, entonces con la vista baja responde:

—Perdónele, usted, y a mí también. Me aseguraré de reprenderle como se merece.

—¿A quién deberé la reprimenda?

—Con la venia, majestad, me presento, soy Olián, conde y gobernador en el estrecho desde Ceuta hasta Algeciras, y uno de sus generales que comandan una tropa para salvaguarda de nuestra nación, y ella es Flora, mi única hija. Le ofrezco una disculpa por…

—Asegúrese de vigilar que este remedo de esclavo reciba su merecido.

Con la corona sobre las sienes brillando igual que el destello virulento en sus ojos, el monarca levanta la fusta y lanza un golpe que derriba al mendigo. Ayudado por el conde y su hija, los tres se

dirigen a la salida mientras las panderetas retoman el compás.

Roderico, duque de Bética, es ahora soberano de los visigodos, y tiemble quien no obedezca su palabra; la paz será impuesta y no habrá insubordinados; quien ose discrepar sobre sus mandatos probará la muerte, ya que él se siente bendecido por la mano de Dios para llevar a cabo tan insigne tarea. Pocos saben que en un futuro no muy lejano su elección provocará una guerra civil, y que la nación fijará su destino.

3. Un futuro brillante

No imaginó cuál sería su destino cuando aceptó casarse con Julián, Grecia era una estudiante que estaba por graduarse de una licenciatura en leyes, un título que recibió al mismo tiempo que el análisis del laboratorio que confirmaba sus sospechas: estaba embarazada. El error no era haberse involucrado con su compañero de la universidad, sino haberle confiado la noticia. Ella no estaba convencida de continuar con la gestación, pero él se impuso, era lo mejor que podría haberles sucedido, dijo, y, ¿dónde quedaba lo que ella tenía planeado?

Desde que ingresó a la carrera se dijo que no iba a contentarse hasta lograr una maestría y, si fuera posible, cursar un doctorado en el extranjero. Bastante esfuerzo había hecho, debido a que era huérfana, para costearse la carrera; cuántas horas de desvelo trabajando como capturista de documentación legal y administrativa, demandas y sentencias judiciales. Desde luego que en el proceso aprendió mucho, pero también sacrificó mucho. Su vida social se limitó a salidas esporádicas a tomar una cerveza con sus amigas y en cuanto ella y Julián se conocieron ya solo él fue su acompañante.

De esas noches en idilio y madrugadas con intercambio de pasiones había surgido el dilema. La aterraba enfrentarse a situaciones desconocidas y esa era una de proporciones mayores; además, se dijo, soy dueña de mi cuerpo y tengo la facultad de elegir, nadie lo va a hacer por mí. Sin embargo, también sabía lo que era crecer sola, sentirse apartada como si le hubieran extirpado un brazo o una pierna, así había caminado por la vida, igual que una lisiada por no tener el apoyo de una familia. Hizo a un lado el temor que tampoco supo reconocer y la gestación siguió su curso.

—Desde antes de casarnos sabías que yo deseada seguir preparándome, no me salgas ahora con que, ¿cómo dijiste? Que debo ocuparme de mis verdaderas responsabilidades. ¿Acaso no cumplo con mi papel de esposa, de madre, incluso de asesora? Porque somos colegas, no lo olvides. No puedo hacer a un lado la oportunidad que ahora se me presenta. La niña puede ingresar al

internado y tú tendrás todo el tiempo para tus…

—Déjate de argumentos vacíos, Grecia, no estás litigando. Y no vuelvas a acusarme de infidelidades que nunca han ocurrido. Haz lo que se te pegue la gana, al fin siempre es así. Mi palabra nada vale, solo que cuando regreses ya no me encontrarás.

Satisfecha como si hubiera ganado una ponencia, la abogada de antemano y sin tomar en cuenta más que sus intereses, ya tiene comprado el boleto de avión a Nueva York, alquilado el cuarto en la residencia junto a la Saint John's University School of Law y apartado su lugar para la maestría.

—Sin amenazas, Julián, que ya sabes que no funcionan conmigo. El tiempo se pasará volando y cuando menos lo pienses estaré de regreso. Dos semestres es poco tiempo, ya verás. No seas intransigente, amor.

—Ahora tratas de utilizar tus estrategias de conciliación. Olvídalo, y no te estoy amenazando sino advirtiendo.

El autobús de la escuela se detiene frente a la casa de avenida Homero, en Polanco. Julián se asoma desde la ventana del segundo piso de la mansión estilo barroco, ve a su pequeña correr hacia el interior donde la nana ya la espera con la puerta abierta.

—Llegó Azucena. ¿Has pensado cómo lo va a tomar? Por cierto, ¿dónde queda ese internado?

—¡Papá, papi! ¡Me dieron un premio en la escuela!

En los cálculos de la joven abogada no había lugar para lo que su hija pensara. Si iba o no a estar de acuerdo era lo de menos, a los siete años resultaba absurdo pedir su opinión, y al final saldría ganando. Eligió el mejor colegio de Canadá para estudiantes extranjeros, una institución educativa exclusiva para niñas donde el francés era obligatorio y donde también perfeccionaría el deficiente inglés que le enseñaban en la escuela. Además, sus compañeras serían hijas de la élite europea, vaya que se había informado. Equitación, esgrima y otros deportes serían el complemento perfecto para la formación de Azucena.

—¡Papaaá!

Julián se había quedado esperando la respuesta de Grecia, al ver que nada diría salió del cuarto reprimiendo su enojo. Desengáñate, se dijo, ella no va a cambiar su decisión.

—A ver, por qué tanto grito, mi preciosa.

—Es que mira este papel, es mi recon, recon…

—Recompensa, me imagino que quieres decir.

—Sí, papi, eso. Como hice todas las tareas en un mes y no falté ni un día, este es el boleto para ir por un gatito. Yo quiero uno así de chiquito, con ojos verdes y su pelito muy blanco.

—¿De qué se trata tanto alboroto, hija?

—Es que mami, mira lo que me gané.

Lo que tenía en las manos y Julián revisaba con detenimiento y bastante sorpresa era una especie de certificado para recoger una mascota de un albergue, con una explicación sobre los beneficios de adoptar animales rescatados para destacar los valores de humanidad y civismo en los pequeños. Cuando se lo dio a leer a su mujer la protesta no se hizo esperar, pero dominando sus impulsos empleó la táctica del convencimiento.

—Bueno, ya no saben ni qué inventar para evadir impuestos porque el colegio debe generar buenas utilidades. Azu, mi amor, ¿has pensado quién va a cuidar de ese gato cuando tú no estés?

—Cata, ella puede ayudar —la muchacha de servicio esperaba todavía en el recibidor y estaba a punto de confirmar la petición de Azucena, cuando la niña volvió a insistir—. ¿Verdad, Cata, que sí?

Julián midió bien lo que estaba por suceder y no dio tiempo a que la chica contestara.

—Claro que sí, hijita, y yo también lo cuido, porque difícil no ha de ser. Estoy seguro de que tu mamá estará de acuerdo conmigo, ¿no es así, querida?

La habían desarmado. De nuevo consintiéndola, pensó, y de paso se venga de mí haciéndome rabiar. En ese momento ya nada podía discutir, pero lo ocurrido fortalecía su convicción de que lo mejor para todos era que la niña fuera a estudiar donde no hubiera falta de disciplina. Un futuro brillante, según creía, no se construye sin algo de sufrimiento y su hija debía ser fuerte, esforzarse; contaría con todas las ventajas para lograrlo.

—Cata, ayúdale a la niña a que se cambie el uniforme.

Todavía emocionada, Azucena se dejó conducir sin reproches, pero a media escalera volvió al tema: iba a ser muy importante ir a la casita donde vivían los animales que ya nadie quería, pobrecitos, ya hasta tenía un nombre elegido.

—Julián, no te vayas, necesito hablar contigo.

—Ahora no, Grecia, por favor, pero sigo en lo dicho: si insistes en irte y mandar a mi hija a no sé dónde, puedes dar por terminado lo nuestro.

Ya no quiso esperarse a que respondiera, conocía de antemano lo obstinada que era su mujer, tal vez estando a solas podría recapacitar, y para no dar espacio a más altercados salió dando un portazo.

Al principio la reacción de quien se suponía que era el jefe de esa casa la violentó, pero no podía negar que empezaba a sentirse libre como pájaro, atrás quedaba la jaula en que se había convertido su matrimonio.

Ahora, se dijo, debo elegir el momento oportuno para explicar a Azucena por qué va a cambiar de colegio, comprenderá que es por su bien, y lo divertido que es conocer otro país, otro idioma y a personas con distintas costumbres.

4. Ante el rey

Había sido igual que ir a otro país, escuchar un lenguaje desconocido, ver distintas costumbres, vestigios de la dominación romana, todo en un acto para reverenciar al rey Roderico, una figura recia que le inspiró temor y veneración y que no puede alejar de su mente. Esa primera vez en la corte es ya una huella definitiva; Flora anticipaba el boato, el derroche, pero no con tal petulancia:

Apenas traspusieron el portón del palacio, el menesteroso se tendió en el suelo para besar el ruedo de la zaya de su bienhechora.

—¡Quita de aquí, bellaco!

—No, padre, déjele usted. ¿No ve que el pobre hombre no pretende hacernos daño? Mejor socórrale con unas monedas.

El conde dio un paso atrás, Flora extendió la mano a su padre para recibir el dinero que a su vez entregó al hombre envuelto en su pañuelo; él, en gratitud, volvió a apoyar sus labios sobre la orilla de su vestido y se alejó para unirse a la muchedumbre. Varios campesinos, despojados de sus tierras, aguardaban audiencia, cándidamente pensaban que serían restituidos. Más allá se encontraban algunos ex combatientes esperando que la servidumbre arrojara las sobras del banquete, como leprosos cubrían con vendas aquellas partes de su cuerpo que habían perdido en batalla. Extraviada la fe en ser recompensados por su lealtad, esos guerreros, antes parte de las huestes reales, ya no podían emplearse en la milicia y sin otro oficio que no fuera guerrear, pasaron a la categoría de limosneros. Algunos rufianes se aproximaban para intentar despojar, a veces con éxito, a ciertos nobles más interesados en comentar la chapuza del nuevo rey, que en cuidar sus pertenencias; incluso se atrevían a afirmar que Roderico había mandado asesinar a Wikita y desterró a su descendiente con tal de apoderarse del trono.

Flora alcanzó a escuchar lo que iban diciendo. Cómo era posible que un caballero con esa galanura fuera un usurpador, con seguridad su padre no pensaba igual.

—Padre, ¿advirtió el agravio? Sé la rectitud con que usted se conduce y quisiera que me explicara si es eso es verdad.

—Esa misma rectitud exijo yo de ti, por eso no debes prestar atención a asuntos que no nos competen.

—Es grave lo que iban comentando.

—Por lo mismo no debes inmiscuirte, menos aún por ser una doncella de noble cuna, de sobra sabes que tu conducta debe ser impecable —y para que no insistiera agregó—. A esos incautos no les falta razón, aunque deberían cuidar sus palabras, es lo único que me harás decir.

Siguió al conde pensando en lo último que había dicho, varias conjeturas se arremolinaban en su cabeza.

Pronto se distrajo con el olor insoportable de las verduras descompuestas y la mugre acumulada en esos cuerpos, por costumbre buscó su pañuelo y, al no encontrarlo, mejor apresuró el paso para alejarse cuanto antes, aunque más penoso le resultó darse cuenta del gran contraste entre los dos escenarios: tras las murallas imperaba la abundancia y ahí, la inopia.

Antes de salir de casa, pide al aya discreción si su padre pregunta por ella, pueden decirle que está descansando. La verdad es que no ve la razón de ir acompañada apenas pone un pie fuera, ya no es una niña y, además, no necesita que alguien la cuide. Le gusta ir cerca de la ribera de la afluente donde siendo apenas una niña alguna vez la llevó Cenci, su madre, a quien extraña, apenas tenía siete años cuando enfermó de una rara dolencia que la consumió en días. Como su padre supuso que podría tratarse de la peste que en esos momentos estaba reduciendo a la población, le prohibió acercarse. Ya no trenzaría su cabello ni le haría figuritas con la miga del pan, quedaba huérfana de madre y nunca se repuso de esa pérdida. Varias veces ha soñado que Cenci regresa, y en la frente siente el beso que le planta mientras le dice que es hora de dormir. Al despertar no halla consuelo, nadie puede parar su llanto, hasta que el aya va por ella y la conduce en brazos hasta la fuente, el sonido del agua al caer funciona como bálsamo.

Se queda observando el serpenteo del torrente. En esos momentos y por mucho que lo desea, no es bien visto que se despoje de sus ropas para entrar en ese arroyo, entonces solo se descalza para sentir la frescura del agua. Vuelve a pensar en Roderico y trata de justificarlo imaginando que su actitud despótica y poco sensible se debe a una niñez amarga. De inmediato piensa en la suya y se dice que, de no haber perdido a su madre, seguiría siendo inmensamente feliz. Y no puede sino reconocer que también a partir de su deceso, la salud de su padre comenzó a deteriorarse. El siseo del agua que corre libre siempre la hace divagar, la lleva a ensoñaciones donde muchas veces pierde la noción del tiempo.

Debe darse prisa antes de que el conde Olián pregunte por ella. Decide cruzar por el mercado, ese viernes resulta el mejor día para encontrar de todo, aunque ella nada necesita. Entre la cerámica de los alfareros y el cobre de los herreros, Flora se siente atraída por una harapienta en un puesto de hierbas medicinales; con una voz que parece llegar desde el fondo de su entraña oferta el alucinante ajenjo y la venenosa atropa, la inofensiva camomila y el diente de león; se anuncia como sanadora y promete curar las dolencias de cualquier enfermo, sean los males del corazón o un simple estreñimiento. Sintiendo lástima, la joven se acerca para darle una moneda, limosna que la curandera rechaza; el contacto de esas manos ásperas la hace pensar en lo desafortunada que es esa chica de ojos negros, como los suyos y, en cambio, lo afortunada que es ella. La harapienta se le queda viendo con tanta fijeza, que no puede apartar la mirada. Por un instante brevísimo, su imagen queda fija en esas pupilas: ella y esa mujer son la misma persona. Se ve recogiendo las raíces torcidas de la mandrágora, evitando tocar las hojas, en la punta de los dedos percibe la suavidad de la salvia y los garfios de la bardana, escucha muy de cerca el piar de las garzas y solo sale del trance con el murmullo del río. Continúa su camino hasta que, sin saber cómo, llega a su casa.

—¿Le ha sucedido algo, mi niña? Tiene un semblante sombrío, si no le conociera diría que se me está presentando un espectro.

Flora tarda en reaccionar, cuando lo hace siente que llega de un lugar muy lejano.

—Nada. Creo que tomé demasiado el sol —engaña al aya para no

ser descubierta y porque su padre entra al salón en ese momento.

—¿Qué ocurre? Estás pálida, anda a reposar, siempre has sido muy delicada, no quiero ni pensar que algo malo pudiera pasarte.

Recostada en su camastro, todavía con escalofríos, intenta explicarse lo ocurrido, pero no halla la causa, aunque tal vez, se dice, la hierbera me lanzó un hechizo. Se contenta con pensarlo así y se queda dormida.

Cuando despierta no recuerda siquiera haberse sentido mal. Comienza a idear lo que debe hacer: después de la cena hablará del tema que sí le interesa, con astucia, eligiendo bien las palabras, para convencer a su padre.

—¿Recuerda la plática que sostenían los guardianes en palacio? Decían que en la cueva de Hércules existen tesoros inimaginables, que nadie, o muy pocos, se han atrevido a violar la cerradura —el silencio del conde la hizo pensar que daba su permiso para que siguiera adelante—. Esa fortuna, padre, en manos equivocadas podría ser una catástrofe, pero en las adecuadas, imagine usted cuánto bien traería.

—Hija mía, es sabido que la leyenda también habla de una amenaza ante quien ose abrir ese recinto. Además, solo el soberano en turno tiene la facultad de probar suerte y nadie más.

Guarda silencio, no es oportuno que insista, había escuchado lo que deseaba saber. Entonces el único que puede desentrañar el misterio de la casa cerrada es Roderico. Midiendo bien lo que va a pedir a Olián, se atreve a añadir.

—El nuevo monarca ha ascendido al trono hace pocos días y, tomando en cuenta que puede haber represalias para quienes estén en su contra, me parece que es conveniente rendirle pleitesía, ¿no es así, padre?

—¿A qué vas con eso ahora?

—Nada, no me haga usted caso, pensé que era conveniente, debe perdonar mi atrevimiento.

—Es posible que tengas razón.

Aunque poco convencido, el conde recapacita en la estrategia de mostrar obediencia, eso le ganaría tiempo y desviaría la atención a su verdadero propósito.

El conde Olián acepta que, fuera o no de su agrado, debía respeto al soberano, de manera que pronto irían los dos. Sin saberlo, su propia hija había dado con el pretexto idóneo para que sus planes no levantaran sospechas.

A partir de ese momento, la joven planea con entusiasmo hasta el último detalle para lograr su objetivo. En el arcón con las prendas de su madre hay varias túnicas de gran belleza, sobre todo una con ribetes dorados sobre un fondo blanco; las guardaba para una ocasión especial, y el momento ha llegado.

Imagina la manera en que va a seducir al nuevo rey, lo demás será fácil. En el reino se sabe que Roderico es un conquistador no solo de tierras, sino de mujeres, incluso las prohibidas por ajenas, y ella es libre, tan libre como el viento.

Lo que Flora ignora es que muy pronto tendrá frente a sí al motivo de su impaciencia, pero no de la manera en que pretende.

5. Lejos

Lo que Grecia ignoraba era que muy pronto tendría frente ante sí al motivo de su impaciencia, pero no de la manera en que pretendía. La reacción de Azucena superó sus expectativas, veía el dolor que experimentaba y deseó que ese no fuera el inicio de una ruptura porque, aunque estaba decidida, la angustia empezaba a instalársele en el corazón. Su hija era a quien más quería, nunca nadie había ocupado el lugar que en seguida conquistó después de nacer. Jamás maginó que sería así, bastante había luchado para hacerse la fuerte, la ecuánime, armarse de valor en incontables ocasiones y decidir lo que creyera conveniente, resoluciones extremas cuyo último objetivo, se decía, eran obtener bienestar, alcanzar el éxito, aunque casi siempre sus acuerdos fueran unilaterales; tampoco tenía en cuenta su propia conciencia.

—Es para tu bien, aunque no lo veas así, y deja de llorar, mi vida, que nos vamos a separar solo por un tiempo. Ya verás que pronto te vas a sentir muy bien en ese colegio.

—¿Papá también va a ir? Y, ¿qué va a pasar con Peluso?

—Tu papá ahora tiene mucho trabajo y tu gatito estará bien cuidado. Además, si allá te portas como debe ser, podrás tener uno.

Mentira sobre mentira, todo con tal de consolarla y no flaquear en sus propósitos. Imposible deshacer los planes que le costó organizar porque ella también saldría de viaje y no por corto tiempo.

Despedirse de Cata fue doloroso, la muchacha acompañaba el llanto de la niña con el suyo, pero la animó diciéndole que cuando regresara iban a preparar montones de pasteles de todos los sabores; jugarían cuantas veces quisiera a las escondidas y, sí, también la iba a enseñar a hablar zapoteco, como ella. A Peluso no pudo darle el beso del adiós porque el animalito no apareció por ningún lado. De seguro se fue a dormir debajo de algún sillón, no te preocupes, mi niña, ya verás que cuando vuelvas va estar rete chulo y grandote.

Salieron al aeropuerto, Azucena imaginaba que se iba al último

lugar del mundo, el más remoto e inaccesible y Grecia, con la incertidumbre pisándole los talones, pero sin demostrar alguna emoción. Es lo mejor, se repetía mentalmente, es lo mejor.

—Debes ser valiente, mi vida, y yo sé bien que lo serás porque no eres una niña debilucha.

Prometió ir a verla tan pronto como tuviera un fin de semana de licencia, porque ella también iba a estudiar; podrían, incluso, viajar a Disneylandia, lo que fuera para que su hija dejara de llorar, intentaba acallar una conciencia, que empezaba a echarle en cara su proceder egoísta.

No soy debilucha, pensaba la niña y así se daba ánimos. Sus compañeras fueron como un bálsamo, en especial a la hora del recreo, aunque durante la noche el desconsuelo tomaba dimensiones exageradas.

Encontró ordenada la habitación con cuatro camas donde iba a vivir a partir de ese momento, como si Cata anduviera por ahí haciendo la limpieza, el color menta de las paredes y el amarillo claro de las sobrecamas también le gustó, aunque se sentía rara de tener que compartir ese espacio con otras niñas porque, según entendía, ninguna iba en el mismo salón de clases.

Los días pasaban y seguía sin querer comunicarse con sus compañeras de cuarto, se mantenía alejada de todas, aún no se acostumbraba a estar lejos de las personas con quienes había convivido toda su vida. En la oscuridad cerraba los ojos con fuerza y pedía con fervor que, al abrirlos, todo fuera una pesadilla y estuviera de nuevo en su cama, en la de ella y no en una de un dormitorio con dos niñas más. Reprimía el llanto no por valiente, sino porque le daba vergüenza hacerlo y que las demás la escucharan. Una de esas noches, apenas habían apagado la luz, oyó que alguien la llamaba por su nombre.

Se trataba de Berenice Covarrubias, la niña que se sentaba cerca de ella en clase de *Grammar*. La habían cambiado de dormitorio porque donde estaba, las camas ya eran insuficientes.

Desde el momento en que se hicieron amigas, la vida en el

internado empezó a cambiar, ya no se sentía tan fuera de lugar, tampoco sufría para darse a entender y el buen humor de su nueva amiga que, para colmo de buena suerte también era mexicana, facilitó que se adaptara antes de lo que cualquiera hubiera calculado.

Se volvió cómplice de travesuras y confidencias, igual planeaban una broma para las niñas del dormitorio que hacían competencias a ver quién se llenaba más la boca con los panqueques bañados con miel de maple que les servían en la merienda. Entonces, sin terminar de tragar, se enseñaba una a la otra el bocado, ante la cara de asco de sus compañeras, y si se descuidaba, enseguida Berenice se hacía con lo que aún quedaba en el plato de su vecina.

—Es que si no como bien, luego mi panza me despierta y no te rías.

—Qué chistosa, Bere. ¿Esos son los ruidos que se oyen en la noche? Porque como que también empieza a oler feo.

—Ay sí, cómo no. Si la pedorra eres tú.

Por más que intentaron explicar lo que significaba aquello que Bere había dicho, sus compañeras se quedaron sin entender, pero ellas rieron hasta que en verdad y por una razón muy distinta les dolió la panza.

Durante el día y con las actividades escolares, poco a poco el sentimiento de abandono iba quedando un tanto adormecido; las maestras, sobre todo la de inglés, la trataba con cariño intentando atenuar la tristeza que a veces asomaba por los ojitos siempre muy abiertos de la nueva alumna.

A Grecia le ofrecieron cursar un doctorado con media beca en la Universidad Nacional de Rosario, en Argentina, una oportunidad que no podía, no debía desaprovechar y así su estancia en el extranjero se prolongó más de lo calculado.

Después de escuchar lo que su madre había decidido, la joven se negó a recibir más llamadas suyas. Para qué, si ya sé lo que va a decirme. Un par de años atrás habría actuado con docilidad volviendo a sentir la puñalada del abandono, pero ya no era la

debilucha, como su mamá la catalogaba. Con seguridad pondría miles de pretextos para no ir a su graduación de primaria, de antemano lo suponía, pero lo que no aún no superaba era que su papá tampoco pudiera acompañarla. Lo supo en el instante en que sus correos empezaron a escasear y si recibía algún mensaje de él solo decía cuánto la extrañaba y cómo le gustaría ir a verla, aunque el trabajo, siempre el trabajo lo retenía.

Cuando la recién titulada doctora Cáceres regresó a México, Julián Quiroga había solicitado el divorcio, ella aceptó sin protestar, de todos modos, esa relación tenía mucho de haberse enfriado, ni siquiera aplicaba el dicho de "donde hubo fuego, cenizas quedan", porque todo, desde el noviazgo, había sido un encuentro más que tibio. Así fue cómo dejó el apellido de casada y se reacomodó a su vida de soltera.

Cada triunfo de Grecia significaba apartarse un poco más. Por su parte Julián iniciaba una relación que acaparó todo su interés y su tiempo, canceló el viaje que tenía planeado a Canadá, un nuevo matrimonio significaba compromiso y toda su atención si no quería volver a fracasar y así también quedó anulada la posibilidad de mantener el vínculo con su hija.

Azucena continuó sus estudios y entró al bachillerato, rechazó los boletos que su papá le enviaba cada época de vacaciones, ella no encontraba la razón para formar parte de un núcleo familiar que no conocía y la distancia, pese a que deseaba lo contrario, jugó a favor del desapego.

Por si fuera poca su frustración, antes de que concluyera el último año escolar, Berenice tuvo que regresar de urgencia: por motivos de salud, su papá debía dejar de trabajar. La mudanza al interior del país era imperativa. La economía de su familia estaba cambiando y ella debía de adaptarse. De nuevo la pérdida, solo le quedaba el cariño y la compañía de Ahmed Assani, quien en esos momentos se convertía en la única razón para permanecer ahí.

Pronto iba a recibir su título como bachiller del Bodwell High School en Vancouver y su regreso definitivo sería en pocos días; Ahmed la seguiría en un corto tiempo, debía hacer un viaje a su patria para informar a sus padres y de paso ventilar sus intenciones

con la chica mexicana, pero le aseguró, tomaría el primer vuelo para un reencuentro.

6. En la corte

¿Cómo hacer para un reencuentro? Flora se engañaba

pensando que la razón para volver a la corte era solo la curiosidad de saber más del recinto cerrado por los romanos o los árabes, lo mismo le daba, la casa, como también la llamaban, donde varios años atrás habían puesto el primer cerrojo. Y, si era cierto que únicamente el rey tenía la facultad de abrirlo, lo más seguro era que el audaz y portentoso Roderico sin dificultad lo hiciera. Aunque, también pensó, existía la maldición que caería sobre el profanador, una posibilidad que la hacía flaquear en sus intenciones.

Trataba de ocultar su verdadero interés, aunque su inquietud la ponía en evidencia. Pronto dejarían la mansión en Toledo, era imperativo partir hacia Ceuta donde su padre, al mando de la tropa, reprimiría la invasión de los árabes. La muchacha ignoraba que el objeto de su deseo tampoco había logrado desprenderse de la fascinación que despertó en él y que por cualquier medio pretendería tenerla cerca.

Flora no pudo convencer a su padre para que desistiera de emprender el viaje que le anunció, veía que sus planes se desmoronaban y el pretexto para presentarse en la corte iba a esfumarse.

—No insistas ya habrá tiempo de sobra. Y no está de más recordarte que una doncella debe observar las buenas costumbres porque, aunque pretendes ocultarlo, estoy al tanto de que tus ausencias cada vez son más frecuentes y te las ingenias para salir sin escolta.

Sin embargo, el conde se quedó rumiando la posibilidad que se le presentaba para enderezar a su hija y tampoco decepcionarla del todo; no podía negar que le sobraba razón. No bastaba haberse presentado a la coronación y el suceso con el lisiado no había sido de ayuda, sino al contrario; no acudir personalmente como uno de los nobles a mostrar el respeto al nuevo dirigente constituía una afrenta, creaba desconfianza y podría tomarse como un gesto de inconformidad; y considerando el temperamento de Roderico, de

hecho, era tanto como declararse su enemigo, algo que no le convenía y, aunque no lo expresó, la idea se le quedó rondando igual que los insectos que ya se arremolinaban acercándose demasiado a la llama de la vela.

—He recapacitado. Sé de sobra que, si no accedo a tu petición, esos ojitos se llenarán de tristeza, bien que te conozco, hija mía, siempre haces tu voluntad y sé que es mi culpa, quizás no he sabido educarte como lo habría hecho tu madre. Cumpliré tus deseos, pero con una condición — ante el mutismo de su hija, prosiguió— ya que tanto interés tienes en la realeza, y como no quiero que te expongas a ningún peligro, solicitaré a las damas de la corte que acepten instruirte. Está visto que pulir los modales de una joven nunca ha sido labor de un hombre solo, como yo.

La repentina alegría que Flora siente no pasa inadvertida para el conde, que lo atribuye a la impresión que de seguro es producto de la fastuosidad exhibida durante la fiesta.

—Está bien, dile al aya que prepare tu equipaje. Hoy mismo iremos a palacio.

Más rápido que un torbellino la chica corre a su habitación mientras llama a gritos a Segismunda para no olvidar detalle.

—Llevaré también ese baúl que está allá.

—Mi ama, a saber en qué condiciones esté lo que guarda. ¿No es suficiente con las zayas de diario y las de gala? Puse también sus zapatillas y sus capas.

—Empaca mis afeites y no te olvides de las cintas para el cabello.

La mujer acerca las valijas al quicio de la puerta según las indicaciones de su señora, y a su vez el lacayo las acomoda en el carruaje. Recibe el talego con monedas de su padre y, de nuevo, las recomendaciones para conducirse con recato y obediencia ante quienes estarán a cargo de su instrucción.

Después de hacer las debidas presentaciones en palacio, Benicia, quien se encarga de educar a las jóvenes que pretenden formar

parte de la corte real y que apenas es mayor que Flora por dos años, hace la caravana habitual y toma a la nueva discípula del brazo para conducirla a la habitación que compartirá con ella.

Una vez que la hubo dejar instalada, Olián advierte al aya que deja en sus manos la supervisión y el bienestar de la joven, con su vida responderá si algo malo le sucede.

Sube al carruaje que lo llevará frente al magno concilio, insta al cochero para que, de ser necesario, vaya por atajos, debe llegar cuanto antes a la antigua provincia romana.

Una empresa de mayor importancia lo reclama y debe acudir. Él había solicitado al Aula Regia convocar a quienes estuvieran dispuestos a dar todo por el todo, la vida si fuera necesario con tal de frenar la invasión que ya se cernía como una amenaza difícil de contener si no actuaban de inmediato. De muchos era conocido que en gran parte del territorio, muy cerca de Algeciras, las milicias de Tariq Ibn Aziz se apertrechaban a pocas leguas de distancia. La nación visigoda peligraba, y pocos tenían conciencia de esa amenaza.

Hasta el momento él, conde y gobernador de Ceuta, última posesión bizantina del Norte de África y aliado del depuesto Akhila, se había propuesto guardar obediencia y respeto al rey de la península, aunque solo por motivos de conveniencia. Igual que otros nobles, había mantenido la calma a ojos de la corte visigoda. Las huestes de los suevos, los vándalos y los alanos que cruzaron los Pirineos y se asentaron en la península ibérica en el pasado sin encontrar resistencia era un episodio ácido, uno que nadie debía olvidar.

La tierra significa el sustento, y si los religiosos igual que los campesinos libres y ellos mismos, los aristócratas, pretenden recuperar las tierras que les fueron tomadas, alguna acción merece ser considerada, aunque eso hubiera ocurrido varias decenas de años atrás. Y peor aún, el asedio no ha terminado, también en el norte los francos constituyen una advertencia, ya que han sido avistados algunos campamentos muy cerca de esa frontera.

Va rumiando lo que expondrá ante el consejo de ancianos, él tiene derecho de voz, no por nada se ostenta como uno de los

terratenientes y también uno de los más altos funcionarios de la corte del monarca anterior, aunque su título de conde no significa contar con la seguridad adecuada a su linaje; varios de los duques y condes que gobiernan territorios cercanos deben considerarse vasallos del rey, como él, sin privilegios de ningún tipo. Y por más que intenta, no puede borrar la idea de que el nuevo monarca ha sido electo de manera arbitraria causando la indignación de gran parte de la élite de los nobles, tal circunstancia no promete buen futuro.

Es evidente la superficialidad con que el recién electo negocia asuntos delicados, de eso se habla y el comentario va más allá: su crueldad y prepotencia están adquiriendo cada vez más relevancia.

En el Aula Regia lo escucharán y, asistido por esa junta, convocará a un *Tomus Regio* para tratar el delicado tema. Si eso no funciona, aconsejará al obispo para que, de ser necesario, concierte un nuevo Concilio.

Desde luego comprende que, sin una cabeza al frente, la nación visigoda va a perder el territorio conquistado siglos antes. Ahora pretende convocar a un juramento de fidelidad de los próceres cualificados con atribuciones especiales de carácter judicial que, como él, sean miembros del Tribunal de Justicia.

Una vez hecha la convocatoria para reunir los votos necesarios, podrá incluir a los *privates*, a los *curiales* y a los *seniores*, hombres libres todos.

El viaje representa un verdadero esfuerzo, la edad avanzada de Olián y la rigidez de sus articulaciones lo limitan y ese endurecimiento no solo es físico, sino que, con la edad, también el carácter se le endurece y cada vez más se nota el deterioro, pero así sea la última encomienda de su vida, no va a dejar de hacer lo que su conciencia le dicta.

7. Recuerdos

Así fuera la última encomienda de su vida, Azucena no iba a dejar de hacer lo que su conciencia le dictaba. Iba a encontrar la manera de vivir en otro lado, uno que no le recordara el pasado; ocuparía todo su empeño en ingresar a la carrera que ya tenía decidida, revalidar las materias necesarias para presentarse al examen de admisión en la unam sería el siguiente paso, esas eran las prioridades. Estaba dispuesta a lo que fuera necesario con tal de conseguirlo; le habían dicho que se trataba de una gestión que le iba a tomar algún tiempo de papeleo y no se lograba con facilidad, pero no pensaba darse por vencida.

Durante los últimos días de estancia en Canadá, donde quedaron sus vivencias y situaciones diversas que la habían marcado para transformarse en la joven independiente y un tanto cínica en que se fue convirtiendo, se convenció de que más importante que el rencor que aún sentía por su progenitor, era conseguir su ayuda. Había redactado una nota breve a Julián avisándole la fecha en que iba a regresar, además de sus planes para inscribirse en la magna casa de estudios; estaba obligado a apoyarla, era su deber, a la distancia resultaba sencillo olvidarse de ella como lo hizo durante años, pero ya no tendría excusa. Lo necesitaba para el trámite, había sido catedrático en la Facultad de Leyes durante varios años, y aunque no pretendía seguir sus pasos, no anticipaba algún problema. Su intención era entrar a Biología, la genética y aquello que hace únicos a los seres vivos le resultaba apasionante, aunque su temperamento se inclinara más hacia las humanidades.

Tendría que quedarse en la casa de la calle de Homero, finalmente ese seguía siendo el hogar de su niñez, ahí también había trozos de su vida, memorias no siempre agradables, sin embargo, cuando recordaba a Cata sentía cómo lo malo se mitigaba y ya no lo era tanto, esa convivencia tomaba fuerza y entonces volvía a ser una niña. Debía dejarse enjabonar la cabeza con el champú que no arde, la recompensa prometida era un chocolate; aún recuerda ese sabor. Luego su nana se quedaba a los pies de su cama hasta ver que por fin se dormía; el miedo dejaba de serlo y la confianza que le transmitía la muchacha era el bálsamo que todo curaba. En sus

abrazos encontraba el lugar tibio y seguro que siempre la reconfortó. Si no hubiera sido por ella, los episodios no gratos hubieran ganado terreno.

Sería un vuelo corto, pero la escala en San Francisco hizo que el viaje se prolongara todo el día. El trayecto en taxi desde el aeropuerto le permitió observar una ciudad que no estaba en su memoria: los pasos a desnivel le parecieron un laberinto de asfalto por donde el torrente de coches circulaba sin orden; el grafiti en columnas y muros eran tatuajes urbanos que hermanaban la capital con otras grandes metrópolis, constancia de la misma expresión de violencia y de reclamo social. La escena completa representaba el caos funcionando como una máquina bien ajustada; en varias ocasiones cerró los ojos por el choque que ya era inminente, aunque nunca ocurrió. Y así, en ese sobresalto y pasadas las diez de la noche llegó a Polanco.

Cuando intentó abrir la puerta la llave no giró. Después de presionar el timbre varias veces abrió era una extraña que dijo llamarse Adela, y al preguntar por su nana, la mujer solo levantó los hombros. No tuvo ánimo siquiera para notar lo cambiado que estaba todo y ya no quiso saber si su mascota aún andaba por ahí o también la habían borrado de su existencia.

—Soy el ama de llaves de la licenciada Cáceres, pase, señorita Azucena. Su mamá me dio instrucciones y su recámara ya está preparada.

—Me voy a quedar pocos días, espero. ¿Sabe a qué hora llega?

—Está de viaje, llega el domingo, pero no se preocupe, señorita, me encargó atenderla y…

—Okey, Adela. Gracias, yo subo mi equipaje, ¿eh?

Respiró aliviada. La verdad era que no deseaba toparse con su mamá, no sabría de qué manera iban a reaccionar. Era una suerte tener tiempo para organizarlo todo y después vería qué hacer con su vida.

Lo primero que hizo al despertar fue verificar la dirección que

Berenice le mandó en un mensaje. Rechazó el desayuno que el ama de llaves le ofrecía y esperó afuera de la casa a que llegara el Uber.

—¡Adivina desde dónde te estoy llamando! Asómate, Berry… Okey aquí te espero. Claro, un *double double*, un capuchino o un lo que quieras, pero apúrate, ¿eh?

El reencuentro generó toda una serie de planes, podrían vivir juntas si Azucena se mudaba al departamento que ella ocupaba, compartirían la renta, a las dos iba a convenirles.

—¿Y qué onda con tus jefes? ¿Estás segura de que no quieres regresar a tu casota? Porque podrías hacer las paces con tu mamá, yo que tú lo haría, total…

—Obvio, no, y no me digas qué hacer. Ya sabes cómo pienso; mi papá vive con su nueva esposa y sus hijitos. Con los dos de lejos es mejor hasta que consiga lo que quiero, mientras ayúdame a encontrar un *joe job*, ¿okey? Me urge ser independiente para no tener que pedirles *cash*.

—Güey, acá un trabajo así es todo un pedo, hasta crees. Yo porque estoy haciendo el servicio social, y porque tengo la media beca, lo que hago es cuidar chamaquitos, y eso si no fuera porque tu —se dio cuenta de que lo demás no iba a gustarle y mejor se quedó callada.

Su amiga estudiaba segundo semestre de Sociología en la Universidad Autónoma Metropolitana, en Xochimilco, pero ella, recién egresada de un bachillerato en el extranjero, tendría dificultad en conseguir quién la empleara, aunque fuera por medio tiempo.

—¡No sé cómo se les ocurrió a mis papás mandarme a estudiar fuera!

—La neta, pocos tienen ese privilegio, no la hagas de pedo. Lo que sí es que para que entres a la unam va a estar en chino japonés, pero chance con las palancas de tu jefe lo logras. Ya bájale dos rayitas a tu drama.

—Y tú bájale a cómo hablas, a cada rato pedo, no te entiendo, la verdad.

—Güey, no seas fresa. Así es la cosa acá y no te me esponjes. Vente, te voy a enseñar mi depa, no tengo bicla, pero hasta hay dónde dejarla.

Le pareció que la distancia había abierto una brecha entre ellas, no sabía cuánto le iba a costar adaptarse a esa nueva vida, a ese mundo que se le presentaba como un reto, otro más.

El departamento resultó ser un dúplex en un segundo piso, cómodo, aunque bastante reducido. En opinión de quien sería la nueva inquilina resultaba insuficiente, entonces insistió en que debían buscar en los periódicos y por internet, a ver si daban con algo mejor.

—¿Mejor que esto? No mames, güey, si está súper, además de que me queda cerca del Centro en donde trabajo y la renta es un regalo porque mi casera es amiga de mis jefes.

Luego de ver tres lugares por la zona, Azucena se convenció de que no iban a encontrar un sitio que aventajara el que Berenice tenía. Cuando se le presentó la oportunidad casi se había dado por vencida; además, le dijo, está más que bien ubicado, porque el transporte llegaba hasta la uam.

—Te digo que no hay nada mejor, y a mi casera casi no la veo, vive en la planta baja y ni se mete, en serio, es bien buena onda. Di que sí, ya no te hagas la difícil. Y mira, aquí cabe otra cama, igual que cuando éramos chavitas.

—Pero sin almohadazos, ¿me lo prometes, Berry? Y otro detallito: es que yo no podría darte la mitad de la renta hasta que encuentre cómo dejar de pedirle a mi mamá.

—No hay bronca, eres como mi hermana, ¿a poco no? Y esto merece un trago, deja ver qué tengo. ¿Quieres una chela? Aunque está chirris, aquí en mi refri tengo… ¡újule, nomás hay una! ¿Vamos a michas?

—¿A qué? Sí, tráela y cuéntamelo todo. ¿Andas con alguien?

—Mira, hay un chavo que me late un buen, amigo del que era mi novio, pero ni caso. Él va en cuarto semestre y anda con pura güerita "nais", de otro código postal, para que me entiendas. Nada que ver.

—Es que con ese *look* que te traes, Berry, no está nada fácil, déjame decirte.

—¿Y qué tengo de malo? ¿A poco quieres que ande como tú?

—Es que te ves muy *out*.

—Uy, venga, tú y tus pantalones a la cintura, la playerita y esos *flats*…

—Lo que pasa es que no sabes nada de moda retro, *darling*. Yo puedo prestarte, tengo ropa de sobra.

—¡Güey, mis *jeans* estarán jodidos, pero así se usan! Y como ando a patín, estas botas me aguantan el kilometraje. Ya hasta te pareces a mi jefe, a él se lo paso porque ya está ruco, mi má ni se mete, y aunque quisiera, ni modo que me controlen a larga distancia, porque sí sabes que se fueron a Morelia, ¿no? Mejor cuéntame de tus últimos ligues. No pongas esa carita, ¿a poco Ahmed va a dejar plantado a su séquito de *sexyladies?*

—Ahorita no voy hablar de ese tema. Quedamos en que va venir, pero no sé cuándo ¿okey?

—Uy, oye, a tu lado Bob Esponja es un pendejito. A ver, suelta el choro y, si necesitas, chilla que aquí estoy yo para limpiarte los mocos —mientras la abrazaba con cariño.

—Es que ya no sé, Berry, un poco antes de salir para acá nos peleamos y ya no sé si de verdad va a venir o ya se arrepintió.

—¡No mames!, ojalá se le pase el berrinche, porque la verdad que está como quiere, era el más guapo del equipo, ¿de verdad es hijo de un jeque árabe?

—Claro que no y tampoco es verdad que va a heredar una fortuna, si también oíste eso; pero ya para qué…

—¡Güey! No la hagas tanto de pedo. Vas a ver que te va a dar la sorpresa. Ven para acá, llorona, que aquí está Súperbere que todo lo puede. Ay, pérame que vaya por los clínex.

La plática fue suavizando el corazón de Azucena igual que cuando era niña y se acurrucaba en los brazos de su nana hasta que lograba tranquilizarse, un sentimiento que la hizo comprender cuánto había extrañado la compañía y el cariño de su íntima amiga.

8. La revelación

La plática ha suavizado el corazón de Flora igual que cuando era niña y se acurrucaba en los brazos de su aya hasta que lograba tranquilizarse; vuelve a extrañar el cariño de una madre, pero se dice que tuvo suerte de encontrarse con Benicia que le brinda su amistad sin reservas.

La joven preceptora puede guiarla y ella la obedecerá como si se tratara de una hermana mayor y así se lo expresa. Y debido a la cercanía que en ella ha generado, desahoga su corazón confiándole el verdadero motivo de su presencia en palacio. La revelación cae como pétalo de rosa que apenas toca el agua sin sumergirse, igual que los que en ese instante el viento deposita sobre el estanque cristalino a mitad del gran patio. Sin sobresaltarse y mostrando poco interés, su confidente solo menea la cabeza como diciendo "otra más". Sin embargo, dice que guardará el secreto. Para su nueva pupila deja de ser una carga y sintiéndose liberada, comienza a saborear la placidez de la vida cortesana.

Han transcurrido apenas un par de semanas y ya es una de las doncellas de la corte aplicadas en aprender todo lo relativo a ser una dama de compañía, tocar instrumentos de cuerda, asistir a las lecciones de baile para amenizar las reuniones del soberano y, sobre todo, a sonreír con coquetería cuando es adecuado y bajar la cabeza mientras se retira, si la situación así lo requiere.

Durante los días que ya tiene entre esos muros que resguardan la integridad del rey y sus súbditos, no ha tenido la dicha de verlo ni siquiera de lejos, y esa ausencia acrecienta a tal grado su deseo que opaca por completo la alegría que antes había sentido al saber que iba a vivir cerca de él. Incluso calcula que con empeño podrá controlar su impaciencia, pero eso no ha ocurrido y cuanto más dilata en tenerlo frente a sí, más aumenta su ansiedad.

Roderico se había marchado a la Septimania, donde algunos terratenientes se negaban a pagar el tributo por el derecho a cosechar el trigo sembrado meses antes, su único sustento, aunque pronto se convencerían de entregar el impuesto requerido. ¿Cuánto

va a tardar? Nadie lo sabe.

Con el afán de mitigar esa cálida tarde de abril y, tal vez, atenuar sus ardientes sentimientos, viendo que no hay un alma en los corredores o abanicándose en el quicio de las habitaciones, la joven doncella se anima a despojarse de su ropa para refrescar la piel en el reservorio donde las siervas han vaciado los azahares destinados a perfumar el entorno.

En el instante en que surge del improvisado baño, entra el amo y señor de sus pensamientos seguido por la guardia real.

Sin poderse mover, embelesado por la belleza de Flora, Roderico marca el alto a los esbirros y hace una seña para que se retiren.

Lo intempestivo del encuentro la sorprende tanto que apenas tiene tiempo de intentar cubrir su desnudez.

Él, con la vista fija en las gotas de agua que perlan todo su cuerpo, siente cómo su virilidad responde al estímulo y va hacia donde está su presa.

—Nunca me habían recibido de tan grata manera. No escondas el rostro —al tiempo que se quita la capa y la pone sobre los hombros de la joven—. Creo que no me eres desconocida. ¿Cuál es tu nombre?

—Flora, majestad.

—Tiemblas, criatura. ¿Acaso tienes frío?

Ya no puede articular palabra. Se sostiene del antebrazo que el rey le ofrece y se deja guiar creyendo que va a desmayarse en cualquier momento. No se percata siquiera de que él la conduce hasta sus aposentos donde sus más íntimos anhelos serán cumplidos.

Mancillada y con tal rudeza, se dice a sí misma. Nunca pensó que la trataría igual que a una bestia que necesita ser domada. No encontró en esa mirada intensa el amor que imaginó, el único reflejo de esos ojos verdes que percibió fue el de la procacidad, y una vez satisfechos los instintos de macho, el rey la hizo a un lado y le mandó salir de ahí. Todavía con el olor a sangre y los sentidos

embotados, intentó justificarlo, es producto de los problemas que le acarrea la disidencia que debe afrontar. Pero luego de una semana, cuando él no la buscó más y tampoco la recibió, su rencor fue convirtiéndose en un recalcitrante afán de venganza. El dolor físico de la penetración se hace tolerable comparado con el sufrimiento que alberga por haber actuado sin recapacitar, haberse entregado de aquella manera se vuelve un suplicio al enterarse de lo que se rumora: el monarca desposará a Gumersinda, hermana de Goswinta, quien fuera alguna vez reina de los visigodos.

¿A quién recurrir por ayuda? Imposible confesar a Benicia lo sucedido. Es entonces que se le ocurre ir a ver a la joven hierbera. Un brebaje o poción de amor para traerlo de nuevo a mí, piensa Flora, y decide solicitar permiso para salir acompañada de Segismunda, su aya y cómplice incondicional.

Flora se las ingenia para dejar a su acompañante en un puesto que vende telas de Oriente con el encargo de que compre dos de las que mejor le parezcan, mientras ella toma el cesto y se dirige al otro lado de la plaza.

—Yo no reparo entuertos ni deshago preñeces —dice una vieja atando hierbas cuando la ve llegar; nota el desencanto de la joven al mirarla a los ojos y masculla frases que solo ella entiende.

—No he venido por ninguna de esas razones. Lo que yo quiero… pero no es a usted a quien busco, sino a la zagala que vi el otro día aquí mismo.

—¿Chica, cuál chica? Sufre su merced de destemplanza, eso lo nota cualquiera, y sépalo que nadie más que yo prepara hechizos para curar dolencias, además de alejar a los espíritus malignos.

Duda en decirle a lo que va. No es a quien esperaba encontrar, aunque los ojos de esa anciana le parecen muy conocidos. Sin embargo, ha dicho la palabra correcta: “hechizos”, tendrá que conocer la técnica para preparar brebajes y ella necesita uno potente, tan eficaz que el rey se olvide de todas sus conquistas y solo viva para complacerla.

Busca las palabras para pedir el remedio cuando aparece un gato de

entre la paja regada en el suelo; restriega el costado en las piernas de la mujer y esta lo hace a un lado con el pie, el animal vuelve a acercarse para frotarse de nuevo y ella vuelve a retirarlo cada vez con menos paciencia.

—¡Otra vez tú! Mira que te voy a dar con esto si no te vas —había tomado una escoba y lo empujaba con ella—. Taimado, anda busca a tu dueño.

—¿No es suyo?

—¡Qué mío va a ser! Este mostrenco se me aparece cada que quiere comer, y hoy no tengo, ¿oíste? Anda vete o te muelo a palos.

Lo último lo dice sin enojo, hasta con cierto cariño, pero ante la amenaza de que lo golpee, ella se agacha para tomar el gato en brazos.

—Si no es de nadie, me lo llevo. Pobre animal, tan solo y en la calle —y al instante recuerda la sensación que le provocó la joven harapienta y el motivo que la llevó hasta ese sitio, y como no hace por irse, la vieja de nuevo intenta sonsacarle aquello que le causa tal abatimiento.

Sin saber la razón, Flora comienza a contarle de sus aspiraciones para conseguir el amor de cierto joven perteneciente a la realeza, pero se cuida de no revelar su nombre. Mientras se explaya en lo que pretende y cómo debe ayudarla, el animal atigrado comienza a ronronear muy a gusto entre sus brazos.

Úrsula, que así se llama la vieja, le encarga llevarle alguna pertenencia del indicado, ya después le explicará el modo de administrarle la pócima de la mayor eficacia posible que va a preparar. La mujer se empeña en obtener más detalles, pero Flora solo hace énfasis en que debe lograr que no se interese en ninguna otra más que en ella.

—No se preocupe, cualquier hombre es presa fácil una vez que prueba el elixir a base de mis hierbas y algo más.

Para que nadie vaya a reprenderla por dar refugio al gato, lo mete a

la cesta que al animal le sirve de cuna y así llega a palacio, plácidamente dormido.

Ante la falta de movimiento, el felino despierta y asoma la cabeza de la servilleta que lo tapa.

—Pero, mi ama, qué trae ahí. ¿Otro infortunado que necesita protección? Hasta cuándo va a proteger vagabundos.

—Este es un mostrenco, me lo aseguraron, Segismunda. Mira en qué trazas viene, ¿crees que pertenece a alguien? Tendría que tratarse de un ser sin alma porque este pobre está en los huesos —mientras, el acogido lame los dedos de su nueva ama—. Un poco de leche no podemos negarle.

—Vaya pues, le conozco lo suficiente, y algo me dice que, como siempre, hará su voluntad. Cuide de esconderlo bien, mi señora, no creo que a los galgos les parezca buena compañía.

Ignorante de lo que su padre trama a varias leguas de distancia, la joven se entretiene viendo a su mascota que intenta atrapar una de las sombras que las hojas bailarinas de los naranjos proyectan en la jofaina de su cuarto junto a la ventana. El gato mete la patita como señuelo y la deja dentro del agua en espera de que alguna se vuelva a mover; luego hace un movimiento rápido usando las uñas como red.

—¡Eres un soñador! No sé qué hacías junto a Úrsula, mira que ella no te trataba bien, pero algo de mago se te habrá pegado, digo yo. ¿Cómo debo llamarte? No te me quedes viendo, tienes una nueva vida en este sitio, aquí te asilé y puedo ponerte el nombre que yo quiera, ¿no es así? Pues… de hoy en adelante serás Sibilino.

El gato se levanta, va hacia ella y se ovilla muy junto a sus pies, así demuestra que acepta su nuevo apodo. A partir de ese momento, Sibilino y ella compartirán una comunicación muy especial, el animal va a convertirse en su confidente, y en su compañía será más grata la espera hasta que su padre retorne y reclame el agravio de que ha sido objeto.

No va a perdonar el ultraje.

Con esa seguridad lo espera, aunque también sabe la parte que ella ha jugado en lo ocurrido.

¿Cómo afectará la salud del conde Olián enterarse de su proceder? Eso la preocupa mucho, peor aún, ve a su padre cada vez más enfermo, el mal que lo aqueja le impide moverse con libertad y en varias ocasiones ha sufrido caídas, y montar le es cada vez más difícil.

Recuerda entonces lo que su padre le contó de cómo habían padecido cuando debieron dejar sus pertenencias en la finca y salir como trúhanes, huyendo para no ser privados también de la vida. Con decisión va hasta el baúl donde siguen sus ropajes. Ahí está la toga que pretendía usar el día elegido. Debe lucir hermosa y ese atuendo de corte romano que alguna vez usara su progenitora, ayudará a realzar su belleza.

—¡Mira esto, Sibilino! No podrás negar que el blanco contrastará a la perfección con mis cabellos negros, y el reborde dorado hará juego con mis brazaletes. Con este atuendo y la ayuda de la bruja tendré a ya sabes quién a mis pies, no lo dudes.

«Voy a lograr que compense todas nuestras pérdidas y tendrá que pedirme en matrimonio —habla al gato y este ladea la cabeza de un lado al otro, como si entendiera, mientras que de los ojos negros de la joven parecen salir llamas.

9. Ahmed

Parecía que de sus ojos negros salieran llamas al pensar en la discusión con Ahmed poco antes de despedirse. Cuando se sintió más tranquila, y Berenice comprendió que debía darle espacio, sacó el lastre emocional que cargaba.

Como capitán del equipo de hockey y a mitad del campeonato no iba a ser sencillo dejarlo a mitad del campeonato, ella debía comprender, no tenía idea de en qué fecha podría seguirla. Todo dependería del resultado de los siguientes tres partidos. Era evidente que dudaba. Y cuando ella le preguntó si estaba tomando en cuenta su relación, él intentó atenuar la incómoda realidad con un abrazo, mismo que ella rechazó.

—Si quieres te acompaño a tu casa y nos traemos tus cosas, y si es mucho, pues creo que tu mamá tiene chofer y le podemos pedir aventón.

—No sé, Berry, no lo vi, pero prefiero hacerlo pasado mañana que es sábado, ¿eh?

Siguió pensando en que lo que más deseaba era hacer las paces con Ahmed cuando la llamara, porque de seguro no tardaría en hablarle, estaba atenta por si recibía un mensaje de él y a cada rato checaba el celular que traía en la mano por si acaso. No iba a estar tranquila hasta constatar que no era una ruptura definitiva, y para poner las cosas en claro necesitaba privacidad.

Las jóvenes se despidieron con un largo abrazo, Azucena conteniendo las lágrimas que ya tenía costumbre de reprimir y Berenice con la alegría de recuperar la amistad y el cariño de quien consideraba su mejor amiga.

No había comido en todo el día y cuando Adela ofreció servirle la cena, aceptó. La pasta con crema y espinacas la reconfortó y con el primer bocado de tarta de fresa de nuevo pensó en su nana. En ese momento y junto al ventanal que daba al jardín vio pasar una sombra. ¿Peluso? ¿Era posible? De inmediato fue hasta ahí

haciendo a un lado la cortina de gasa… nada. Se asomó detrás de los sillones y debajo, buscó por todos los rincones, la mascota no aparecía por ningún sitio.

—¡Adela! —ante el grito de alarma, la mujer salió de la cocina todavía masticando y tardó en contestar —Me parece que por aquí anda mi gato.

—No lo creo, señorita, desde que llegué a trabajar no he visto a ninguno y ya tengo más de cuatro años con su mamá.

Consternada, pensando que mentía por alguna razón, apenas si le dio las gracias y subió a su recámara.

¿Y entonces qué, es mi imaginación o se me están presentando visiones? Sin desvestirse se echó sobre la cama todavía con el celular a un lado, la vista fija en la pantalla como si así fuera a lograr que él llamara.

Estaba a punto de quedarse dormida cuando escuchó un maullido. Como resorte se incorporó y fue hacia el cancel del balcón. Era una noche iluminada por una rodaja de luna, pero aun así alcanzó a ver la sombra del felino dar un salto desde el barandal hacia la rama del árbol que estaba junto. No se parecía al suyo, este tenía la piel blanca con manchas atigradas y si andaba buscando refugio era porque no era un gato de la calle, sino de alguna casa y estaba extraviado. Ven acá, bonito. Deja que te ayude. Estiró el brazo para tratar de alcanzarlo, pero no llegaba hasta donde el animal se había apertrechado. Con ayuda de su maleta como escalón, se inclinó cuanto pudo; de pronto el improvisado peldaño resbaló y ella se fue de boca, no alcanzó a caerse porque uno de sus pies quedó atorado en un tirante del *backpack*. Con todas sus fuerzas y el corazón queriéndosele salir por la boca, pudo sujetarse del barandal mientras liberaba su tobillo. El gato tanteaba la situación caminando con lentitud por el brazo del árbol, ella debía ser paciente para que ganara confianza, de otro modo lo iba a ahuyentar. Agachando la cabeza, como si acechara una presa, el animal la miró fijamente, luego, poco a poco y todavía receloso, se acercó a olerla. Como si hubiera entendido el peligro en que la joven se había puesto por brindarle cobijo, el minino se dejó acariciar y terminó en brazos de su rescatista. ¡Qué susto nos

pusimos!, ¿eh?

—En nada te pareces a Peluso ¿o serás Pelusa? Bueno, da igual, de todos modos y en su honor, así te voy a llamar. ¿Qué buscas ahí debajo? Ven acá, súbete, pero deja cerrar esta puerta, capaz que vuelves a huir. No te muevas, voy por un poco de leche.

La necesidad de hacer las paces con su novio quedó en segundo plano, tenía de nuevo una mascota y eso la llenaba de felicidad, restituía su ánimo desgastado y se dijo que el encuentro era un signo de que todo iría bien a partir de ese momento. El vaso de leche fue como un somnífero y, con el animalito acurrucado detrás de sus piernas, ambos durmieron toda la noche.

Al otro día y de mejor humor, se levantó temprano y antes siquiera de darse un baño buscó el celular.

—¿Sabes qué? Ya lo pensé mejor y si puedes hoy mismo me voy a vivir contigo. Ajá, porque lo que traje ya lo tengo empacado y la verdad de aquí… solo que me lleve mi cama. Sí, tienes razón, busco el *sleeping bag*, ha de estar guardado por ahí. ¡Hey, hey, no cuelges! Te tengo una sorpresa, alguien más va conmigo. No, de él todavía no sé nada. *Okay, bye*.

Les tomó un par de horas hacer la mudanza. Azucena creyó indispensable llevarse la ropa de cama, su almohada, dos peluches y el arenero que encontró en el fondo de su clóset. Descolgó la acuarela enmarcada que pintó en tercero de primaria, recuerdo de sus días de escuela antes de partir al extranjero, y pensó que ya lo tenía todo.

—¿Y el nuevo integrante con el que vamos a hacer un trío? No me vengas con que era puro choro.

—Berry, no es posible, sigues siendo una mal pensada, ¿eh? —luego fue a buscar al gato.

—¡Güey! Está súper lindo, pero no sé si la dueña nos dé chance.

—Hay que ser optimistas, Berry.

—A ver dámelo, lo llevo en esta caja y mejor dime Bere, eso de

Berry me suena a fruta.

—No me hagas reír que esto pesa.

—¿Te acuerdas cuando nos hicimos pipí por reírnos? Estábamos en *gym* y a Miss Peggy se le cayeron los *shorts* porque se colgó de las barras para enseñarnos cómo nos teníamos que columpiar con las manos, qué risa.

La respuesta de Azucena fue soltar lo que traía en manos y correr al baño.

Como ya era mediodía, solo dejaron todo en el dúplex sin acomodar y salieron al centro comercial que les quedaba cerca. Azu se dejó guiar por su amiga que conocía el mejor sitio donde arreglaban aparatos electrónicos, un cyber café y los pequeños restaurantes para comer barato y bien. En uno pidieron tacos, algo que, en definitiva, dijo Azucena, no se les da a los canadienses; después de una docena al pastor, la llevó a donde le habían puesto un tatuaje y trató de convencerla de que se pusiera uno en el muslo o en la parte interna del antebrazo; ándale como el mío, ni se notan, pero ella no se animó. Cuando pasaron por un oxxo se detuvieron a comprar croquetas para alimentar a Peluso, un par de sándwiches, un *six pack* y una caja de condones, solo por si acaso, explicó Bere, ante la cara de sorpresa de su amiga.

De regreso pactaron que al otro día, sábado, su hogar compartido dejaría de lucir como zona de guerra.

Berenice recibió un mensaje en su celular y marcó un número para llamar a alguien. Ella recordó el suyo, durante todo ese tiempo no lo había revisado una sola vez. Como acto reflejo, pensar en él la llevó a la tarde que pasó en la pista de hielo donde por primera vez lo vio interactuar con sus compañeros, la ligereza con que se deslizaba por esa superficie congelada, y el color de su piel como si acabara de regresar de la playa; aunque lo que más le gustaba del muchacho de origen árabe era esa mirada verde y penetrante que desde la primaria la atrajo, le pareció el más guapo.

Cuando la volteó a ver ella sonrió. Estaba en las gradas junto a unas chicas que gritaban cada vez que anotaba un gol, ella se había

refugiado ahí no tanto por ser una fan más del equipo de hockey del bachillerato, sino para huir de la intemperie, refugiarse de esa época de nevadas a cualquier hora del día o de la noche. Nadie ocupaba el lugar que Berenice había dejado, su amiga tenía un año de haber regresado a México y la biblioteca permanecía cerrada durante el receso que tomaban los encargados y ahí, al menos, había sitio para dejar los útiles en las bancas. Pronto, en lugar de seguir con el reporte de literatura, comenzó a bosquejar un retrato del jugador estrella. Con tanta dedicación reproducía hasta el último detalle de esos ojos sombreados, que no se dio cuenta cuando el muchacho se acercó.

Él comenzó a buscarla y a llamarla Azusanná, nombre original del árabe que a ella le gustó más que el suyo en español. El día en que se citaron, también fue la primera vez que no salió en grupo. Después de esa tarde, tomar un *double-double* en Tim Horton's se convirtió en un hábito que fue uniendo a dos seres de procedencia distinta, con tradiciones y creencias diferentes, discrepancias que poco a poco dejaron de serlo. Con un suspiro bajó la vista, como si en el piso buscara el trozo que faltaba a su corazón.

—¡Aquí Tierra llamando a la Luna, conteste, repito, conteste!

—¿Eh, qué?

—Te quedaste como lela, Azu, ¿qué pensabas?

—Ahorita no me preguntes, por fa. Ya tengo sueño, ¿tú no?

—No mucho, ¡güey, no mames, apenas son las nueve! Ah, ya sé, el cambio de horario. De seguro andas como sonámbula.

"Sonámbula", había dicho; así anduvo en varias ocasiones durante su niñez, luego la sensación fue convirtiéndose en el anhelo de ser invisible, desvanecerse, flotar hacia alguna parte donde el abandono fuera una vaga idea y no una realidad.

—Solo por esta vez te dejo mi cama, y vente a acostar que me empiezas a dar lástima —abrazándola la acompañó y no salió del cuarto hasta que la vio cerrar los ojos.

—Oye, ¿sabes qué se me está ocurriendo?

Medio dormida aún, a Berenice le costaba trabajo articular una respuesta, hasta que pudo decir a manera de protesta.

—¿Que eres una latosa? ¡Es domingo, güey, ya ni la haces!

—Estaría súper trabajar juntas, puedes recomendarme en el lugar ese donde haces servicio social, igual yo también me puedo integrar, ¿eh?

—¿Cómo protegida?

—Qué chistosita, Bere, ¿ya me rio o al rato? Dices que a los niños se les pueden dar clases de dibujo, ¿no? Pues yo podría hacer eso, necesito emplearme en algo.

—Yo diría que lo pienses, Azu, no creo que eso sea para ti. La neta es que el ambiente ahí es como para deprimirse y tú con tantito ya andas en el azote.

Tenía razón, pero no por la amargura que parecía rondar siempre a su amiga, como una segunda sombra, algo que la apartaba de las demás chicas de su edad y reflejaba una madurez que, en realidad, no tenía. Estaba por cumplir veinte años, igual que ella, aunque a veces reaccionaba como alguien con más de treinta. El verdadero motivo era evitarle un encuentro que a todas luces sería muy desagradable.

10. Sin custodios

El encuentro sería a todas luces muy desagradable, algo que anticipaba y que por ningún motivo iba a dejar que ocurriera. Le dijo a Benicia que era preciso supervisar algunas labores que su padre encomendó hacer en la finca y con ello enmascaró el verdadero motivo de su reticencia a permanecer en palacio un día más. No soportaría ver de nuevo al rey y tal vez en compañía de quien iba a ser la reina consorte, antes prefería enfrentar la reprimenda de su padre al saber que sin su venia había regresado a su hogar. Solo el aya y la criada que se encargaba de preparar y servir los alimentos, además del caballerango y otros dos peones iban a acompañarla, no importa, pensó, es preferible, sin demora, poner distancia.

Durante el trayecto en el carruaje, sintiéndose vencida, Flora recordó lo ilusa que fue al haber imaginado que después de pertenecerle en cuerpo y alma, podría lograr que Roderico cumpliera todos sus caprichos, incluso que ordenara que la gruta de Hércules fuera abierta. Habrían enfrentado la maldición juntos, el lazo que iban a conservar hasta en el inframundo porque ella no pensaba abandonarlo, compartirían incluso la muerte, pero no, se dijo, antes que verlo fallecer, tendría él que postrarse a sus pies. La rabia opacó el escrutinio de su conciencia nublando la parte que le correspondía por haber permitido el desaire, y cuanto más deseaba apartar el suceso de sus pensamientos, este se repetía una y otra vez. La joven ignoraba que el ardid que comenzaba a tramar para su venganza también detonaría su desgracia.

Cerca de donde partió el carruaje en el que iba acompañada por Segismunda, alguien se detenía a observar cuanto estaba sucediendo, oliendo el pañuelo que le había obsequiado la joven, el tullido juró hacer cuanto estuviera en su mano para devolver esa distinción. No recordaba haber recibido muestra de humanidad tan desinteresada y verdadera como cuando esa joven lo defendió ante el soberano, incluso anteponiendo su propia seguridad. Ella le había robado el corazón y a partir de entonces se sentía en deuda.

Lo primero que Flora hizo al llegar fue pedir que acomodaran todo

en la habitación que había ocupado su madre. Llevaba al gato en brazos como si fuera una criatura y con ese cuidado lo acomodó sobre el camastro.

De regreso en Ceuta, el conde Olián recordaba cómo años atrás, por decreto, el rey Chindasvisto despojó a varios nobles de sus tierras, luego incrementó el impuesto que debían pagar a la corona y muchos quedaron en la miseria. Después, ya en el trono, su hijo Recesvinto intentó devolverlas a sus dueños, él entre otros, aunque parte de las tierras de su familia ya habían quedado en manos ajenas y no hubo modo de comprobar la posesión. Era verdad, Olián había sido despojado de sus tierras por los bizantinos y al ser recuperadas por las fuerzas visigodas no regresaron a sus manos, pese al edicto que así lo disponía.

En esa época Wikita, el último auténtico soberano, intentó reparar los atropellos de sus antecesores, pero la consecuencia de sus indagaciones lo llevó a una muerte repentina. Y como muchos, desconfiaba de la inocencia de Roderico en ese fatal desenlace, seguía buscando pruebas para inculparlo mientras se ocupaba de prevenir una invasión y de contar con el respaldo necesario por si ocurría un derrocamiento.

Tenía que ocultar a su hija lo que tramaba, ella era su único tesoro, la sal de la vida, por quien seguiría adelante sin retroceder. Con ella pudo aliviar un poco la pena de haber perdido a Cenci, su fallecimiento sucedió cuando era aún muy joven y el fruto de su amor apenas una chiquilla que correteaba a las aves que se posaban en el patio a comer el trigo quebrado con que su madre las intentaba alimentar.

A cada momento se sentía más cansado y deseó tener la compañía de Flora; sin embargo, se contentó pensando que la había dejado en buenas manos, a resguardo donde pensó que era un lugar seguro, de otra manera habría aplazado el viaje a la Tarraconense. Por nada del mundo quería arriesgarse a perderla, entonces apaciguó su conciencia al decirse que su preocupación no tenía fundamento, y para constatar que así fuera, mandó llamar a un lacayo para que le llevara la misiva que acababa de terminar de escribir. Debía esperar una respuesta, y dar fe de si, como se imaginaba, el convertirse en una dama de la corte real había colmado sus aspiraciones.

Le toma varios días recuperar el ritmo apacible de la vida en su hogar, Flora procura sanar su corazón haciéndose cargo de cosechar la fruta madura de los naranjos para la confitura que durará hasta el próximo invierno, aunque muy en el fondo no se desprende de la amargura de haber sido desdeñada. Durante el día se las ingenia para funcionar con normalidad, pero las noches le parecen un tormento, imágenes grotescas se superponen unas a otras, alguien la observa, una mirada lujuriosa que todo lo tiñe de verde, y despierta sin energía y sintiéndose cada vez más derrotada. Comienza a hablar solo con el gato, siempre junto a ella, y se cuida de que nadie escuche sus confidencias.

—Ya lo tengo decidido, es imperativo ir con quien tú sabes, ¿no te parece, Sibilino? —y va a buscar la capa que Roderico usó para cubrirla en aquella ocasión, creyendo que sigue en el fondo del baúl. —Es importante llevarle lo que pidió, mira, aquí tengo la… ¿dónde está?, si yo misma la guardé.

Da media vuelta sin cerrar el cofre, y se queda pensando si debe recurrir al aya para preguntarle por la falta de esa prenda, pero rechaza la idea, puede imaginar que haber sustraído algo sin que nadie se diera cuenta es tanto como robar.

En eso está cuando intempestivamente se cierra la tapa del baúl provocándole un sobresalto, y no solo a ella, también Sibilino brinca asustado y huye despavorido de la habitación. El estruendo la saca de sus pensamientos y puede percatarse de que en ese instante alguien hace sonar la aldaba de la casa. De seguro es un recado de mi padre, piensa, y se dirige a recibirlo. Cuando llega a la entrada, la sierva habla con la vieja del mercado que pregunta por ella.

—¡Usted! Deja, yo atiendo a esta señora —Flora espera para quedarse a solas con Úrsula—. Todavía no tengo lo que me pidió, ya me encargaré yo de ir a buscarla. Por favor no vuelva por aquí, pueden verla y eso no conviene ni a usted ni a mí.

—No vengo por eso, mi señora.

La joven va a despacharla cuando un carruaje pasa a unos metros. Debe ser precavida, no dar pie a habladurías, la presencia de

alguien con tal aire de concupiscencia levanta sospechas, sobre todo piensa que su padre puede enterarse y no va a gustarle que tenga tratos con ella. No hay más remedio que dejarla pasar. Luego pide ver el contenido del cesto que lleva, y al cerciorarse de que está vacío, la conduce hasta la cocina.

—Aquí estará a buen recaudo. Por nada del mundo trasponga este umbral…

—¿A qué le teme, mi ama? Si yo no vengo a crearle problemas, que esos los cargo yo.

—¡A callar! Dios de mi vida, le repito que no salga hasta que yo misma venga por usted.

Se había esfumado el halo de seguridad de un minuto antes, ahora se mueve dubitativa, va hacia la puerta tratando de escuchar si la carroza se ha detenido, podría tratarse de una misiva de su padre. No, no es posible, dice en un murmullo, luego regresa sobre sus pasos, vuelve al portón y pega el oído donde solo escucha sus propios latidos. Nada.

—Su presencia en esta casa no tiene explicación, no sé cómo se ha atrevido, mujer —duda si así debe dirigirse a alguien con esa pinta de vagabunda—. Repito que no pude reunir nada de lo que me pidió y cuando lo consiga, yo la busco.

La vieja clava la mirada de ojos negros en la joven.

—Y yo le repito que ese no es mi cometido. Quiero que me regrese lo que es de mi propiedad y llámeme Úrsula, que ese es mi nombre.

—No recuerdo haberme llevado nada suyo…

—El gato, ese marrullero mucho tiene que ver con que mis encantamientos surtan efecto.

—¿Pero no dijo usted misma que era un animal errabundo, un mostrenco?

—Lo dije para quitármelo de encima, el muy zampón, pero lo quiero de vuelta.

—Pues como buen noctámbulo, se escabulló desde anoche y no ha regresado —miente por el cariño que Sibilino ha logrado avivar en ella—, y como el camino está despejado, haga favor de retirarse cuanto antes.

—Me voy, pero no crea mi señora que se ha librado de enmendar su falta.

No está dispuesta a dejar que la despojen de su querida mascota; el animal la sigue a todas partes como un guardián silencioso, incluso en una ocasión, cuando el caballerango abrió el portón, bajó las orejas y alzando mucho el lomo, se lanzó contra un perro callejero que se había escabullido dentro de la casa quizá buscando un bocado. Cual pequeña fiera, no dudó en interponerse y el can no tuvo más que buscar la salida.

—¿Cómo supo mi ama de esa mujer? No es bueno que la vean con ella, tiene fama de bruja.

—Deja de aleccionarme, Segismunda, no necesito custodios y sé bien lo que estoy haciendo. Además, yo no presto oídos a embustes y lo mismo deberías hacer tú.

—Una solo repite lo más sonado, como que la víspera nuestro rey elegirá a las nuevas doncellas que conformarán su séquito.

Esa noticia la hace reflexionar y darse cuenta de que podría mezclarse entre la multitud que llenaría los patios y las salas de palacio; sería una más y, sin levantar sospechas, entrar a los aposentos del rey y sustraer lo que necesita.

—Vas a llenar cuatro cubos de agua mañana muy temprano, antes de irte prendes el fuego para calentarla. Ah, y también cuando pases por el mercado me traerás un atado de azahares y con ello haz de perfumar el agua de mi baño. Todo debes tenerlo presto apenas despunte el alba, ¿me has entendido?

—¿Acaso piensa mi ama salir sin escolta? A su padre no va a gustarle.

—Por eso, como parte de tu encomienda, contratarás a dos esbirros

que habrán de llevarme en la silla de manos, así no tendré que caminar sin chaperón. Ven a mi alcoba, voy a darte las monedas que te servirán para que me consigas todo lo que te he encargado.

Una vez hecho lo anterior, Flora se tiende en su lecho y cierra los ojos, como acostumbra, así va imaginando una a una las escenas de su cometido, debe utilizar un disfraz, algo para no ser reconocida. En eso, Sibilino llega hasta sus pies de un salto y ahí se acomoda haciéndose un ovillo, como si también estuviera ideando lo que trama.

—¡Pronto, el velo, mis sandalias y el pandero!

De súbito se incorpora obligando al felino a cambiar de postura, aunque este no muestra intención de abandonar la mullida tarima, y de alguna extraña manera al verlo tan apacible, ella tampoco se mueve. El ronroneo de su mascota la hace entrar en una profunda ensoñación y no despierta hasta muy entrada la tarde. Cuando por fin se pone en pie es como si hubiera descansado durante años, incluso se ve revitalizada, las facciones relajadas y los ojos negros le brillan como nunca. Va a buscar a la sierva para pedirle que juntas saquen su atuendo, pero ella ya lo tiene todo preparado.

—¿Cómo adivinaste que yo…?

—No lo sé, mi ama, creo que me lo dijo antes de retirarse, aunque este atuendo no es lo que acostumbra vestir.

—Como sea que haya sido, me has ahorrado bastante tiempo. Anda, prepárame algo para la merienda, no sé por qué me apetece volver a tenderme.

El transporte ya espera ante el portón de la casa. Antes de salir, Flora mira su reflejo en la superficie de bronce pulida que utiliza como espejo; cruza el patio donde Sibilino hace guardia en la orilla del estanque, los ojillos fijos en ese cristal líquido, donde ella, como acatando una orden invisible del gato, vuelve a mirarse y la imagen que observa le dice que nadie podrá descubrir su identidad, así satisfecha con lo que el agua quieta le muestra, se despide para siempre de la cordura que alguna vez tuvo.

En el trayecto va intentando ordenar sus pensamientos: es imprescindible que nadie se fije en ella. Se cubre la mitad del rostro con el velo y baja de la silla para cruzar hasta el umbral del castillo con muros de piedra. Junto con ella entran varias muchachas ricamente ataviadas, mancebos que llevan con gran miramiento cofres, como si se tratara de prendas muy preciadas; cerca, aunque guardando cierta distancia, van quienes se encargarán del espectáculo: juglares y bufones vestidos estrafalariamente: un hombre trastabilla por su disfraz con una larga cabellera hecha de la crin de algún caballo; otro arrastra la extensa cola de una capa en rojo; dos infantes hacen malabares con esferas coloridas y, con evidente esfuerzo al caminar, un ser descomunalmente grande y gordo, resopla cual bestia de arar. Perfecto, junto con ellos nadie va a reconocerme, se dice.

Una vez traspuesto el primer quicio, entran todos al gran patio rectangular bordeado con naranjos, el aroma que despiden altera los sentidos y comienza así la embriaguez que, una vez en el interior, se consumará.

Flora guarda distancia, mientras los demás siguen entrando ella se desviará hacia el patio interno. Alcanza a ver el gran salón decorado con banderines multicolores que penden de los muros, destaca al centro la silla real de madera ricamente labrada y revestida con hoja de oro esperando la entrada del soberano. Una a una las damas van a desfilar ante el trono para que el monarca pueda observarlas y dar su pláceme; esperará hasta entonces para constatar que procederá con libertad.

Los primeros acordes de los tamborines se hacen escuchar, entonces sale de la fila y comienza a caminar muy despacio, la cabeza cobijada por el velo. Está a un paso de obtener lo necesario para fraguar su venganza sin saber que la vida le tiene preparada una sorpresa.

11. Centro comunitario

Le esperaba una sorpresa en el centro de beneficencia. Insistía en que podría trabajar, igual que Berenice, en ese asilo donde ayudaban a las mujeres víctimas de maltrato. Ahí ella sería útil, nada como servir y consolar a quien lo necesita y en el momento en que lo necesita, le decía a su amiga para convencerla. Luego, como Bere continuaba sin dar su brazo a torcer, se animó a sincerarse con ella.

—No entiendo, ¿por qué no quieres echarme la mano? Ni que fuera a hacerte a un lado, esa no es mi intención y lo sabes. Solo es mientras arreglo todo para seguir estudiando.

—Ay, no la hagas de pedo, la cosa no va por ahí.

No entendía la reticencia de su amiga para llevarla a una entrevista, no podía ser por envidia, ella no era así. Entonces, ¿por qué no quería servir de intermediaria? Si la presentaba con la directora, de seguro conseguiría el empleo.

A la mañana siguiente, al despedirse, Azucena volvió a insistir, pero como respuesta solo obtuvo un "*ciao*, que se me hace tarde".

Pasadas las nueve de la noche, cuando Berenice regresó, ella seguía rumiando en silencio lo que deseaba hacer y los posibles obstáculos que tendría que sortear.

—Ya llegué, Azu.

—Ajá y, ¿por qué tardaste tanto?

—¡Güey, no mames! Después de una hora y cachito, de empujones y de échate no sé cuántas cuadras a patín, llegué al centro comunitario, de allá para acá otro tanto, vengo mega cansada, como dice papá, igual que guajolote cacheteado, cucaracha fumigada. Ah y tú sigues en babia, ¿no? Ni de chiste se te ocurrió salir por algo para cenar, ¿o sí? Bueno, mira, pasé por unos tamalitos, pero te advierto: el mío es el verde. ¿Y esos ojos de pistola? Ay bueno, cómetelo tú, al fin también hay de mole.

—Qué pesada eres, Bere. En serio, *mate*. Dame el que sea, con que no salga de dulce porque pasé la tarde comiéndome los chocolates que traje de allá para ti, pero como tenía hambre… no te importa, ¿verdad?

—¿Y no quedó ni uno? Mira qué pinche egoísta te viste. Y te perdono porque esto ya parece una casa, te rayaste en serio. A ver, y yo que creí que nos iban a faltar cajones dónde guardar la ropa. Se me había olvidado lo arregladita que eres, toda nais, nais, nais.

—¿Te rayaste?

—Sí que eres genial. Ay, venga, Azu, de veras que andas en otra onda.

—Si sigues, me como también tu tamal. Ya deja de criticar y ve por unos platos a la cocina, ándale.

—Sí, mamá… te pasas. Con lo cansada que vengo, a ver, ¿por qué no dices: siéntate que yo te atiendo?

—Porque también estuve haciendo cosas y ya conseguí una cita de trabajo, y ni sabes dónde.

Por respuesta, Bere nada más movió la cabeza, y contrario a su costumbre guardó silencio mientras comían. Azucena imitó el mutismo entretenida en imaginar cómo iban a alternar prestando servicio en el refugio; ella iría temprano mientras su compañera de departamento estaba en clase y viceversa. Sin que hubiera diálogo de por medio, dando por entendido que sabría lo que pensaba, dijo:

—Así, cuando regrese, cenamos juntas. Y para que veas, nos turnamos la traída de los tamales. No hagas esa cara, qué ¿no te da gusto que también quiera hacer algo bueno, eh? ¡Ay, Berenice, no te quedes callada! Nunca pensé que fueras así de… de envidiosa.

—No entiendes, güey, en serio. Pero conste que quise advertirte.

Al día siguiente se despidieron en la puerta de la casa; cada quien tomó distinto camino: Berenice presentaría una investigación sobre políticas urbanas y se decidió por la Ciclovía y los peligros que enfrentan los ciclistas, aunque todavía faltaba que consiguiera la

información en la Secretaría del Medio Ambiente. Por su parte, la pensativa Azucena se dirigió hacia el Centro de Apoyo Comunitario “Elvia Carrillo Puerto”.

Después de la entrevista con la directora Dolores Gómez Carrión, y de que explicara a grandes rasgos su propuesta para el taller de dibujo, debía llenar un formulario.

—Azucena Quiroga, bien. ¿Y tu segundo apellido?

—Cáceres.

—¿Tienes algún parentesco con la licenciada Grecia Cáceres?

Tardó unos instantes en contestar, la sorpresa no la dejaba acomodar la pregunta en su mente.

—Sí, ella es… mi mamá.

—Qué bien, no sabes cómo nos ha ayudado su asesoría legal. Me imagino que ya te habrá puesto en antecedentes acerca de nuestra labor. Funcionamos con un subsidio del gobierno y también por el altruismo de personas pudientes que no viene al caso mencionar, pero con quienes estamos muy agradecidas. Si no fuera por ellas…

Las palabras de la directora comenzaron a ser un eco que rebotaba en las paredes de su mente.

—Pues por ser referida de tu mamá, no hay más trámite que seguir, aunque antes de que participes activamente, debes conocer cómo manejamos el albergue y la asistencia que se brinda a las protegidas y a sus hijos, cuando el caso lo amerita. Ven conmigo, será mejor que te informe una de nuestras colaboradoras. Te presento a Juana Hidalgo, nuestra psicóloga, y te dejo con ella, luego pasas a la oficina por tus horarios. Ah, y bienvenida, Azucena.

No pudo expresar lo que pensaba, pero tuvo ganas de dar media vuelta y salir por donde había entrado.

—Hace tiempo que me encargo de examinar a quienes llegan aquí en busca de un lugar dónde refugiarse. Lo primero y más importante es guardar el anonimato acerca de la dirección, el

nombre del personal y de quienes están asiladas…

Ya no la escuchaba. Se quedó sin poder responder, intentando acomodar la mezcla de razonamientos y emociones que se le enmarañaban. De modo que Grecia ayudaba a esas mujeres víctimas de vejaciones y golpes; nunca la hubiera creído capaz de hacer algo que no le reportara algún beneficio económico, que desempeñara una tarea loable al encargarse de supervisar la parte legal que, según explicó la psicóloga, con el respaldo de la ley, incluso se convertían en demandantes. ¿Era su madre alguien a quien admirar? Se negaba a aceptar la posibilidad. Tampoco supo cuánto tiempo había pasado hasta que volvió al momento presente, justo cuando la mujer decía:

—Es de no creerse, pero no todas hacen algo al respecto, prefieren seguir en ese infierno porque es lo que conocen, ¿me entiendes?

En esas paredes desnudas, de un azul muy pálido, ante las dos ventanas que daban hacia un patio, ella escuchaba sin comprender la mitad de lo que le decían, continuaba pensando en el momento del encuentro con su madre. Para ese día ya habría llegado de viaje, habría preguntado por ella y, lo más seguro es que Adela le hubiera dicho que no quiso esperarla, ni una nota dejó. Pensó que pasados algunos meses iría a buscarla, pero antes iba a tener que domar un poco más el rencor que aún era una herida abierta.

Al fondo, las macetas de diferentes plantas recibían la calidez de los rayos del sol, mientras los niños y niñas jugaban sin preocuparse; tal vez se inventaban un mundo donde las sorpresas desagradables no existen, tampoco el maltrato o las malas palabras.

—Aquí las mujeres encuentran una oportunidad para reflexionar, se sienten comprendidas, comparten penas, se apoyan y, junto con los niños de las demás, forman una especie de familia. Para casi todas, este estadio transitorio de tres meses constituye un parteaguas y ya con otro ánimo pueden decidir quedarse o regresar. La idea es que no lo hagan o si eligen lo contrario, deben asegurarse de que el cónyuge o ex cónyuge sepa que la ley las respalda. Mientras permanecen, aquí se las auxilia con asesoría legal, médica y diversos talleres.

La psicóloga hablaba y Azucena notó a una mujer acurrucada en un rincón del patio, la silla donde estaba sentada era para niños, pero ella cabía bien. Buscó el sitio más cálido, aunque la mañana no fuera fría. El cabello castaño muy claro le caía sobre la cara, malabareaba una pulsera que luego volvió a ponerse o así le pareció. Su vestido, del mismo color de los muros, le sirvía de camuflaje y casi se perdía en el fondo, si no hubiera sido por el rayo de luz que la bañaba.

Azucena iba a preguntar por esa joven, pero la doctora le pidió seguirla a la cocina, una de las habitaciones más amplias, aunque los anaqueles con los víveres y las cajas con las donaciones de comerciantes altruistas, ocupaban gran parte del espacio; la mesa colocada al centro era donde los más pequeños recibían los alimentos.

Ahí conoció a María Idalia, una joven yucateca, entretenida en preparar la gelatina que ya tenía vertida en vasitos de plástico.

—Esta mujercita huyó con el novio, ahora su esposo, y por temor al reclamo de sus padres duda en regresar con ellos. Ven, te la presento.

Al principio María Idalia permanecía callada, pero luego entre galletas y tazas de té, se le soltó la lengua.

—Nomás volvimos de nuestra luna de miel, a las pocas semanas quedé de encargo y él, que era paciente y cariñoso, se volvió agresivo, me acusó de serle infiel y dijo que a lo mejor no era el padre. Luego de los insultos pasó a los empujones y a últimas fechas nomás puros golpes. No sé qué hice mal, ahora estoy sola y no sé qué va a pasar cuando me “alivie”.

Antes de que soltara el llanto, Azucena buscó con la mirada la puerta de salida y Juana Hidalgo comprendió el efecto que el relato había tenido en la joven. Fue con ella y al despedirse la previno.

—Te advierto que las historias de algunas son bastante más que conmovedoras. ¿Estás segura de integrarte?

—Mmmh, sí, claro, es que quiero hacer algo de provecho. Hasta

mañana y gracias.

Berenice lo sabía, ¿por qué no me lo dijo? Y ahora enfrentar lo más difícil: ¿qué excusa voy a darle?, porque de seguro mamá me va a reclamar.

12. La fíbula

Y ahora a enfrentar lo más difícil, se decía Flora, ir hasta la estancia real. Se deslizaba con la espalda pegada a los muros, tanteando dónde terminaba uno y comenzaba el otro para ubicar el umbral hacia la escalera, subir y esquivar al centinela que estuviera de guardia afuera del cuarto. Le costaba dirigir toda su atención a lo que estaba haciendo por el conflicto de emociones que se le arremolinaban en el pecho: desquitarse, llevar a cabo el ojo por ojo y diente por diente, aunque en manos de la hechicera estaba procurarle lo que en verdad quería: que el rey se arrepintiera y la buscara.

Por fin alcanzó el primer peldaño, ya solo debía atravesar el pasillo y llegar hasta el dormitorio. Sintió que el piso se movía, todo le daba vueltas, apenas si tuvo tiempo de buscar dónde apoyarse. Con esfuerzo pudo atajar las arcadas que el mareo le había provocado, algo oprimía su pecho, la molestia comenzó a ser lava ardiente en su garganta, le faltó el aire y estuvo a punto de desmayarse.

Se asomó con cautela al corredor, todavía con la respiración agitada y tratando de sacar fuerzas de su debilidad. Pensaba lanzar uno de sus brazaletes para distraer al guardia, pero por fortuna nadie vigilaba el dormitorio.

Se quedó inmóvil ante el lecho, el recuerdo fue contundente: la piel morena del soberano y el contraste con su palidez, la noche y el día entrelazados; el verde de sus ojos de profundidades marinas, sargazos que la habían hecho prisionera en una cárcel de la que no quería ser liberada y donde la negrura de los suyos se perdió para siempre. Sin recapacitar mucho en lo que hace, va hasta ahí; la almohada conserva el aroma de su dueño, de inmediato tiene que incorporarse, vuelve a sentir la violencia con que fue tomada y dice que, si el embrujo falla, su padre debe obligarlo a reparar el daño.

Encima de una silla encuentra la capa roja, solo tiene que echársela encima y salir. En eso está cuando escucha voces, risas, pasos cada vez más cerca. De pronto la puerta se abre de par en par. Apenas alcanza a esconderse detrás de una mampara antes de que entren

dos criadas con sendas tinajas en brazos, una lleva un surtido de frutas y la otra, un ramillete de rosas rojas.

—Nadie va a notar que falta un melocotón o un racimo de estas vides ¿no crees?

—Pues tampoco echarán de menos un par de estas bellezas. Si tan solo hubiera un mancebo que me hiciera a mí estos obsequios.

—¿Es cierto que Gumersinda será su invitada esta noche?

—Para lo que a mí me importa. Mira en qué trazas está el lecho, como si alguien se hubiera tendido. Lo arreglo y enseguida nos vamos.

Al dar un paso atrás para que no la vean, la joven furtiva tira el perchero que tiene al lado, alertándolas de su presencia.

Como si estuviera en trance, se deja llevar por un pasadizo hasta el portón lateral que nadie o casi nadie usa. Imposible responder a sus cuestionamientos, no protesta cuando la tachan de ladrona; tal vez ellas mismas hubieran corrido con ese sino de no formar parte de la servidumbre de palacio, y como no piensan traicionar a alguien con tan poca suerte y sí mucha necesidad, se deciden por dejarla ir.

—Trae acá, ganzúa, que esa prenda no te pertenece —al tiempo que una de las mujeres la despoja de lo que con tanto celo sustrajo.

Sintiéndose objeto de una ofensa, se resiste a dejarse arrebatar lo que consiguió y en ese forcejeo pierde el equilibrio y va a dar al suelo. La luna es apenas un esbozo en la bóveda celeste, pero con ese cielo sin nubes, el satélite parece reírse, también se burla igual que quienes la lanzaron a la calle.

—¡Y agradece que fuimos quienes te encontramos y no los guardias!

Se levanta con la túnica rota, el velo rasgado. Al menos, piensa, conseguí la fíbula prendida al manto que bastará para cumplir con el encargo de la bruja. Camina hacia su hogar, de sus ojos escurre el llanto, a la distancia, otros la siguen con la mirada.

Lo primero que hace al llegar es pedirle a la sierva una vez más,

varios cubos de agua para bañarse. La muchacha la ve tan sucia y contrariada que no cuestiona sus órdenes y se apresura a cumplirlas.

—Luego de que me llenes la jofaina, te llevarás estas prendas y las echarás al fogón. ¡Espera, llévate estas sandalias también!

Pensar que de víctima podría convertirse en victimaria, es una posibilidad que la llena de orgullo, se siente capaz de todo. Llevará la prenda a Úrsula y eso debe ocurrir antes de que su padre regrese.

Olián nunca se ausenta durante mucho tiempo, dos meses atrás encargó a Flora con Benicia, pero resultaba inminente que iba a volver para estar a su lado. Quiere deshacerse del remordimiento por haber desobedecido y, como si necesitara lavar esa aflicción, se mete a la tinaja del baño.

Al secar su cuerpo palpa la redondez de sus senos, calcula que se acerca el período del sangrado, el dolor es incipiente pero inconfundible. Durante esos días debe guardarse en casa, cómo entonces ir con la hechicera; ser cautelosa, se dice, actuar con el sigilo de un gato, como Sibilino. Justo en el momento en que se viste va a buscarlo, lo encuentra en la cocina, a un lado del cesto para la leña, está por cogerlo cuando el animal escapa. Si ella intenta acercarse, corre a los lugares más recónditos, hasta que lo acorrala junto al estanque.

—¿De qué tienes miedo? ¿Ya no me reconoces? —al decir esto, alcanza a ver su imagen reflejada en el agua de la pila, por un instante le parece ver a la joven de los hierbajos. Los mismos ojos negros, la misma mata de cabellos hirsutos—. ¡No, esa no soy yo!

—¡Mi ama!, ¿qué le sucede? Venga a sentarse, ya decía yo que un baño a estas horas de la noche no iba a caerle nada bien. Si acaso una vez a la semana, y es que ya tomó uno temprano… y…

—Prepárame el lecho, quiero dormir. Y no pronuncies otra palabra más, solo obedece, te lo pido.

Aún acuclillada, el gato va acercándose poco a poco, olfatea la mano que le ofrece y cuando lame uno a uno sus dedos, ella puede

cargarlo.

Consigue dormir solo hasta que comienza el ronroneo de Sibilino. En su sueño, Flora corre por un laberinto con cimas y abismos muy pronunciados. Cielo, flores, árboles, incluso las aves negras se asoman a mirarla y mofarse de su sufrimiento; los relámpagos en las nubes son joyas incrustadas titilando como estrellas, mientras un viento nebuloso levanta un polvillo que le escuece la piel. Va desesperada hasta que encuentra una vertiente de agua, la única que surge de un manantial azul formando remolinos, corrientes que se juntan; algo la impulsa a asomarse para ver de cerca el líquido con su constante siseo. Desde el fondo de esa cuenca escucha un llamado, una voz que la nombra.

Cuando despierta, de nuevo siente las arcadas del vómito, con horror piensa en la posibilidad de haber sido envenenada. El sol empieza a asomarse por el horizonte al tiempo que la ponzoña de la duda corre por sus venas, aunque la verdad es otra. Mi padre va a salvarme, soy su posesión más preciada, así me lo ha dicho. Nada malo habrá de ocurrir.

Trenzaba sus cabellos cuando el aya pide permiso para entrar a su habitación. La escena le recuerda a su señora Cenci, la hija no ha heredado los rasgos de la madre, pero es igualmente bella. Sus cabellos tienen la negrura de una noche cerrada y no el oro de los rayos del sol, como la muerta; sin embargo, conserva la misma blancura en la piel y la misma elegancia. La quiere tanto como si ella la hubiera engendrado.

—Mi señora, no ha comido nada desde el día de ayer. Los higos están recién cortados y acabo de hornear pan. Puedo traérselos con un poco de vino aderezado con miel de azahares.

—Olvídate de viandas y bebidas, Segismunda, mejor pide a la sierva que vaya a buscar a la hechicera, la mujer que se hace llamar Úrsula. Debe ir a la plaza y, si no la hallara, que pregunte dónde mora y que la traiga cuanto antes. Y que sea discreta, nadie puede darse cuenta de que viene a verme. No te quedes ahí parada, mujer, haz lo que te ordeno.

Desdobla con cuidado el pañuelo donde escondió el broche y, como

si se tratara de una pertenencia muy preciada, lo sostiene en su palma. Con certeza servirá para lograr mi cometido, se dice, mientras la luminosidad del mediodía hace refulgir el adorno como si se tratara de un rayo de sol. Se tiende sobre su camastro para seguir observándolo y más tarda en hacerlo que Sibilino en saltar atraído por el brillo de la pieza.

—¡Ah no, marrullero, esto no es para ti!

Presa de nuevo de una extraña somnolencia, como hipnotizada por el reflejo de esa luz, vuelve a sentirse con ganas de dormir.

Pronto cae en un sueño profundo. Escucha el estruendo de cascos, los caballos que se aproximan; cientos de cimitarras blanden amenazantes; el viento trae consigo un aire de ultraje. Las madres esconden a los pequeños entre la paja, pero la muerte va a dar con ellos, igual que con todos los demás. Ancianos, igual que los jóvenes combatientes son mutilados… las armas hacen correr la sangre.

“Despierta”, alguien la llama una y otra vez. Cuando Flora abre los ojos, Úrsula está a su lado, junto con la sierva que ha atajado un alarido con su delantal.

Le cuesta despabilarse, incluso con el masaje en los antebrazos que la hechicera le aplica.

—¿Qué… hace?

—¡Mi ama, por fin! Estaba usted como muerta. —La sierva se atreve a hablar sin que la autoricen.

—Puedes retirarte, déjanos solas. Pero antes dime, dónde está Segismunda.

—Uno de los pajes de palacio vino por ella, debía recoger un mensaje.

¿Quién pudo convocarla? Quizás el mismo Roderico que solicita su presencia.

Si así fuera, ya no habría necesidad de recurrir a ningún embrujo, aunque no está de más seguir adelante con lo previsto.

Una vez que la criada se hubo retirado, explica a la hechicera la razón por la que la hizo venir.

—Bien, pero no solo es el ornato de quien se pretende conquistar lo que yo necesito, una no vive del aire que respira, señora mía.

—Por supuesto, tenga por seguro que pagaré en oro lo que deba ser, sin dilación… solo que ahora no está mi padre y yo no dispongo de…

—Si no hay el plinc, planc de los metales —interrumpe de mala gana— no puedo comenzar mi trabajo, menos aun prometer un buen resultado.

El grito de Flora ordenando que la hierbera sea arrojada a la calle y el portón asegurado, alerta a la sierva quien de inmediato va por el caballerango para hacer cumplir la orden de su ama. Úrsula, sin embargo, no se retira muy en paz:

—¡Es la segunda vez que se me despide de mala manera, pero ya haré yo que vuestra merced se arrepienta!

13. Lo inevitable

—¡Me arrepiento de haber ido! Y ahora me la voy a | encontrar a cada rato. Podrías haberme advertido.

Azucena daba vueltas de un lado al otro mientras Berenice la seguía con la mirada.

—Pues no creo que te hubiera convencido. La neta, yo le estoy agradecida por conseguir que ahí pudiera hacer mi trabajo de labor social. Y, además qué, ¿a poco es para tanto? Es tu mamá, güey. A ver enséñame el horario que te dieron.

—(…)

—Vas a ir durante la mañana y tu jefa casi siempre va por la tarde, ¿ya ves?, para qué tanto drama. Mira, mejor vamos a comer. ¿Te late el cafecito que está cerca, donde hacen las tortas cubanas? Aunque podríamos ir al súper, y prepararnos algo aquí, en la cocineta.

—Okey vamos, me da lo mismo. Pero mañana me acompañas, no pienso enfrentarla sola.

Llegaron con más víveres de lo necesario. A Berenice le gustaba comer bien, según ella tenía dotes de cocinera y si no la hacía como socióloga, pensaba intentarlo como aprendiz de chef.

—¿Verdad que quedó de poca mi pasta a la arrabiata? Y espérate cuando haga el salmón con eneldo y oliva. Uy, qué seria, Azu, ya deja de pensar en eso, ¿no? El Centro no es el único lugar donde podrías hacer algo en lo que arreglas tus papeles. Oye, y, por cierto, ¿quién te va a ayudar con eso?

Azucena sabía que el trámite para revalidar sus estudios iba a tardar y era cierto que mientras no podía quedarse de brazos cruzados; sin embargo, ver a su papá o encontrarse con su mamá no la entusiasmaba ni tantito. Aunque en ese instante estaba como en trance, un rayo intermitente se le aparecía con la imagen de la chica en un rincón del patio. Esa manera de replegarse en sí misma,

tratando de pasar inadvertida, reflejaba una gran tristeza, sentimiento que hacía eco en ella. Desde luego, el motivo de que estuviera ahí era obvio, pero tal vez ella encontraría el remedio para animarla a dejar ese estado de frustración, y estaba dispuesta a lo que fuera con tal de ayudarla. Tendría que verse con Grecia, y para ello necesitaba decidir cómo enfrentar lo que hasta el momento había postergado. Entonces, pensó, ¿es cierto que no existen casualidades?

—¡Oye, despierta…! No la has probado, quiero ver qué cara pones.

—Ah, sí, espérame es que… Mmmmh está rica, muy buena, Bere.

—¿Verdad que sí? Y más bueno algo que me pasó.

—Estaba pensando que, en definitiva, un taller de dibujo sería lo más adecuado para que los niños puedan soltar lo que traen dentro, ¿no crees? —respondió sin poner atención a lo que su amiga decía.

—Sí, pobres chavos. Pero eso no es lo que te quería contar. Fíjate, güey, cuando salí de la uam, un chavo en un coche estaba ahí como esperando algo.

—¿Y qué? Tal vez era el chofer de alguien.

—Puede, pero me late que no. Como que solo me veía a mí, chance un ligue del que ni siquiera me acuerdo. Y el cuate está como quiere, igual y revivo la llama.

—¡Cómo es posible, Berenice!

—Uy, ya cuando dices Berenice y no Bere, la cosa va en serio. Y bájale, no estoy diciendo que es un hecho que me lo voy a dar, solo que es una posibilidad. Además, estábamos hablando de ti y de tu mamá, que si te la encuentras te va a dar el patatús, que si la traes atravesada, que si eres una víctima que no ha podido olvidar, que sufres como condenada… Mira, mejor ayúdame a lavar los platos en lo que alzo lo demás.

El comentario de su amiga la hizo recapacitar: ni por asomo sus vivencias podrían parecerse a lo que habrían experimentado los hijos de esas víctimas de maltrato; disciplina sí la hubo, incluso

pequeñas tareas como mantener su cuarto en orden y ayudar a levantar la mesa, sobre todo los domingos después del desayuno, pero nunca sufrió golpes y mucho menos presenció una escena violenta, y esos niños… algunos, quizás habrían sufrido en carne propia la furia de quienes en teoría deben protegerlos y amarlos. Ese pensamiento la hizo estremecer mientras recordaba el miedo en la mirada de muchos de ellos, que se asilaban para jugar aparte, prueba irrefutable de la huella que ya los marcó. Por primera vez en mucho tiempo se sintió afortunada.

—¡Güey! Que si te echas los platos en lo que recojo. Tengo clase de 6 a 8 y ya se me hizo tarde.

—¿Qué? Ah, sí. Deja todo, *no problem*, yo me encargo.

Conforme resbalaba el jabón de platos y vasos, Azucena se situó en la tarde cuando ella y la nana hacían el pastel para su cumpleaños. Ese 12 de marzo era el festejo de sus siete años y Catalina la dejaba lavar el tazón de la mezcla azucarada. Antes de ponerlo bajo el chorro de agua, la niña pasaba un dedo por los restos del chocolate; la muchacha se hacía la desentendida y luego decía fingiendo asombro: “Mira nomás, si hasta parece que un gatito se lamió todo esto. ¿Tú no lo viste por aquí?” Los minutos que debía esperar a que el horno fuera abierto le parecían una eternidad, pero la recompensa consistía en los comentarios de aprobación por el resultado. Qué feliz era y cuánto orgullo sentía cuando después que servía las rebanadas papá y mamá la felicitaban por su esfuerzo. La muchacha le transmitía confianza y seguridad en sí misma.

Al otro día Berenice se las ingenió para no ir al albergue. No era verdad que tuviera pendiente conseguir un libro sobre Economía, pero el pretexto sirvió a su propósito: no inmiscuirse en un asunto de por sí espinoso.

—¿Ya ves cómo eres?, por qué anoche no me dijiste, ¿eh?

—Ni que fueras a ir al dentista o algo peor, ya bájale, Azu. Luego me cuentas cómo te fue, ¿vale?

La vio llegar. No traía puesto el traje sastre gris de siempre, sino un conjunto de blusa y pantalón en marfil que le sentaba bien, había

subido un poco de peso, y los lentes que usaba no eran para el sol, como antes, se notaba que la vista empezaba a fallarle. Tenía que admitir que, aunque su apariencia era distinta de como la recordaba, el cambio la favorecía. Resultaba obvio que ya no dedicaba horas interminables al gimnasio, tampoco iba al salón de belleza, su aspecto lo decía, pero su semblante general era más auténtico, sin tanta pose.

Luego pensó que, si Berenice no había coincidido con ella, si daba asistencia ahí significaba que solo iba cuando solicitaban su asesoría o cuando le sobraba algo de tiempo. Le costaba trabajo imaginarla entregada a una labor altruista. ¿Sería consecuencia de lo que Grecia había vivido en Argentina?

Tendría que planear cómo salir del despacho de Recursos Humanos y no topársela, escabullirse cuando… pero no, se dijo, sería prolongar lo inevitable, algo que iba a ocurrir tarde o temprano.

—Mamá.

—¡Azucena, mi vida! ¡Ven acá, hace días que estoy esperando verte!

—Sí, bueno, es que yo primero quería estar de fijo en un lugar y luego…

—No tienes que explicarme nada. ¡Mira qué flaquita!, ¿estás comiendo bien? Ya sé que vives con Berenice y eso me tranquiliza, tu amiga es buena persona y te quiere un montón. ¿Tienes tiempo para tomarnos un café? No, ¿verdad? Bueno, yo también ando medio apurada, qué te parece si vienes a la casa el sábado a comer y platicamos a gusto. ¿Me avisas?

Con un suspiro reprimió el deseo de abrazarla mientras la veía entrar a la oficina de la directora. Se quedó pensativa, esa primera conversación había fluido con facilidad, sin reproches o una mirada de desaprobación, como las de antes. Aún con el desconcierto instalado en el pecho, fue en busca de la psicóloga. En definitiva, su madre había cambiado y casi podía jurar que era para bien.

14. La confesión

En definitiva, había cambiado, ya no era la joven dócil que todos conocían y no pensaba ceder ante la amenaza de la hechicera, que parecía estar más interesada en esquilmarla que en servirle, sabía que cuando la necesitara no iba a negarse; sin embargo, la funesta advertencia se le quedó clavada como una astilla.

Temía la reacción de su padre al enterarse de lo sucedido. Fue en busca de su aya cuando recordó que había acudido a la corte por un mensaje, si tan solo pudiera ser el que tanto anhelaba. Su vida cambiaría por completo si fuera requerida por Roderico, no habría rencores ni expiación de faltas. En eso cavilaba cuando oyó a la sierva dirigirse hacia el portón de la entrada.

La muchacha dejaba caer algo a lo largo del perímetro, y al verla acercarse, escondió el puño detrás de la espalda.

—¿Qué haces?

—Perdón, mi ama, es para protegerla a usted y esta casa de las maldiciones de esa bruja.

Va a continuar esparciendo la sal cuando Flora la ataja.

—Dame acá, yo también puedo hacerlo y mejor será rociar un poco también afuera.

En eso está cuando ve llegar a Segismunda, no voy a dar explicaciones, se dijo, y vacía los granos restantes dentro de una de las mangas de su vestido, sin saber que revertirá así el efecto contra sí misma.

—Mi señora, ¿acaso me esperaba? Vamos adentro, es importante lo que debo entregarle, solo sé que es una misiva de su padre. La mandó a palacio porque el conde piensa que seguimos allá.

En unas cuantas líneas su padre avisa que llegará en el lapso de una semana a más tardar. Al final de la nota, le advierte que debe estar preparada por si hay que dejar Toletum a toda prisa.

No pone mucho interés en la recomendación, ignorante de lo que en verdad ocurre, ya que en esos precisos instantes, mediante su rúbrica, el venerable Olián confirma al *Tomus Regio* su compromiso de unirse a quienes decidieron derrocar al actual monarca.

Llegado el momento crucial, buscarán la alianza con quienes han considerado sus enemigos: poco menos que salvajes, pero valientes que podrán ser sus aliados.

En la Septimania, el conde de Ceuta intercambia opiniones con los nobles y terratenientes ahí reunidos, con especial deferencia a los representantes de la Iglesia católica. Uno de los condes de mayor prestigio los exhorta a no olvidar la manera en que el actual monarca, Roderico, se apoderó del trono y pese a que se denominaba fiel seguidor de la fe cristiana, alguien con tal entraña no debía ser el representante de Dios en la Hispania.

—Es imperativo establecer de nuevo un estado próspero. La marginación de los judíos ha sido una mala estrategia, no comerciamos más y la hambruna del pueblo tarde o temprano también la sufriremos nosotros.

«Roderico ha dispersado al *Officiium pallatium* para imponer su voluntad, pero si unimos fuerzas es posible deshacernos del pie que nos aplasta. Hemos trascendido los tiempos del sometimiento de los romanos, recordemos que en nosotros está tener de aliado el califato del clan de los Abd Shams, apostados en Dimashq, la ciudad del jazmín.

Todos en la asamblea escuchan atentos mientras el orador en turno se explaya con pasión compartiendo sus planes, nadie se imagina que poco tiempo después los árabes controlarán toda la zona, incluida la región de Ceuta, territorio que tanto visigodos como bizantinos se disputaron años atrás y que una vez conquistada la nación, le darán el nombre de Al-Andaluz.

—Honorable Atanagildo —pide la palabra Olián para exhortar a la reflexión— nos hablas de un panorama que ya todos conocemos, sin embargo, destronar a Roderico representa una empresa nada fácil. Yo mismo he repelido al ejército musulmán y la alianza con los moros constituye una empresa muy poco probable.

—No si cuentan con nuestra colaboración —añade otro de los presentes.

—Y una vez logrado nuestro cometido, ¿irán esos moros, como los llamas, a respetar nuestro obispado, nuestras creencias? He sabido que son casi unos salvajes, inmisericordes, siempre prestos al combate para someter a quienes conquistan. Tampoco olvidemos nuestra derrota sufrida en la batalla de Vouille a manos de los francos.

—¡No borremos de nuestra memoria los sacrificios de quienes nos antecedieron! —alza la voz quien dio inicio a la discusión— recordemos el Concilio de Toledo, ahí se acordó, entre otros privilegios, que los nobles podríamos retener nuestro estatus de *fideles regis* ante el cambio de reinado, y que el rey debía gobernar con justicia, con piedad; sobre todo no debería hacerlo despóticamente, a riesgo de ser condenado por la Iglesia. Y yo pregunto: ¿acaso Roderico ha seguido tan loables preceptos?

—¡Hermanos, conservemos la calma! Consideremos que esa alianza nos va a asegurar el triunfo, pero ¿quién nos asegura que los árabes respetarán nuestros derechos?

—Es eso mismo lo que planteo yo con respecto al actual rey: ¿quién puede aseverar que actuará con justicia, acatando las leyes si antes ya ha usurpado el trono?

Una vez que la joven se hubo marchado a sus aposentos, ayudada por Segismunda, revisa cada prenda que se fue quitando sin encontrar ni rastro de la sal; sin embargo, comienza a sentir que todo el cuerpo le escuece. Al ver la irritación de Flora, piensa que la causa es un alimento en mal estado.

—Ahora mismo le preparo la infusión de caléndula, unas compresas le harán mucho bien.

Accede, pero antes la hace jurar que no dirá nada a nadie.

La semana en que debe esperar la llegada de Olián va a ser un tormento; sin embargo, la expectativa termina al cabo de tres días, cuando el carruaje del conde aparece ante la puerta.

—¡Padre, no lo esperaba tan pronto!

—Cualquiera diría que no te da gusto mi llegada. Bien, vamos al salón, que vengo exhausto; además durante todo el viaje no he podido deshacerme del disgusto que me ocasionó tu conducta, no te creí capaz de desobedecerme.

Flora tiene mucho que explicar y cuanto antes lo haga, mejor; el tiempo, en este caso, no es un aliado. Confesar lo sucedido entre ella y Roderico es admitir la deshonra, pese a que será lo único que también puede tener en su defensa.

—Si como dice, está usted cansado, será mejor que platiquemos durante la cena. Perdóneme, padre, voy a mi habitación.

Ha transcurrido apenas una hora cuando Olián la hace llamar.

—Avísale que estoy indispuesta… ¡no! Mejor avisa a mi padre que no me iré a dormir sin darle las buenas noches, pero que de momento me disculpe. He perdido el apetito.

Frente al hogar, calentándose ante las llamas de los leños, con la mirada fija en las danzarinas que deja ir el fuego, el hombre parece haber envejecido desde su llegada.

—Padre, pensé que ya estaría descansando. Discúlpeme por no haberlo acompañado, estoy un tanto…

—¿Indispuesta? Se nota, hija, tienes la tez macilenta, tu mirada tampoco es la misma y eso me preocupa. Aunque más interesado estoy en saber el motivo que te hizo dejar la tutela de Benicia. ¿Acaso ocurrió algo que deba preocuparme?

Flora duda en revelar lo que en realidad ha acontecido; sin embargo, es evidente que Olián puede ver a través de ella. Su silencio provoca que su padre siga:

—Sí, extrañé tu presencia durante la cena, me habría gustado ponerte al tanto de sucesos importantes que pronto van a cumplirse, para que estés preparada y, de ser necesario, alejarte. Es posible, aunque no probable, que tanto tú como yo corramos peligro. Yo ya no tengo nada que perder, hija mía, pero una joven doncella como

tú.

—Padre, me inquietan sus palabras. ¿Es el vino lo que lo hace hablar así?

—Ojalá me motivase el licor. No. Sé que debo prevenirte, aunque por ello de alguna manera traicione la confianza que corresponde al Aula Regia —lo último lo dice con evidente ansiedad—. Ya no es posible aceptar este régimen autoritario y no soy el único en asumir esa opinión.

Comienza a temer lo que va a escuchar, su padre no puede pronunciarse en contra de su soberano; al contrario, ella debe contar con su venia, de otra manera todo estará perdido y el futuro será peor que un tormento. Minutos antes pensó en posponer su confesión hasta cuando el anciano hubiera descansado. Ahora se da cuenta de que debe desahogarse y cuanto antes lo haga, mejor.

—No siga, padre. Me cuesta ponerlo al tanto de lo que he vivido en su ausencia, pero sería mayor deslealtad que guardara silencio. Mi principal objetivo era… es devolverle aquello de lo que fue despojado. Me consta cómo su salud ha ido menguando debido a las pérdidas irreparables que ambos hemos sufrido.

La joven sigue explicando que a partir de la muerte de su madre él ha cambiado; dejar Ceuta, la mansión en la península Tingitana, desde donde divisaban la orilla africana del Magreb, tierra de bereberes y árabes, había representado el último eslabón en la cadena que parece arrastrar, una ofensa denigrante. Y ella, al enterarse de la existencia de la cueva de Hércules y de que contenía grandes riquezas, ideó la manera de que hacerse con una parte del saqueo que los romanos habían perpetrado y que dormía en la llamada casa cerrada, aunque muchos consideraran esa información como una leyenda.

—¿A qué viene todo esto?

—A que me propuse convencer al rey, pero debí advertir que… —tarda unos segundos en continuar— no sé cómo proseguir.

—¡Como sea, hazlo que adivino algo grave y cuanto antes lo sepa,

mejor!

—Padre, mi primera intención era desagraviarlo del daño que le han infligido, me hice ilusiones, pensé que me quería, pero fui víctima de una bajeza.

El anciano despega la espalda del asiento, deja la copa sobre la mesilla junto a él, y con evidente alarma espera a que la joven reanude su relato, pronto sabrá que las palabras de su hija van a agravar sus planes.

—Solo le pido que me escuche hasta el final, sé que lo que voy a declarar le causará un gran disgusto, pero de antemano quiero que sepa que, pese a mí misma, mis intenciones no tuvieron el menor tinte de mezquindad, se lo aseguro.

Aunque la joven omite los detalles que pueden incrementar el enojo del conde, él se pone de pie y comienza a caminar para ya no seguir escuchando. Ella no puede dejar que se vaya sin terminar de revelarlo todo de una buena vez.

El conde de Ceuta siente de nuevo que la fatalidad se muestra despiadada, ¿qué pecado está pagando? ¿Por qué la garra de la desgracia no le da tregua? Incluso antes de incursionar en una franca batalla ya se siente derrotado. No tiene edad para enfrentar tales infortunios, ha perdido la fuerza de la que otrora hiciera gala. Hace un movimiento brusco para limpiarse una lágrima, la noticia es la estocada que acaba por lastimar su corazón.

—¡Pero en qué estabas pensando! ¡No eres moneda de cambio! —y como para sí, añade— Actuaste en un momento inoportuno, no sabes lo que vas a provocar. ¡Has entorpecido mis planes, causarás mi muerte! ¡Tu proceder complica lo que habría sido nuestro salvo conducto! Empeñé mi palabra… debo avisar, postergar lo inevitable. Pero, ¿cómo retractarme?, ¡soy un hombre de honor! Además, ¿acaso ignorabas la clase de alimaña que es ese hombre?

—Usted puede pedirle que me despose, no podrá negarse.

—¿Cómo sabes que lo hará? Es tu palabra contra la del soberano, a quien supuestamente debemos pleitesía, el muy indigno. No voy a

rebajarme, ya veré qué hacemos, tendrías que saber que no soy como otros padres que ofrecen sin más a sus hijas para colocarlas ventajosamente.

—¡Padre, tome en cuenta mis sentimientos!

—No saldrás de estas paredes por ningún motivo, un pie fuera y yo mismo te lanzaré a la calle para siempre. ¿Me has entendido, Flora? Y guárdate esas lágrimas porque, después de hoy, más habrás de llorar.

15. A prueba de todo

Cuánto más tendría que llorar?, se preguntaba mientras se dirigía al dúplex. Después de conocer parte de la historia de la mujer en el patio, por ningún motivo iba a dejar de ayudarla. Juana Hidalgo la había puesto en antecedentes, datos que también en ese momento Berenice confirmaba.

—En su expediente solo aparece la fecha y hora en que ingresó, su nombre: Lena Bogda… no sé qué. Le dicen la *Rusita*, pero, neta, que no entiendo por qué te interesas tanto en ella.

—¿Cómo que no entiendes? A ver, si vinieras de otro país, sin nadie que te apoyara, sobre todo en una situación como la que tiene, ¿no querrías que alguien viera por ti? Ojalá yo pueda hacer algo. Y de que voy a tratar, ni lo dudes —las últimas palabras las dijo como en un suspiro y moviendo la cabeza en desaprobación.

—Para eso está en ese lugar, Azu.

—Es que, pobre… debe haber sufrido mucho para que se la pase en un rincón sin querer hablar.

—Puede, pero no es tu pedo, madre Teresa.

Luego cambiaron de tema y se enfrascaron hablando otra vez del muchacho afuera de la universidad y lo raro que les parecía que no hubiera intentado acercarse si resultaba obvio que Berenice lo atraía.

—Primero pensé que era de nuevo ingreso… y está como quiere, ya sabes: peinadito, pantalón de casimir y sin tenis, nada que ver con los chavos de mi generación. Bueno, ni siquiera como los de último semestre. Y ni entró, todo el rato en la reja, y cuando salí me echó una sonrisa tipo “ven acá”, que casi me caigo de boca, pero hasta ahí. Y estaba pensando que si mañana volvía a ir…

—Yo que tú me fijaba bien. ¿Cómo sabes si no es alguien que se dedica a la trata?

—Pérate, que no he acabado de contar. Eso estaba pensando cuando salió una chavita como de primer semestre que, la verdad, nunca la había visto, y se subió al coche. ¡Güey, imagínate, era su guarura, y yo haciéndome ilusiones!

—Ah, pues mejor. A mí de por sí no me late un ligue así, ¿eh?

La plática fue dando giros hasta que surgió la relación con Ahmed, y el tiempo que ya había pasado sin que Azucena tuviera noticas, asunto que ella evadió como si se tratara de algo intrascendente, pese a que era todo lo contrario. Se fue a la cama con el pretexto de no sentirse bien.

—¿Cómo que al médico? No es para tanto, Bere. Lo que pasa es que todavía no me acostumbro a estar a más de dos mil metros de altura, además no sé cómo pueden respirar aquí, con tanta contaminación.

—Es que ya me dio cargo de conciencia, güey, se me hace que llevarte a comer tacos no fue muy buena idea. Chance te pescaste algún bicho porque ni creas que no me he dado cuenta de lo poquito que comes y de que andas guacareándote a cada rato.

—No es nada, ya te dije que es el cambio, solo eso.

—A ver si no me sales con que eres bulímica… Pero, no o ¿sí?

—Claro que no, tal vez la salsa de los tacos, no estoy acostumbrada al chile.

—(…)

—¿De qué te ríes?

—¡Güey, es que dices cada cosa! Olvídalo, y espero que solo sea eso y no por algo más que llore y patalee dentro de unos meses —y volvió a soltar la carcajada.

—¡Qué chistosita te has vuelto!

—Y andas en la depre porque no te manda ni un mensaje, ¿por qué no le mandas tú uno?

—Porque no, nos peleamos antes de mi viaje y es él quien tiene que buscarme y no al revés.

—¡Güey!, ¿en qué siglo vives?

—Bere, en serio, yo sé lo que hago.

Berenice prefirió callar a seguir insistiendo, aunque sus sospechas no se alejaban mucho de la verdad. Lo que le sucedía a su amiga mucho tenía que ver con la última vez que se citó con Ahmed Assani. Las consecuencias de tal encuentro pronto se conocerían, aunque no en las mejores circunstancias.

Intentaba dormir. Decidió no mirar la hora, la última vez que lo hizo iban a dar las tres de la mañana. ¿Por qué no la ha buscado? Ni un solo mensaje, ni una llamada, será que le importó más ganar el campeonato que la relación que pensaban a prueba de todo… Ahmed, mirada de lobo en celo, así lo llamó el día en que se pertenecieron en cuerpo y alma y, en revire, él la llamó por su nombre en árabe: Azusanná… Pese al pleito que tuvieron antes de que ella regresara, creyó que en cualquier momento iba a recibir número de vuelo y horario. ¿Y si le hubiera ocurrido algo grave? Quizás alguien de su familia enfermó y por eso no pudo hacer el viaje, lo peor sería que hubiera sufrido una fractura, era tan frecuente en los jugadores. ¡No, se dijo, ni pensarlo! Es que es tan orgulloso como yo, no puede olvidar el asunto de casarnos y no es lo que yo quiero, menos ir a vivir lejos en un país que denigra a la mujer, eso jamás. Pero sobre todo no quería dejarse manipular, ser una debilucha. Y lo que había dicho Berenice, está como loca, tuve el periodo, aunque duró poco, ¿será que…? No, no es posible, trató de convencerse, si siempre nos cuidamos, y descarta la idea junto con el temor, aunque enseguida empieza a carcomerla otro pensamiento: no ha hecho algo por revalidar sus estudios y no puede dejar de hacer la gestión; tampoco ha visto a su papá, antes su aliado. No solo la distancia se encargó de separarlos, la joven sabía de la nueva familia de Julián, y ella no figuraba en ese escenario.

Además, lo del albergue, pensó Azucena, no es una actividad que tenga que ocupar todo mi tiempo, puedo estudiar y también ayudar, aunque para eso sabe que en algún momento tendrá que recurrir a

Grecia. Y ella, ¿se prestará en caso de que deba hacerse algo por la vía legal? Odia tener que pedirle el favor, pero quién sino ella que conoce bien el derecho internacional. El parloteo mental, laberinto sin salida, seguía y seguía.

A la distancia, a más de tres mil kilómetros y a cuatro horas de viaje en avión, el joven de descendencia árabe había sido seleccionado como capitán del equipo de hockey sobre hielo. No podía desperdiciar la oportunidad que los Vancouver Canucks le ofrecían, el sueño de su vida era llegar a ser como Roberto Luongo, su ídolo, aunque ya no fuera integrante del equipo. Sin embargo, el planteamiento incluía una gira por Toronto, Montreal y varias ciudades más y no podría incumplir con su equipo, aunque también existía la promesa a su novia: volar a México tan pronto tuviera en mano la constancia de haber terminado la carrera.

Berenice es la primera en levantarse. Al no encontrar a su amiga en la cama va directo al baño para abrir la llave de la regadera.

—Al fin —oye que Azucena dice desde la salita que su amiga ha improvisado con cojines y un sofacito de mimbre de segunda mano. Dos cajas de cartón hacen las veces de mesa de centro.

—¿A qué hora te paraste que ni te escuché? ¿A poco fuiste por el desayuno?

—Claro, no nomás a ti se te ocurre comer. Y mira, además de cafecito a ti te traje dos donas de chocolate que sé que son las que te gustan.

—¡No manches, me encantan! Y, ¿tú ya comiste…?

—Ajá, me baño y nos vamos juntas al Centro, ¿okey?

—Oye, de veras, ni te he dicho que también en el expediente de la Rusita… —el resto no toca sus oídos, porque ya se encuentra bajo el chorro de la regadera.

Un grupo de niños, unos con evidente interés y otros indiferentes, rodeaban a Azucena cuando Berenice se acercó. Les explicaba del curso de dibujo y lo mucho que iban a divertirse.

—Azu, oye, es que ya me voy, paso a comer algo y recojo mis cosas para la uam…

—Espérame, voy contigo —y dirigiéndose a sus futuros alumnos recalcó—. Entonces ya quedamos, mañana los veo como a esta hora, ¿va?

Caminaban hacia el transporte en silencio hasta que Bere tomó la iniciativa.

—Tengo que actualizar los expedientes de las asiladas, revisar los que se quedan y los que se van al archivo muerto; si tienen fotos, guardarlas por separado, todo un rollo… y cuando hay demanda, tu mamá es la que se encarga, aunque eso es solo cuando ellas quieren que se proceda de forma legal. Por eso al principio se me ocurrió que tú… porque eres re buena organizando y acomodando, ya ves cómo dejaste el depa… pero luego dije no, no va a querer… porque entonces… ¿verdad?

—Me encanta cuando cantinfleas, no te entiendo nada. Y, las fotos, ¿para qué?

—Cuando llegan se las toman, por si traen marcas de golpes o heridas, también a los chavitos. Así nadie puede alegar que no pasó, que yo no fui; porque hay cada cabrón, que ni te imaginas.

—Como el de ella.

—¿Quién?

—El esposo de Lena, por el que se asiló en el Centro Comunitario.

—Y eso que, como te platiqué, las quemaduras ya ni se le notan, la hubieras visto antes.

—¡Cómo quemaduras!

—Y el reporte del examen médico: tiene un bebé, bueno, al menos uno, porque según esto hace no mucho que parió. Qué suerte de cuata, ¿no?

—Con mayor razón si tiene hijos. Aunque tenga que acercarme a mi

mamá, no me importa con tal de hacer algo por ella.

—A ver si no te metes en un lío, estos asuntos a veces son hasta peligrosos. Y lo que menos imaginé, Azu: tú en defensa de la maternidad.

—¿Qué tendría eso de raro? Y deja de tratarme como a una niña. Tengo la misma edad que tú.

—Tranquis, ¿eh? Mejor *peace and love*.

Sin embargo, la joven se quedó muy pensativa tanto por el intento fallido de platicar con la Rusita como por no dejar de pensar en la promesa de Ahmed.

Desde el encuentro con su hija en la pensión para mujeres maltratadas, Grecia no dejaba de pensar si en verdad iría el sábado o iba a rechazar la invitación. ¿Es que algún día iba a comprenderla? No todas las mujeres deben quedarse sujetas al hogar, asumir como única misión en la vida atender al marido y a los hijos, dar la espalda a un horizonte promisorio, se decía mientras ordenaba su agenda de citas. Tal había sido su caso y Azucena tenía edad suficiente para entender sus razones o ¿quizás también iba a echarle en cara haberse preparado y ejercer una carrera que era su orgullo y que realizaba con tanto ímpetu? La mayoría de las personas la tachaban de egoísta, incluidas varias de sus mejores amistades, no se diga de los hombres fuera y dentro de la profesión. Es un arduo camino, se dijo, pero no he llegado hasta aquí para acobardarme y ofrecer disculpas por ser dueña de mi vida.

Terminó de distribuir los horarios de las citas de la semana y se la dio a Margot, la asistente; como despedida avisó que estaría localizable en el chat de WhatsApp para que no la interrumpieran con llamadas al celular.

—Doctora, se me pasaba decirle que llamó su… el señor Julián; me pidió el número del celular de su hija y no sé si hice bien en dárselo, es que como en ese momento usted no estaba, yo…

—No tiene importancia. Y hablando de otra cosa, no se te olvide

recabar información sobre Elvia Carrillo Puerto. Necesito que organices una breve semblanza, no es posible que las protegidas ignoren lo esencial de la Monja Roja y la razón por la que se eligió ese nombre para el Centro Comunitario. Saber lo que hizo esa mexicana es una buena manera de honrarla. Hasta mañana y que no se te haga tarde, como siempre.

No debo alterarme porque Julián busque a nuestra hija, intentaba convencerse, aunque si fuera honesta, tendría que reconocer que la sola mención de su nombre exacerbaba su malhumor. La intromisión de su ex marido siempre la ponía a la defensiva, y a la niña, como la llamaba él, en su contra. Ahora la busca y ya me imagino para qué, volvió a pensar aún más disgustada. Como si yo no pudiera ayudarla con el trámite para la revalidación; además, si volviera a cursar el último año del bachillerato o solicitar el examen de Ceneval… eso agilizaría todo, si recurriera a mí y no a su padre. Ya pensaría qué hacer para ayudarla.

16. Ausente

Ya pensaría qué hacer para reparar el ultraje, aunque consumado, quizá podría hacer algo y revertir las consecuencias. Por lo pronto hizo llamar al aya. Cuando la tuvo frente a sí, dijo apretando los puños y conteniendo la rabia.

—Recoge tus bártulos y ándate lejos de aquí, que no vuelva a verte nunca más, Segismunda, o no respondo de lo que pueda sucederte.

—Pero, señor conde, no me aparte de mi ama Flora, prefiero morir.

—¡Te lo advertí, la puse en tus manos y mira lo que ha pasado!

—No entiendo, mi señor, que yo sepa ningún mal le ha acontecido. Perdone mis palabras, pero la quiero como si fuera mi hija, no me aleje de ella, se lo pido.

—¡Ahórrate los jeremiqueos! ¡Fuera de aquí o yo mismo te echaré a la calle!

Ausente de lo que sucedía en el salón, Flora fue en busca de la fíbula, registró cada rincón de su cuarto, ante la mirada curiosa de Sibilino que no perdía uno solo de sus movimientos. Al no encontrarla pensó que alguien debía habérsela llevado y, abatida, se dejó caer en el camastro cubriéndose la cara con ambas manos. La sentencia de su padre iba haciéndose realidad: le esperaban aún muchas lágrimas por verter. Como si adivinara su pesadumbre, el gato se acercó a frotarse contra su antebrazo para aliviar el dolor que percibía en su ama. Ella lo acarició lentamente mientras, en efecto, iba calmándose para tratar de idear qué habría pasado con la prueba que pensó tener y con ella lograr su cometido.

Sin embargo, al recordar lo sucedido y la fuerza brutal con que fue humillada a manos de quien pensó la amaba, sus quejas se convirtieron en lamentos que fueron subiendo de tono, alaridos que llegaron a oídos de la sierva y del conde que en ese instante se disponía a organizar el viaje que lo llevaría de regreso a la Septimania.

—¡Mi señora!, ¿qué le sucede? Será que este animal ha vuelto a romper una de las jofainas. Si así lo desea lo echo a la calle, bastantes fechorías ha hecho, si viera cuántos peces del estanque…

—¡Calla!

—¡Ahora qué sucede! Por Dios, hija, me cortas el resuello, dime qué te ocurre, justo estaba por salir, es imperativo que frene lo que puede convertirse en una algarada, algo que con tu proceder has provocado, y no será cosa de pocos días. Y tú, no te quedes ahí mirando a esta pobre trastornada, anda a traer una infusión de menta con dos gotas de extracto de láudano.

—No se vaya, padre, se lo ruego. Presiento que algo malo va a pasarme si usted me abandona.

Conmovido al ver a su hija en tal estado, el conde Olián decidió cancelar su viaje. Lo que estaba por ocurrir ya nadie podía evitarlo; además, si Roderico hubiera tenido intención de legalizar una alianza con Flora, ya lo habría hecho con o sin su permiso, de manera que ya recibiría la justa retribución a su osadía. Una doncella de noble cuna merecía un trato cortés, distinto al que su heredera recibió; aunque, también pensó, no podía negar que su hija había actuado de manera impulsiva e inmadura sin tomar en cuenta las posibles consecuencias.

—Tranquilízate, no me iré. Queda en manos de Dios lo que deba suceder. No hay tesoro que valga más que tú.

La bebida calmante que la sierva le ofrecía, de un manotazo fue a dar al suelo, de igual modo lanzó a Sibilino fuera de su habitación. La joven otrora de mirada tranquila se convirtió en pocos minutos en un ser fuera de sí, con la vista fija en un punto indefinido y desgañitándose al proferir obscenidades, para luego caer inconsciente a los pies de su padre.

—Ve en busca de ayuda… ¡no! Mejor quédate aquí, no te apartes ni un instante de su lado —luego, dirigiéndose a Flora—: Ya me encargaré yo mismo de traerte auxilio, querida mía.

Pero Flora ya no lo escuchaba, su mente comenzaba a perderse sin

remedio en tierras imaginarias donde el pantano del remordimiento poco a poco comenzó a engullir su cordura, mientras otra vida seguía gestándose en su interior.

Con ayuda de la sierva, Olián la tendió en su lecho, donde iba a permanecer durante varios días sin recuperarse. Quien ahora vertía lágrimas era el conde, que no veía la hora en que arribaran las tropas con los árabes aliados para derrocar al rey y, de paso, aunque lo ignoraran, vengarlos a él y a su hija. Solo debía mandar una misiva avisando que sin dilación abreviaran preparativos y consolidaran la alianza.

Horas después, en manos de un mensajero, Olián pone el futuro no solo de Flora, sino de la nación. Inquieto, sin estar plenamente satisfecho con lo que va a realizar, sigue los impulsos que dictan sus emociones y no del razonamiento que hubiera sido preferible.

—Has de decirle al obispo que inicie el trámite que acordamos, él sabrá a qué me refiero. Pondrás a buen resguardo este manuscrito que deberás entregarle a él y solo a él. ¿Has entendido?

No queda tranquilo, ese papel contiene información que, de caer en manos enemigas, podrá significar su sentencia de muerte y no solo él corre peligro. No tiene más remedio que confiar en el esbirro que llevará su mensaje. El muchacho parece no entender la urgencia de salir cuanto antes, el conde lo ve ir con parsimonia hacia la caballeriza, hubiera querido apurarlo, pero otra preocupación comienza a acribillarlo: Flora sigue postrada, ausente, y recurrir a la curandera, como propuso la sierva, quizá significa el único remedio a su alcance, de otro modo llamarán la atención y no es conveniente provocar habladurías.

—Aunque temo, mi señor, que la hierbera no quiera venir.

—¿Por qué habría de negarse?

—Sucede que mi señora ya ha requerido su presencia y como no recibió pago…

—Ya le daré yo lo justo en cuanto atienda a Flora.

—La mujer juró no regresar, mi señor.

—Pues en esta ocasión tendrá que hacerlo. A ver a qué sinapismo, cataplasma o ungüento recurre, pero que venga enseguida. Ten, guarda bien este talego con monedas y dile que luego habrá más, si es que ayuda a mi hija.

El cuerpo de Flora sigue estático, su mente vaga intentando encontrar un lugar, un punto firme dónde resguardarse. Primero como un lamento y en seguida como una súplica comienza escuchar que alguien la llama: despierta, hija mía, despierta. Estoy a tu lado, te necesito, regresa. La joven hace esfuerzos por abrir los ojos sin conseguirlo; una y otra vez ese ruego se transforma en un eco para sus oídos y cada vez más aquella voz le parece la de su madre.

Antes de salir, la muchacha contó las piezas de oro que contenía el pequeño saco, nunca había visto tanta riqueza. Si ella tuviera la suerte de ser dueña de ese caudal, piensa, nunca más estaría fregando pisos ni atendiendo necesidades ajenas, sino las suyas y las de su madre, que permanece viviendo en las colindancias con el pueblo, lejos del pozo de agua y cada vez con más achaques. Va de prisa, estrujando la fortuna como si su puño pudiera resguardarla de hacerse con lo ajeno. El bolsillo de su delantal habría sido mejor escondite, pero así oprime la duda que la ronda: cumplir con el encargo de su amo o alejarse para siempre y darle un respiro a su vieja. La incertidumbre es resuelta por un imprevisto. Al dar vuelta en una esquina, se topa con una cuadrilla de mozalbetes dedicados a robar a cuanto transeúnte pasa. Sin ninguna dificultad se hacen con el dinero golpeándola, tirándola de los cabellos y haciendo que abra la mano. Satisfechos con el botín, aplacarán la sed entrando de nuevo al tugurio cuando uno de ellos detiene a los demás, preferible ir a la mancebía, la pasarán mejor.

Conforme el horizonte cambia de tonalidades y del sol no va quedando ni una línea de luz, la angustia del conde se acrecienta. Si las losas de piedra hubieran cedido a su caminata, profundos surcos habrían trazado su deambular entre el salón y el cuarto de la desvanecida joven, cuya palidez también aumenta según transcurren las horas. La sierva demora en regresar. Ingrata, se dice el conde sin conocer la realidad, estos bastardos no conocen la lealtad.

La chica de servicio fracasó en conseguir a la hechicera, y pese a que siente pena por dejar en tales condiciones a su señora, no se presentará más en la mansión del conde. Nadie va a creer que me robaron, piensa, así que prefiere refugiarse en la choza de su madre.

De manera que la sierva se robó el dinero, piensa Olián y no quiere esperar más. Él mismo irá en busca de la bruja y, de paso, verá si alguien tiene noticias del paradero de la ladrona.

—Hija, pon atención a lo que voy a decirte: debo ausentarme, intentaré no tardar, pero si lo hiciera, te esforzarás por salir del limbo que te tiene presa, es imperativo, en ello te va la vida y también la mía. Que Dios te guarde —y dirigiéndose al gato, añade — y tú, harás bien en no moverte de aquí, ahora eres el único guardián de tu ama.

Como respuesta, Sibilino va hasta donde Flora y se ovilla muy junto a ella; sin embargo, la conciencia de la joven sigue atrapada en una oscuridad total mientras libra una batalla: por un lado, su mente intenta reaccionar ante lo que sus oídos captan; por el otro, su cuerpo se resiste y la angustia de no poder responder la sume más y más en la desesperación.

Cuantos menos testigos hubiera mejor, de modo que el conde rechaza la compañía del siervo y del caballerango que ya se disponían a salir con él. No es necesario, les dice, se trata de una diligencia sin importancia que no me llevará mucho, no sabe que tan pronto como esté cerca del mercado, en la esquina de la taberna, va a encontrarse con los tres delincuentes.

Uno de ellos gesticula dando gritos y sosteniendo la talega en alto con una mano, evita que se la arrebaten, algo discuten; enseguida el conde identifica el saco. Por un segundo cruza por su mente la idea de que la sierva se hubiera puesto de acuerdo con esos maleantes, pero al no verla presente, desestima la idea. Se apea del caballo y, sin pensarlo dos veces, reclama lo que es suyo, al tiempo que blande su espada para amedrentarlos.

Se les va encima y alcanza a herir a uno en un brazo, los otros huyen llevándose el botín, ningún sentido tendría ir tras ellos, no va a poner su vida en riesgo por tan poco. El caído saca un puñal y se

arroja contra Olián, que por esquivarlo tropieza y va a dar a un barranco profundo; el rufián se acerca con la intención de vengar la estocada que le tiñe el costado en sangre. A sabiendas de que el malhechor lo aventaja tanto en juventud como en fuerza, el conde logra cegarlo con un puñado de tierra, hace un esfuerzo por recobrar su disminuido vigor y montando de nuevo al purasangre se dispone a escapar. El malhechor reacciona demasiado pronto y, sin perder tiempo, aún con la vista nublada, sujeta la brida con la intención de hacerlo caer. Con la fusta en mano, Olián le cruza la cara y el bellaco de un solo golpe va a dar al suelo. Nadie interviene, la reputación de la pandilla es bien conocida y ninguno quiere exponerse tratando de ayudar.

En lugar de dirigirse al lado de quien tanto lo necesita, enchumbado en su propio sudor, el conde de Ceuta se decide por acudir ante el rey Roderico, a él tendrá que rendirle cuentas y asumir su responsabilidad. Sin embargo, algo fuera de su control y, desde luego, de sus previsiones, lo detiene. Un dolor corta su respiración, se le traban las quijadas, lo hace doblarse, la aguda punzada le corre desde el pecho hasta paralizar por completo su brazo izquierdo. Un velo comienza a cegarlo y lo último que alcanza a ver son las torres pétreas de la edificación real. Suelta las riendas y su cuerpo queda inclinado sobre la crin como en un último abrazo. Ya sin jinete que lo guíe, el jamelgo, acostumbrado a su caballeriza, va hacia ahí en un trote acompasado como adivinando que deberá anunciar así la desgracia.

17. Con un poco de suerte

Como adivinando que Azucena estaba más interesada en la Rusita que en ayudarla con los expedientes, Berenice por fin desistió de convencerla y, pese a que trató de dirigir la atención a otros temas, por ejemplo, ¿sabía que María Idalia, la yucateca, ya había tenido a su bebé? ¿y que se fue a vivir con sus papás? Azucena no hacía el menor caso, sino que caminaba con una sola idea en la mente: encontrarse con la mujer en el rincón del patio porque, aunque no conocía su historia, intuía lo que había sufrido. Apenas llegó fue a buscarla.

Los niños jugaban sin que les importara la presencia de Lena, que parecía parte de la escenografía, una aficionada más interesada en inspeccionar el piso de losetas, mientras se sobaba la muñeca izquierda. Azucena pensó que quizá podría invitarla a participar en su taller o pedirle ayuda para colocar el material en las distintas bandejas, pero eso sería cuando tuviera todo, tendría que pasar un día más.

Casi como por milagro, de manera imprevisible, uno de los jugadores de más edad lanzó una pelota y, sin intención, pero con un tino perfecto, le dio en la cabeza a la Rusita. Ella solo levantó un poco la cara, sus ojos de un azul profundo contrastaron con las buganvilias que quedaban cerca. Aun en esa mirada fugaz y algo distante, Azucena vio reflejado un profundo dolor. Sin pensarlo dos veces, corrió hacia ella:

—¿Está usted bien?

Se acuclilló a su lado, los niños más pequeños se le unieron para ver lo sucedido, los dos más grandes se hicieron a un lado, pero poco a poco también se acercaron cuando fue evidente que la mujer estaba bien. Entonces, Azucena se atrevió a tomarla de las manos y en ese encuentro visual hubo algo más que un entendimiento.

—*Tak*, estoy bien, son ninios.

—Tal vez prefiera sentarse acá adentro. Estoy tratando de

organizarme para un taller de dibujo y a lo mejor le gustaría…

—Prefiero sí, aquí quedarme.

—Sí, en esta época del año se antoja el sol. Hace poco llegué de Canadá y ya extrañaba el calorcito de México. Usted no es de aquí, ¿verdad?

La Rusita solo negó con la cabeza, ya no habría más palabras, así lo comprendió Azucena, sin embargo, se atrevió a decirle:

—Mañana la busco, a lo mejor cambia de parecer, algo me dice que usted puede enseñarme mucho y, la verdad es que yo necesito alguien que me dé una mano. Hasta luego.

Así pasaron varios días. Ella buscaba conversación con Lena y por respuesta obtenía solo frases incompletas. ¿Y si la idea de Bere servía? Su opinión era que le llevara dulces típicos. Por eso, de entre la fruta cristalizada, los jamoncillos y las palanquetas de almendra y cacahuate, se decidieron por un par con semillas de amaranto y frutos secos, que creyeron los menos extraños para un paladar acostumbrado a otros sabores.

Llegaron por la tarde y de inmediato Azucena se dirigió al patio mientras Berenice apuntaba sus ingresos en la libreta de control. No la encontró ahí y decepcionada entró a la cocina, punto de reunión, entretenimiento y donde se compartían las tres comidas diarias. Lena estaba revisando las canastillas donde guardaban pinceles, acuarelas y esponjas. Revisaba cada uno con detalle como si nunca los hubiera visto o fueran a revelarle algo importante. No la sintió llegar y se sobresaltó con el primer “hola” de su incipiente protectora.

—Te traje, ¿puedo tutearte? Es que me pareces tan joven que… —calló y como toda explicación le tendió una de las golosinas—. Se llama alegría y creo que te va a gustar.

—Alegría —dijo con un tono de tristeza.

—Veo que estás revisando el equipo como si lo conocieras. Tal vez no me equivoqué al pensar que eres una artista, tus manos lo dicen.

La Rusita se miró las palmas y luego el dorso y se animó a confesar que había estudiado piano siendo apenas una niña. Luego volvió a entristecerse y enmudeció a las preguntas haciendo que Azucena también guardara silencio.

La vio encaminarse hacia el dormitorio donde estaban una mujer y sus dos hijos pequeños, un espacio en que las asiladas trataban de reproducir un hogar en armonía y no del que habían huido. Los únicos sitios en común eran la lavandería y la biblioteca donde los niños más grandes recibían clases varios días a la semana. Las maestras intentaban acomodar la enseñanza a las distintas edades, según el grado escolar de esos alumnos esporádicos.

Como no supo qué hacer, decidió seguirla; lo único que tenía claro es que de alguna manera ella iba a ayudar a que se recuperara. Sentada sobre una de las camas, la Rusita acunaba a un bebé en los brazos. Al verla entrar, de inmediato se puso de pie.

—¡Qué lindo! ¿Es tuyo?

Lena volvió a negar con la cabeza al tiempo que entregaba la criatura a la madre que en ese instante era reclamada por el llanto de su bebé. Cuando se quedaron a solas, la Rusita se dejó caer sobre el colchón y se tapó la cara con ambas manos.

—Yo tengo, sí, Nina, Ninoshka —mientras las lágrimas dejaban pequeñas huellas de humedad en su falda de grueso algodón.

Se sentó a su lado para abrazarla, demostración de afecto que Lena no desdeñó, incluso se dejó acurrucar como si fuera también una criatura, pero volvió a callar y ella entendió que no debía presionarla.

Una vez que estuvo a solas en su cuarto, instintivamente, Lena llevó la mano para sentir la pulsera con cuentas de ámbar, regalo de sus padres cuando terminó el curso de idiomas en la universidad. ¿Me habrán perdonado?, pensó sintiéndose culpable. Nunca estuvieron de acuerdo con que viajara a México.

Como otras chicas, Lena Bogdánova entró al país como “estudiante de intercambio”, una mentira utilizada para cubrir el verdadero

motivo. Vía internet había contactado un sitio que ofrecía puestos de edecán en distintos eventos sociales, incluidas ferias internacionales y viajes alrededor del mundo. Ella pensó que era una oportunidad de oro, algo había aprendido de español, dominaba el inglés y sabía algo de francés, lo mínimo para darse a entender. Qué mejor que poner en práctica esas lenguas y, con un poco de suerte, lograr la independencia económica que tanto deseaba. Sus padres le habían dado lo necesario, incluso sacrificando su propio bienestar y necesitaba dejar de ser una carga para ellos, aunque no entendían que quisiera irse tan lejos. Con el tiempo tal vez conseguiría casarse con un buen hombre, atender su propio hogar. Ya se veía instalada en un país que le parecía digno de mil aventuras. Según lo que había leído en pantalla, la agencia que hacía las contrataciones exponía un panorama envidiable, y era una posibilidad, una en cientos si era admitida.

Alguien de la misma agencia se encargó de tramitar los pasaportes de varias chicas que, igual que ella, se proponían probar suerte en otra latitud. Cómo iba a saber a lo que se estaba prestando, si sus padres se enteraran en lo que se convirtió esa vida de desahogo económico… Si ella hubiera comprendido a tiempo lo que le esperaba…

Que el clima era una maravilla, también significó un atractivo más que la hizo convencerse de querer conocer el país, aunque una densa nube que creyó neblina al pisar suelo mexicano, la desconcertó; después supo que no era sino la contaminación; tampoco imaginó que la capital fuera una ciudad tan grande, tan poblada y de contrastes. Al salir de la sala de llegadas internacionales vio el letrero con su nombre. Pensó que era otro agente de la misma firma que iba por ella, pero el hombre dijo que estaba ahí por órdenes del señor Rodrigo Manjarrez y que tenía instrucciones de llevarla a su residencia en el Pedregal. Ella entendió muy poco del inglés mal chapuceado del muchacho con uniforme gris, pero se dejó guiar hasta el automóvil en el estacionamiento.

Una vez afuera del aeropuerto los anuncios espectaculares eran muestra de la metrópolis consumista a la que había llegado; los pasos a desnivel y la actividad, un tanto desenfrenada, atraparon su

interés y le costaba trabajo disimular su entusiasmo. Sin embargo, no pudo ocultar la sorpresa cuando entendió que ya alguien se había encargado de arreglar adónde y con quién llegaría. Luego quiso desviar su desconcierto convenciéndose de que todo iba a salir como le habían prometido. Un tutor, eso es, de seguro la enviaban con alguien que cuidaría de ella hasta que fuera contratada como edecán. Sin saber que no volvería a esa parte de la ciudad ni a ninguna otra, a través de la ventanilla del coche vio que las calles se iban convirtiendo en un laberinto, de cualquier esquina un terrible monstruo aparecería para tragársela. Intentó serenarse, se dijo que solo daría las gracias y se marcharía si el lugar no resultaba adecuado, así de simple.

Mientras el automóvil atravesaba pasos a desnivel y avenidas, por el espejo retrovisor la mirada penetrante de Ángel, el chofer, no dejaba de escrutarla. Al principio ella desvió la mirada y trató de no hacer caso de ese par de ojos negros que a cada momento parecían advertirle algo. Luego de poco más de una hora de camino, llegaron ante un portón de acero que se abrió cuando el conductor accionó un control. El garaje era una especie de gruta recubierta de piedra volcánica. Si una chica con uniforme y mandil no interviene a tiempo, el efusivo recibimiento del pastor alemán casi echa a Lena al suelo.

—El señor no tarda en llegar, me pidió que la atendiera, señorita. Si gusta seguirme. Tú te quedas afuera, Lobo —y dirigiéndose a la recién llegada y a modo de explicación añadió—. No vaya usted a creer que no me gustan los animales pero este perro es demasiado nervioso, corre por todos lados. ¿No el otro día hasta me tiró el jarrón con todo y flores? Hubiera visto el reguero… Ay, perdón, si ya sé que hablo mucho, ¿verdad? —Lena iba a decir algo, pero la chica no le dio tiempo— Es que a veces se me va la lengua, porque una está aquí solita y ni con quién platicar, ya se imaginará ¿verdad?, y luego con tanto quehacer. Ándale, Ángel, sube las maletas de la señorita.

Así supo el nombre de quien hasta ese momento la seguía con una mirada inquisitiva, que había estado todo el tiempo callado pero pendiente de ella.

—Bueno, este es su cuarto, señorita… de veras ¿cómo se llama

usted? Ay, sí me entiende, ¿verdad?

—Lena. Sí, hablo español, lo estudié en la universidad, y gracias. Voy a descansarme uno momento.

—Lena, ah, qué raro, ¿verdad? Yo me llamo Rosa María, pero puede decirme Rosma, así me llaman en mi casa.

—¿Ustedes son de la agencia?

—No se preocupe, señorita Leona, tan pronto vea que mi patrón abra la puerta vengo y le digo. La dejamos que descanse. Vámonos, Ángel, ¿qué esperas?

—No, Lena, soy… ¿quién es el patrón suyo?

Lena recordaba todo como si lo hubiera vivido el día anterior; sin embargo, tardaría bastante en volver a confiar en alguien para compartir esos pesares, era preferible callar. Si no hubiera sido por la muchacha que hacía la limpieza y también cocinaba, que poco a poco se fue convirtiendo en su confidente y cómplice, todavía seguiría presa.

18. La amenaza

Si no fuera por Benicia, Flora seguiría presa en su letargo. Segismunda, desaviniendo las amenazas del conde, permaneció cerca del castillo, y dándose cuenta de la tragedia que pronto llegaría a oídos de su ama, no tuvo más remedio que recurrir a la doncella del palacio. Ella sabría cómo defenestrar la maldición que postraba a su amada niña en ese sueño infame, sobre todo, debían ponerla al tanto de su orfandad. Pobre criatura, se decía el aya, qué sola ha quedado. Afuera, alguien atisbaba todo sin perder detalle.

Mientras, y también por encargo de la dama de la corte, el cuerpo de Olián era preparado por los religiosos en el templo de Santa Leocadia para darle sepultura, la cista aguardaba.

El calor de Sibilino era el único contacto con un ser vivo para quien seguía postrada, hasta que el felino se desperezó y con un largo bostezo buscó el frescor del patio. La joven, sumida en un embeleco, se había aferrado a su presencia como el último vínculo con la realidad. Atenta a lo que sucedía a su alrededor, pero sin poder interactuar, era cierto que conservaba la vida, pero en otra dimensión. Nada y todo permanecía a su alcance. Las imágenes iban y venían, fantasmas que la rondaban, seres desfigurados que querían arrastrarla definitivamente hacia un mundo lóbrego. En esa privación de conciencia, la mirada penetrante de unos ojos verdes y gatunos la hacían zozobrar en aguas turbulentas. Le faltaba el aire, era como si sus pulmones comenzaran a llenarse de líquido, y un remolino la condujera sin remedio a una profundidad de la que iba a costarle salir. Sus oídos captaban cada vez más cerca el fluir constante del agua. Afuera, los peces del estanque se refugiaban entre las piedras por la mirada sagaz del gato.

Benicia iba al encuentro con su antigua protegida, cuando Úrsula salió al paso, el jinete apenas pudo detener el carromate.

—¡Eah, pero qué imprudencia, mujer!

Por las ventanillas, las dos pasajeras asomaron la cabeza para ver qué causaba tal barahúnda.

—¡Vaya bruto, casi me arrollas! —aparentando no saber quiénes iban en el vehículo jalado por un par de caballos— Mis gentiles damas, ¡qué susto me he llevado!

La vieja permaneció inmóvil, esperando las instrucciones que ya anticipaba. De sobra entendía la premura, buscaban ayuda para sanar a Flora. Sin embargo, Benicia dio orden de seguir adelante, el conductor iba a fustigar al corcel cuando, en el último instante, Úrsula se paró enfrente gritando.

—Mi presencia no es ninguna casualidad, soy la única que puede ayudarlas —y, entre dientes— ni vuestras mercedes ni nadie puede hacerme daño, quien lo intenta lo paga.

—¡Alto! —ordenó Benicia y dirigiéndose a la hechicera— ¡No te atrevas a proferir amenazas!

—Lejos de eso, señora mía —burlonamente— pero bien harían en confiar en mis dotes de curandera.

Muy a su pesar, el aya accedió y poniendo varias monedas en manos de la hierbera, le dio instrucciones para que reuniera lo necesario y acudiera al castillo.

—Ya probarás si tienes facultades para sanar a nuestra amiga. La desgracia se ha cernido sobre ese hogar y algo debe hacerse.

La mujer sujetó la brida de uno de los caballos impidiendo que avanzara y así continuar su alegato.

—Solo con el infortunio es que valoran mis servicios —con una risa cínica— aunque… yo tendría que pensármelo muy bien antes de ayudar a quien ha sido una ingrata conmigo.

—¡Vieja bruja!, no estás en posición de exigir —se atrevió a reclamar el aya— y mucho me temo que tienes bastante que ver en esto, así que más vale que endereces lo que has torcido, de no hacerlo…

—Ahora soy yo la amenazada, créanme, no conviene ventilar la situación antes de tiempo —y haciéndose a un lado, y para sí misma — una venganza debe ser bien fraguada.

A cada instante la voz de su madre se aleja más, se vuelve un murmullo, canción de cuna que la sumerge en el velo impenetrable del letargo. Cenci, la bella romana como fue conocida, la dejó cuando era muy niña, y ahora también se ha convertido en huérfana de padre. Sin saberlo, Flora, al igual que su madre, gesta en su vientre el producto de una violación.

Cuando los últimos bastiones romanos eran derrotados y Cenci huía para salvarse, Olián, un hombre maduro, notó la hermosura de la adolescente que trataba de pasar inadvertida. Sin pensarlo dos veces, al filo de su espada para librarse de quienes intentaron detenerlo, espoleó al purasangre y ladeándose para tomarla de la cintura, la subió a la grupa y la raptó.

A regañadientes al principio y luego doblegada, convirtió a la rehén en su esposa. Meses después, al saberse embarazada, tuvo el impulso de deshacerse de la criatura y recurrió precisamente a Úrsula quien, en esa ocasión y para su desgracia, la había asistido.

La hierbera fracasó, pero el justo castigo por intentar semejante pecado no se hizo esperar cuando ella misma perdió a su único hijo en la batalla contra los francos. La vida le cobraba así el ir en contra de la naturaleza. Jamás supo qué razones tuvo la mujer del conde de Ceuta para querer abortar, él tampoco se enteró del proceder de su mujer.

La hechicera buscó vengarse, y la oportunidad se le ofrecía en bandeja de plata; además se habían atrevido a tratarla mal, a ella que conoce las bondades y peligros de las plantas, que manipula a su antojo las entidades de los bosques. Alguien deberá pagar por todo el maltrato sufrido.

Flora abre los ojos, esmorecida y con la vista extraviada deambula por los corredores y habitaciones de la residencia como si algo o alguien la guiara. Sibilino la sigue tratando de llamar su atención, ella mira hacia un punto fijo, un horizonte sin límites. En el instante en que parece chocar contra un muro, se detiene y luego de varios segundos gira hacia el lado opuesto. Así lo hace varias veces hasta que da con la salida al patio. Encandilada por el verde de los naranjos alrededor de ese rectángulo de piedra caliza, camina en dirección al centro, al estanque, en donde entra ahuyentando a los

peces, el chapoteo que producen para librarse de ser pisados causa que, solo por un instante, recupere la conciencia, después su mente vuelve a fugarse. Permanece de pie sintiendo la frescura del agua y el gato, como vigilante experto, queda atento sobre una de las piedras que bordean la represa.

Después de buscarla por toda la casa, Benicia se sorprende al encontrarla inmóvil en ese lugar.

—¡Flora!, ¿qué haces? ¡A ver, inútiles! —dirigiéndose al caballerango y a un siervo que la observaban sin moverse, los dos únicos sirvientes que quedan en la mansión— ¿Por qué ninguno ha podido auxiliar a esta pobre criatura? ¡Un par de azotes merecen, eso y más!

Sin descalzarse, toma a Flora del antebrazo para hacerla salir. Ella se deja llevar sin poner resistencia. Como puede, la conduce hasta su habitación mientras le habla con dulzura.

—Voy en busca del aya para que ayude a cambiarte.

En ese momento llaman a la puerta.

Uno de los esbirros de palacio lleva una misiva para la doncella de la corte, quien debe presentarse cuanto antes. Flora, con la saya escurriendo, permanece boquiabierta, como si de un momento a otro fuera a decir algo, los ojos muy abiertos mirando hacia ninguna parte. Puesta en manos de Segismunda, Benicia va a enterarse del recado.

Parece que el destino prueba su fortaleza y no solo la de ella, ¿no basta el dolor de ver a su amiga en tal estado? El soberano requiere su presencia, debe acudir a la brevedad, pero ¿cómo dejarla en ese momento crucial? Ausentarse sería abandonarla a su sino, sin embargo, han surgido ciertos inconvenientes en los preparativos de las nupcias del rey, algo de lo que ella debe encargarse.

—¿Ciertos inconvenientes? No lo sé, podrías estar falseando el mensaje.

—No, mi señora, se lo he dicho tal como mi memoria lo registró y

puedo jurarle que…

—Está bien, puedes retirarte.

Va hasta los aposentos de Flora, donde el aya se esfuerza por librarla de la humedad que la hace temblar, aunque permanece incólume, ajena a todo menos a una orden que cada vez capta con mayor claridad, algo que la hará actuar sin su voluntad.

Sibilino comienza a maullar recorriendo todo el perímetro del patio, como si intuyera que debe servir de guardia, pero como cada vez lo hace con más insistencia, el siervo toma la fusta: va a callarlo aunque sea a golpes. El gato se pone a salvo brincando la barda, así su ama queda a merced del maleficio y él, otra vez en la calle.

Del lado opuesto, al borde de las últimas viviendas de la aldea, la hechicera realiza el conjuro para guiar a Flora hasta su choza; cuando sea oportuno la conducirá al pantano. De ahí no va a salir hasta que ella lo disponga, el descendiente del monarca nacerá sin que la parturienta se entere, como tampoco el rey… nadie.

19. Una dirección equivocada

De ahí no iba a salir hasta que lo dispusiera el dueño de esa residencia, aunque Lena no lo sabía.

—No sé cómo le hace el patrón, ¿verdad? Ya hasta de fuera se las mandan.

—Pues para mí que esa muchacha no sabe adónde vino a meterse, ni de chiste anda en lo que las otras, porque la neta, no creo que sea una piruja, no tiene la pinta.

—Ay, Ángel, ¿a poco crees que no?

—Desde que fui por ella al aeropuerto me di cuenta. Uno sabe, mi Rosma. Como dices, las otras pues como que a eso se dedican, pero esta no.

—Lo dices en serio, ¿verdad?

—Nunca me falla. Además, ¿no le viste sus ojitos de espantada?

—Sí, ¿verdad? Ay, Diosito, chance y tengas razón. Pero yo no quiero problemas con el patrón y me imagino que tú tampoco, ¿verdad? Así es que chitón perrito.

Nunca había visto tal opulencia, tanto lujo, incluso las paredes del baño estaban revestidas con mármol y eso debía costar una fortuna. La recámara, toda, era de una belleza inimaginable, ni en sus sueños más preciados habría concebido un lujo tal. La alfombra de pared a pared y en ese tono fresa subido hacían lucir el mobiliario blanco como pequeñas isletas de hielo; las porcelanas puestas en el estante con libros a su disposición también daban al espacio un ambiente de formalidad, aunque el tamaño de la cama le pareció excesivo. Esto es digno de una princesa, pensó, cada vez más maravillada. Se dejó caer de espaldas sobre la colcha también blanca y sucumbió al sueño sin ofrecer resistencia.

Los golpes en la puerta la hicieron despertar a la realidad y no era una que una princesa pudiera desear.

—Señorita Leo, vengo a avisarle que ya llegó el licenciado y dice que la espera en la sala. Sí se acuerda, ¿verdad? O, ¿quiere que la acompañe?

Se dejó guiar por la muchacha todavía con el amodorramiento del cambio de horario. Lo primero que vio al entrar al salón rodeado de ventanales hacia un vasto jardín, fue a un hombre de espaldas. Aunque anochecía, pudo darse cuenta de que también el propietario —a quien calculó cerca de cuarenta años— de esa mansión trasladaba el lujo a su forma de vestir. Al escuchar pasos, se volvió para escrutarla con la mirada, sin interrumpir su plática, con el vaso en la mano y el tintineo de los hielos en el vaso *old fashion* flotando en la bebida indicó que tomara asiento y salió del lugar.

Lena eligió uno de los sillones de piel de los más alejados de donde estaba su comprador. A través de la ventana vio cómo Lobo se levantó de donde permanecía agazapado, notó su presencia y de inmediato se acercó a observarla a través del cristal; con las patas delanteras extendidas y la cola arriba, mostraba su deseo de jugar, ella siguió la pantomima y levantando mucho el brazo le "arrojó" la pelota; en dos ocasiones el perro corrió para buscarla, pero al tercer intento solo se le quedó viendo, ladeó la cabeza y comenzó a ladrar, que ella interpretó como una muestra de amistad muy distinta de la que comenzaría a percibir en unos minutos más.

Tal vez alertado por el escándalo, el licenciado Manjarrez cortó la llamada y volvió al salón. Ella iba a agradecer el recibimiento, y a preguntar qué hacía ahí y cuándo la llevarían a conocer a quienes la habían contratado, pero el patrón, como se refería Rosma a ese hombre, sin responder y a modo de saludo hizo una seña para que se acercara.

—A ver, lindura, ven acá.

Cuando la tuvo frente a sí, también con una seña de la mano, la hizo girarse, se acercó a ella para olerla, quitó el broche que sujetaba sus cabellos y posando las manos sobre sus hombros, la atrajo al grado de que sus labios casi se rozaron. Ella tomó distancia, pero él no retrocedió, sino que a cada paso que la joven daba, de inmediato —como el cazador que no da tregua a la presa — lo reducía hasta acorralarla contra la pared. Luego, riendo

satisfecho, se volvió ante la colección de licores y aguardientes.

—¿Te sirvo uno?

—Gracias, no.

—No me vas a despreciar este vodka que mandé traer especialmente para ti —mientras le servía sin esperar respuesta y le tendía la bebida.

—Yo no acostumbro —al ver el gesto de disgusto, aceptó lo que le ofrecía y tratando de no ofender a quien la recibía en su casa—. Mejor si antes tomo alimento.

—A ver, lindura, a mí nadie me desprecia. Enséñame algo, a ver qué traes debajo de esa faldita. Mira que soy buen adivinador y me estoy imaginando unas braguitas diminutas… ¿Le atiné? Que no te dé vergüenza o, ¿estás nerviosita? Mejor que mejor —al tiempo que se dirigía a la puerta y cerraba con llave— has de estar bien mojadita, como a mí me gusta y además, que te hagas la rejega me pone bien cachondo.

Lena no terminaba de comprender lo que estaba sucediendo, al seguir caminando de espaldas cayó en otro de los sillones, Rodrigo se le abalanzó, mientras metía la mano bajo su falda, le arrancaba las pantaletas y la forzaba a abrir las piernas.

Lena, todavía aturdida y en posición fetal escuchaba los movimientos de Rodrigo, cómo se subía el cierre del pantalón y se acercaba a golpear la ventana porque Lobo seguía ladrando cada vez con más intensidad.

—¡Cállate, pedazo de bruto, y tú ya deja de lloriquear! Y recomponte porque vamos a cenar, lindura, para que veas que tomo en cuenta tus deseos.

De ese episodio lo único que retuvo fueron los aullidos del perro cuando su amo salió a castigarlo y el tufo a sudor ajeno y alcohol que quedó impregnado en sus cabellos y en su piel.

Pudo haberse adaptado a un país donde todo le resultaba extraño, música, comida, pero ¿cómo anticipar lo que en verdad le

esperaba? Nunca imaginó una vida tal, no todos los recuerdos de su infancia eran agradables, algunos estaban teñidos por el malhumor y la frustración, sin embargo, en el matrimonio de sus padres nunca hubo golpes.

Su vida había tomado una dirección equivocada; comenzó a odiar el lujo que en un principio la había deslumbrado; no importó el afecto que la muchacha del servicio le mostraba y que cada vez era más genuino, tampoco el cariño de la mascota de esa casa, ella, lo comprendió demasiado tarde, se convirtió en una esclava y ni todo el oro del mundo hubiera podido aliviar lo que empezó a sufrir en esa cárcel de lujo.

Valladolid esquina Durango, leyó en la pantalla, ¿pero qué número? Azucena se detuvo ante un edificio moderno de cuatro pisos. Los balcones con balaustrada de madera y la fachada de ladrillo aparente denotaban una arquitectura moderna, los departamentos no debían tener más de diez años de construidos, pensó, como si en verdad supiera algo de la materia. Volvió a buscar en los últimos mensajes de su papá cuando le avisó que necesitaba verlo. Presionó el botón que marcaba el 301-A.

—¿Quién es?

Dudó en contestar, se sentía incómoda, ni siquiera sabía si iba a ser bien recibida; mejor sería dar media vuelta y marcharse, pero la voz insistió en saber quién tocaba.

—Soy… Azucena.

—¿Quién?

—¿Está el señor Julián Quiroga? —y para no dar tiempo a más preguntas— Soy su hija.

Después de varios segundos que a ella le parecieron horas de un suplicio interminable, se escuchó el timbre que liberaba el cerrojo de la entrada. En el quicio de una puerta de madera un tanto ajada en la parte de abajo, señales inequívocas de una mascota quizás de gran tamaño, esperaba una mujer mayor. Con dificultad se acomodaba un chal sobre los hombros y sonriéndole la invitó a

pasar.

—Conque tú eres la pequeña Azu, mi yerno nos ha contado de ti, que estudias en Canadá y todo eso. Siéntate, hija. Julián y Mirta fueron a recoger a las niñas al ballet y luego iban a… estoy segura de que me dijeron, pero, bueno no importa, ya vendrán.

Del otro lado de lo que debía ser la cocina, un perro ladraba con insistencia.

—Es Tito, el chihuahua más inquieto del mundo, pero como mis nietas lo adoptaron y todo eso, pues ni hablar. Bueno, también es compañía, aunque a mí no me incomoda quedarme sola, no vayas a creer. A mis años lo que menos quiere una es ser un estorbo… Se lo dije a mi hija, yo estoy bien en la casa de retiro, de veras, pero ella no, que vente con nosotros y todo eso. ¿Quieres algo de tomar? Hay Coca-Cola que tanto les gusta a los jóvenes, ¿te sirvo una?

—No, señora, no se moleste. De hecho, estoy pensando que hice mal en llegar sin haber avisado antes.

Pero la anciana ya se había levantado y con esfuerzos impedía que el animal saliera aunque con bastante facilidad se coló entre sus piernas. Gruñendo y mostrándole los dientes fue hasta donde estaba ella. Uy, ¿y esta miniatura?, y yo que creí… vaya recibimiento, pensó la chica, ¿será augurio de lo que me espera con la nueva familia Quiroga?

—Ay, este perro, si te digo que es una lata y todo eso. Ven acá, Tito, ¿no te da pena ser tan mal educado? Mira, mejor te vuelvo a encerrar.

La mujer estaba forcejeando con el pequeño monstruo de ojos saltones cuando se oyeron voces en el pasillo y una llave en la cerradura. Todavía en leotardo blanco, tutú rosa y el cabello restirado en una coleta, entraron dos chiquillas a quienes Azucena calculó cinco y cuatro años. Solo en fotos había visto a la esposa de su padre y, pese a lo que hubiera querido, le pareció más guapa que en las imágenes que Julián le hacía llegar por internet.

—¡Vayan ahorita mismo a cambiarse, Laura y Graciela!

Aunque sabía de su existencia, se quedó petrificada viendo cómo iban brincando contentas las chiquillas, sus medias hermanas; su felicidad la perturbó de tal manera que no pudo disimular.

Mirta no se dio cuenta de que ahí estaba sino hasta que la mujer mayor, sosteniendo a la "fiera" en brazos, le dijo algo al oído y esta se volvió a verla. Ella seguía sentada a mitad del sofá. No pudo descifrar el gesto que notó en la cara de la supuesta madrastra.

—¡Oye, qué sorpresa! No sabíamos que venías de visita. Tu papá no tarda, fue a estacionar la camioneta a la pensión, aquí a la vuelta —como no obtenía respuesta, siguió—. Te imaginaba menos delgada, como Julián me contó que te gusta el hockey sobre hielo, yo pensé que…

Azucena la escrutaba de arriba abajo sin poner atención a lo que le decía: tenía aproximadamente la misma edad que Grecia, de modo que no se había tratado de otro caso del profesor rabo verde con una de sus alumnas menores de edad, como suele suceder. También el cuidado en su arreglo denotaba buen gusto, igual que en la decoración minimalista con detalles de anticuario estratégicamente colocados. Que la abuela de sus hijas viviera con ellos hablaba de agradecimiento y preocupación por el bienestar de quien lo merece, aunque a pesar de todo, debía reconocer que su antipatía iba aumentando conforme la mujer se acomodaba en el sofá a un lado de donde ella estaba.

—Entonces, ¿qué dices? Sé que es medio temprano, pero ¿te quedas a merendar con nosotros?

No iba a seguir ahí más tiempo del indispensable para lo que se proponía, cualquier pretexto era bueno, pero ¿cuál? Debía ser algo convincente y que, de paso, surtiera el efecto de una estocada certera. Estaba por decir que cenaría con su mamá, la reserva era para las ocho en el restorán equis, cuando la puerta volvió a abrirse.

20. Destino es sentencia

La puerta volvió a abrirse. Era la esposa del caballerango. Tenía vedado el paso a los aposentos de los amos, pero siguiendo las indicaciones que la doncella real le dio antes de partir hacia el palacio, había preparado un hipocrás para la niña Flora y entrando se quedó con la boca abierta ante lo que veía.

Con bastante urgencia Segismunda desvestía a la joven que comenzaba a recuperar la conciencia.

—¡Qué miras, ándate de aquí, deja el preparado y ni una palabra a nadie! —increpó a la mujer que seguía pasmada.

Pese a la flacura extrema por tantos días de ayuno, debido a que estuvo al borde del limbo, la redondez de los senos y el vientre abultado de Flora eran evidencia inconfundible de su embarazo. De inmediato, el aya comprendió el enfado tan grande del amo. El conde Olián yacía en una cista y, quizá la inquietud de la niña se debiera a que había intuido el fallecimiento de su padre, y apuraba a Segismunda para que terminara de una vez. En vano la nana intentaba calmarla, apenas se había recuperado, pero la zozobra iba apoderándose de su querida niña. La alegría que había sentido minutos antes cuando estuvo de nuevo a su lado, pronto se convirtió en un desasosiego.

Mientras la vestía solo con la camisa larga seguía pensando en el futuro que le esperaba, sola y huérfana. Todo esto es culpa mía, se dijo, por haberla descuidado. En eso estaba cuando se dirigió hacia el portón de la entrada como si tuviera prisa.

—Pero, ¿a dónde quiere ir, mi señora? No es posible, no en el estado en que se encuentra. Recién ha salido de un trance mortal y no es conveniente.

Flora intentó hacerla a un lado sin responder, pero el aya se impuso y la hizo regresar a su habitación. Cuando se acomodó de nuevo sobre el lecho buscó a su fiel acompañante, sin embargo Sibilino había escapado para evitar los azotes que uno de los criados iba a

propinarle. Sin saberlo, la había dejado a expensas del mal, ya que ese felino era el escudo que la aislaba de cualquier maldición.

En una choza apartada de las demás viviendas, apurada en la elaboración de un cocimiento, Úrsula seguía pensando, ya no iba a estar sola, como una leprosa, después de tantos años alguien la acompañaría en su vejez, y cuando la muerte la llamara, alguien la lloraría, ya que adivinaba que el desenlace no estaba lejos. No iba a abandonar su cometido hasta lograr lo planeado, desde el instante en que adivinó que Flora esperaba un hijo, y atando los hilos de esa historia que prometía un final que le era favorable, se dijo que con seguridad ese crío era el heredero del soberano, y nadie podría impedir que fuera suyo, la guerra le había arrebatado al fruto de sus entrañas y ella conseguiría el desagravio: ojo por ojo y diente por diente, se dijo, al tiempo que lanzaba conjuros.

La joven de noble cuna sería la nodriza y criada, realizaría la recolección y secado de las hierbas y las plantas del campo que de un tiempo a la fecha le costaba demasiado esfuerzo. Ya no tenía la misma energía, alguien debía asistirla y quién mejor que la hija del conde de Ceuta. Había sufrido en silencio, pero en ese momento la oportunidad se le presentaba en bandeja de plata.

—¡Qué digo de plata! Oro, eso mismo. Ni la riqueza de la Cueva de Hércules se asemeja a la que tendré en mis manos. ¡Quién me viera! Ja, una hechicera con una sierva a sus pies y que en unos meses me dará lo que tanto he añorado. Seré paciente, lo seré.

El mensaje de Olián había llegado a su destino. La junta de los poderosos terratenientes y nobles, además de los altos rangos del clero, sopesaban la petición, pero ¿quién iba a dar el primer paso? Hacía más de un siglo que, durante el reinado de Recaredo, la conversión del pueblo visigodo al catolicismo, tenía como representante de la máxima autoridad eclesiástica y moral al obispo. Esperaban la palabra de este dirigente para tomar acción, a sabiendas de que en cuanto recurrieran a los bárbaros ya no habría marcha atrás. En el concilio ignoraban el deceso del conde, lo hacían reclutando a quienes, igual que ellos, deseaban la destitución del rey, y ponderaban acerca de la sensatez de aliarse con el guerrero morisco para que reforzara las fuerzas combatientes que habían logrado reunir. No todos estaban de acuerdo, la dilación por

decidir la suerte del que, hasta ese momento, era un reinado con antecedentes romanos, podría resultar en una sentencia de muerte, no solo para su soberano; y requería de una estrategia sin falla. De no lograr su propósito, los intrigantes enfrentarían el cadalso o ser exiliados por los moros.

Por la mente de Segismunda cruza la idea de ir ella misma por Úrsula. En seguida recuerda la amenaza que profirió. No, se dice, será mejor esperar a que ella se presente. Se niega a recurrir a la crueldad de encerrar a su ama que ya da leves muestras de estarse recuperando. Mi niña tiene la mirada ausente, piensa, pero doy gracias al cielo porque parece estar reviviendo.

—Qué debo hacer para ayudarla, mi señora.

Flora se había dejado doblegar y, permanecía recostada en su camastro. Luego, como si fijara la vista más allá de esas paredes, con ojos suplicantes, se detiene a contemplar a su aya, quien no puede más que someterse a ese ruego callado, el preámbulo de la desgracia que está por ocurrir.

Y no es la única desgracia, el mensajero que entregó el recado del conde al Aula Regia, esperando recibir una buena suma a cambio, está decidido a traicionar a los nobles, informará al rey lo que se fraguaba en su contra y se ganará un puesto de confianza entre los militares. Alguien, sin embargo, había alertado al soberano: uno de los conspiradores iba a acercarse para tratar de llegar hasta la corte.

—Retírate, quiero descansar.

Acatando la orden, Segismunda cierra tras de sí la puerta y piensa que es el momento de cumplir con su promesa de encender un cirio en el templo, en señal de agradecimiento, si sucedía el milagro de que su niña volviera a la vida, y ella es una mujer temerosa de Dios. Y, aunque no está muy convencida de ausentarse, pone en manos de la mujer del mozo de las caballerizas la protección de Flora y le advierte que cualquier infortunio que pudiera ocurrirle, caerá sobre sus hombros.

—Lleva un poco más de esa bebida a tu señora, termina de asearla, peina sus cabellos, no te apartes de su lado, ¿me oyes? Debo

marcharme, y ni una palabra de lo que le ha ocurrido a su padre, ¿me entiendes?

—¿Cómo dice? Háble me usted recio que solo tengo bueno este oído.

Corpulenta y baja de estatura, la mujer que antes había entrado sin permiso a la habitación, sopesa cuál va a ser su recompensa por cuidar de alguien que no está en sus cabales, y observando con detenimiento a Flora dice más para sí que para que alguien la escuche.

—¿Y qué de hacer yo con vuestra merced? Más sabría yo con un crío de meses, aunque yo que no he tenido hijos propios, no. He cuidado algunos, eso sí. Claro que mi hombre, como todos, no es más que una criatura, el pobre no sabe mover un dedo sin mí, un hombretón el mío, pero más blando de corazón que una oveja —habla con voz cantarina, como la fuente en el patio mientras le entrega el jarro y pone en orden el jergón de donde Flora se ha levantado—. Y así con tantos años como me ve, su merced, yo no le doy la vuelta a ninguna fajina, que para eso me pinto sola, para trabajar en lo que haya apremio, la verdad sea dicha.

Ocupada en la tarea, alisando cada arruga en las cobijas está, cuando Flora intencionalmente deja caer el pocillo al suelo y aprovechando la sorpresa de su guardiana, que ya se inclina a recoger el estropicio, se desliza por la puerta. Va casi corriendo, guiada por la urgencia de llegar a un sitio, un destino que la aguarda, sin saber que a medio camino alguien la interceptará.

Atraviesa el patio y da orden al siervo para que abra el portón, quien renuente, pero acostumbrado a obedecer, hace lo que le mandan. Apenas hubo salido, el debilitado corazón de la joven da un vuelco en su pecho, una manera de advertirla, pero ella sigue adelante.

Cruzaba por la aljama, el arrabal donde los hebreos viven recluidos por decisión propia, cuando al doblar hacia la calle que llega hasta el mercado se topa con un gato; creyendo que se trata de su mascota, va tras él desviando su rumbo mientras el verdadero Sibilino está muy lejos de ahí.

En medio del bullicio diario, entre gritos para anunciar la venta y los acarreadores de agua, esquiva a tiempo un carruaje que estuvo a punto de pasarle encima. Por un instante se pregunta el porqué de su presencia en ese lugar, lo último que recuerda son los mimos de Segismunda y un intenso frío en todo el cuerpo.

A un lado, una larga fila de personas desfila soportando el azote del calor, anhelantes por una audiencia con el soberano, unos van con dádivas, otros en espera de recibir algún favor. Ella debe atravesar esa valla humana de empellones y malas palabras, pero aturdida por el torbellino de brazos y manos, inmersa en ese maremágnum que la engulle, pronto ya va hasta adelante.

Está a punto de trasponer la muralla con entrada al patio de la fortificación, en breve cerrarán las puertas, y el embrujo de la hierbera ya no la tocará. Sin embargo y por su desaliño, los guardias de la entrada le impiden el acceso.

—¡A mendigar a otro lado, mujer! —Como sigue en el mismo sitio, uno la empuja a la salida—. ¡He dicho que te largues!

Alguien se apresura a ponerla a salvo tomándola de la mano a sabiendas de que no se trata de una limosnera, sino todo lo contrario, y a pesar de su impedimento físico, el hombre con casulla para ocultar el rostro, actúa a tiempo. Apoyándose en su improvisada muleta y con el brazo libre, la conduce a salvo de las palizas que en más de una ocasión él mismo recibido.

El lisiado a quien alguna vez socorrió con una limosna, camina con bastante dificultad para no perder el equilibrio; había reconocido a su benefactora y pudo ver que no estaba en sus cabales, algún mal la aquejaba, y no era por casualidad que él se encontrara cerca, en varias ocasiones la ha seguido tratando de devolverle el favor del que fue objeto. La pobrecita, se dice, debe saberse huérfana de padre, ahora que el conde Olián ha partido a mejor vida.

La mujer del caballerango sigue oteando desde el umbral del portón sin saber qué hacer, tratando de decidirse cuál vereda tomar, hacia dónde debe ir a buscar a la joven que quedó bajo su cuidado. Con evidente angustia, retuerce la punta de su mandil, temiendo lo que pueda pasar cuando regrese el aya.

El inválido y Flora apenas van rozando la plaza central, cuando la hechicera les sale al encuentro.

—¡Vuestra merced, creí que se había perdido, si la estoy esperando! —dirigiéndose al hombre— ¡Retírate, so entumecido, quita tus sucias manos de mi señora! Yo me haré cargo de cuidarla para que ningún mal la alcance.

—¿Cómo sé si dices la verdad?

—A ti menos que a nadie tengo que dar cuenta de mis actos.

La choza de la vieja es la suma de los años que carga a cuestas y de la minuciosa recolección de todo tipo de artilugios: entre docenas de atados de hierbas que cuelgan de las vigas del techo de paja, penden también restos de flores disecadas; las cucarachas se pasean libres encima de los restos de cualquier alimento dejado sobre lo que parece una mesa, y un raro potaje de olores flota en esa penumbra. Al entrar, Úrsula arroja a la joven al piso sobre un montón de paja que, a partir de ese momento, será su camastro. Pronto sabrá que aún le esperan momentos difíciles.

21. Vínculos rotos

Pronto sabría que aún le esperaban momentos difíciles. Al principio la indolencia se había apoderado de ella, su situación no tenía arreglo, al menos eso creía, mejor fingir que era a alguien más a quien ocurría esa serie de vejaciones, exiliarse de su propio cuerpo.

Notaba cuando iba a suceder todo de nuevo, Rodrigo llegaba alcoholizado, entonces se deshacía en halagos, pero pronto las caricias se convertían en modales bruscos, insultos que terminaban en golpes. Para qué luchar si cuando él se hartaba de someterla se tendía como muerto, a medio vestir, como si fuera un náufrago recién rescatado, abatido sobre la cama o la alfombra, lo mismo daba. Al otro día llegaban los arrepentimientos por haberla sometido de manera brutal, ofrecía disculpas, juraba y perjuraba no recordar una conducta de la que no se creía capaz. Esa era su vida, sin embargo, lo que la hizo dejar esa apatía fue saberse embarazada. A partir de ese momento intentó ponerse a salvo, la única que podría ayudarla era Rosma.

Esa noche no iba a ser distinta, ya anticipaba lo que pasaría. La muchacha de servicio estaba al tanto de lo que sucedía en esa casa, aunque no sabía bien de qué manera ayudar, lo único que se le ocurrió fue llamar por teléfono a su casa, con los suyos la Rusita iba a estar segura, pero, ¿sería prudente trasladarse hasta Puebla a esa hora? No, no era conveniente para nadie, corrigió Ángel después de haberse ofrecido a llevarla hasta allá. Quizás al menos a un hotel, pero ¿con qué pretexto?

Lena esperaba sujetando una pequeña maleta con dos cambios de ropa, pero sabía que sin su pasaporte poca distancia lograría poner a su verdugo. Rodrigo había guardado el documento que la identificaba como extranjera, con el pretexto de que los papeles importantes debían estar bajo su custodia. El chofer y la muchacha de servicio seguían sin ponerse de acuerdo.

—Es que si ahorita llega el patrón…

—Oye, Rosma, ¿qué no ves que está de por medio su vida? No se

preocupe, señora, yo me pongo a su disposición para lo que diga y mande.

—Ya, gracias, yo no puedo seguir aquí.

No era esa la única vez que el chofer intercedía a su favor tratando de socorrerla en lo que pudiera. Sabía lo que era crecer en un ambiente hostil y, además, la extranjera provocaba en él algo que nunca había sentido.

Esperarían a que dieran las seis de la tarde, cuando en la zona baja la intensidad del tránsito, así sería menos riesgoso escapar. El vértigo que la Rusita sentía desde el primer trimestre del embarazo continuaba, incluso en ese momento su estado de nervios hacía regresar el mareo, aunque ya estaba en el quinto mes. Respiró hondo y reprimió las ganas de vomitar. Ángel la ayudaba a subir al coche cuando la luz de los faros del Ferrari 458 los sorprendió.

Rodrigo no creyó la posible amenaza de aborto y que, ante su ausencia, el chofer se hubiera ofrecido para acercarla a una clínica.

—¡Clínica, mis huevos! ¡A mí no me vas a ver la cara de pendejo! ¿De cuándo acá toman decisiones sin consultarme? ¿eh?, Rosma, Ángel. Te me regresas, pero a la de ya, si necesitas que te revisen ya me encargaré yo.

Rosma, pensó Lena Bogdánova, siempre la ayudó como una verdadera amiga, cuánto le debía, si no hubiera sido por ella nunca habría podido ponerse a salvo. Que la dejara en las puertas del asilo para mujeres maltratadas fue una bendición. Hacía un año que había dado a luz y las condiciones en las que vivía no habían variado, al menos en cuanto a ella porque la pequeña Nina significó el único y mayor interés de su padre. Eso permitió que ella pasara a segundo plano y, aunque dejó de sufrir las golpizas de antes, la violencia siguió. Rodrigo se convirtió en un victimario silencioso, pero asiduo. Si no le gustaba su arreglo o algo que había dicho, la llamaba y, con el cigarrillo en la mano, presionaba el extremo encendido contra su antebrazo o contra el muslo. Debía soportar el dolor, no atemorizar a la niña. Comprendió que si ella no recuperaba fuerzas, nunca podría luchar por su hija; poner distancia resultaba lo mejor, aunque Rosma le dijo que pensara bien las

consecuencias y los riesgos de dejar a la niña, una mala decisión no tendría remedio.

Cada vez más a la expectativa, Azucena esperaba a que entrara Julián. Cuando por fin lo hizo ella se quedó sin habla. Había envejecido desde la última vez que la visitó en el internado. Incluso lo notó un poco encorvado, él que siempre tuvo un porte envidiable, o al menos así era en su memoria. Tal vez sus prioridades habían cambiado, quizá la labor de docente no exigía mayor arreglo. Antes iba de traje al bufete, ahora su mundo era la cátedra en una universidad privada, pero no podía negar que su desaliño la desanimaba a pedirle ayuda para revalidar sus estudios. Cuando estuvieron frente a frente, lo único que su papá discurrió decir fue un simple, “Hola, hija, me da gusto verte”. Después Mirta, intuyendo que debía dejarlos que platicaran a solas, dijo que iba a supervisar el baño de las niñas y tomó a la abuela de la mano para que la acompañara. Un punto a favor de la madrastra, pensó, no podía negar que había actuado con prudencia y debía agradecérselo, bastante era tener que ir a pedir y peor hacerlo delante de testigos.

—En serio, me da mucho gusto que nos visites —iba a abrazarla, cuando ella lo detuvo.

—¡Cuánta formalidad, papá! Ojalá tú me hubieras “visitado” durante los años que estuve lejos.

—La idea fue de tu madre, yo nunca estuve de acuerdo con mandarte a estudiar fuera.

—Pero al final resultó un alivio, ¿no? Una carga menos para rehacer tu vida y buscarte otra familia, otras hijas.

Su resentimiento cobraba fuerza, en esos momentos se duplicaba, triplicaba, si eso fuera posible. A ella también le habría gustado tomar clases de ballet y que papá fuera a recogerla; sentirse feliz y protegida. Tener una familia y que aceptaran una mascota solo por cumplirle un capricho. Recordó a Peluso, había desaparecido, recorrieron varias calles, fue inútil y todo porque Berenice dejó la puerta a medio cerrar. Entonces descargó toda su rabia.

—¿Por qué te desentendiste de mí? Solo una vez fuiste a Canadá y te pedí, te rogué que me llevaras contigo.

—Hija, no pude, entonces tenía una situación bastante difícil. Tu madre se encargó de desprestigiarme y perdí mi trabajo en el bufete. Pero te escribí.

—¿Sabes qué hice con tus cartas? Y ya deja de echarle toda la culpa a mamá. No entiendo, de verdad que no entiendo cómo es posible que alguien abandone a un hijo.

Instintivamente se llevó ambas manos al vientre cuando sintió una punzada de dolor. El coraje no es para menos, pensó.

Un muchacho más o menos de la misma edad que ella entró al departamento, llevaba uniforme de futbol. Julián notó la cara de sorpresa de su hija y enseguida explicó:

—Rob, te presento a mi hija Azucena —y dirigiéndose a ella mientras el joven se acercaba a saludarla— Roberto es hijo de Mirta, los jueves viene a merendar con nosotros.

—Oye, Julián, hoy no me quedo, vine avisarles y por mi bici. Hola, perdón, no me acerco, vengo todo sudado. Tú eres la que estudió la prepa en Canadá, ¿no? Y ¿qué onda, qué universidad te late?

—No sé todavía, por eso vine a ver a mi papá, pero parece que está muy ocupado y mejor lo vamos a dejar para otro día.

Julián no pudo convencerla de quedarse y ambos jóvenes salieron al mismo tiempo, él con la bicicleta a cuestas y ella con la rabia apenas contenida.

Ante una copa de vino, recargada en el sofá de la sala, los papeles que tendría que revisar puestos a un lado, Grecia meditaba en el ayer, cómo habían sucedido las cosas. Para congraciarse con su hija, prometió ir a verla al internado tan pronto como tuviera un fin de semana de licencia; podrían, incluso, ir a alguna playa o un parque recreativo intentando que dejara de llorar, pero de ahí en adelante su conciencia nunca dejó de atosigarla. En nada ayudaba el proteccionismo de Julián, se dijo. Hice bien, volvía a decirse,

apaciguando lo que el instinto maternal demandaba reclamándole su proceder egoísta.

La estancia en el extranjero se prolongó más de lo que Grecia había calculado debido a la maestría y luego el doctorado en Argentina. En ese país tuvo un *affaire* con un hombre casado, algo que siempre criticó por ser una traición entre mujeres; esa relación que había iniciado casi por despecho fue convirtiéndose en una obsesión. Se había prometido cortar de cuajo si él pasaba del trato ocasional a algo más serio, pero fue ella quien no pudo retirarse cuando la esposa se enteró y se dio la ruptura. Nunca pensó que sería capaz de rogar por un amor que se le negaba. Se guardó la herida, igual que con los casos cuando perdía algún litigio.

Cada triunfo de Grecia significaba apartarse un poco más de su hija; y Julián, que siempre había estado cerca, también se alejó.

Que hubieran coincidido en el Centro de Apoyo Comunitario "Elvia Carrillo Puerto" resultó una sorpresa poco agradable para su hija, un encuentro imprevisto en el que la vio como a una extraña, alguien a quien apenas conocía. Azucena no había podido ocultar su desagrado. Por qué no podía entender que tuviera interés en trabajar *pro bono* y además seguir en Cáceres, Ovando y Asociados, su despacho, donde era la socia más importante.

Días antes, pensó que tal vez coincidirían en el aeropuerto; ella llegaba de atender un asunto en Monterrey, y vio que el vuelo de su hija acababa de aterrizar. Los minutos en que los que trató de ubicarla entre las personas que salían le parecieron una eternidad, suficientes para saber que no iban a verse, el destino así lo había decidido. La distancia entre ellas no solo fue física, el vínculo estaba roto y recuperar su amor iba a costarle mayor esfuerzo del que dedicaba a las mujeres víctimas de maltrato, al menos a ellas podía garantizar una defensoría a prueba de fuego si establecían alguna querella contra el victimario, aunque en esos casos las afectadas procuraban guardarse los resentimientos.

22. Una última esperanza

El lisiado no pudo auxiliarla y quedó como tantas veces antes: rumiando resentimientos y otra vez maldiciéndose por ser un enclenque. Está equivocada, se dijo, esa vieja bruja no va a deshacerse de mí con tanta facilidad. Iba a alertar al aya, a presentarse cuanto antes en la mansión, pero a medio camino lo pensó bien, ¿iban a creerle? Nadie lo hará, se decía, desde que quedé hecho una piltrafa, para los demás soy un paria. Todo el mundo lo tomaba por loco, un demente capaz de las peores atrocidades, de cualquier sitio lo echaban sin miramientos, había quienes lo apedreaban acusándolo de hurto para librarse de él, solo los niños no huían, a veces lo dejaban participar en sus juegos, sobre todo cuando se trataba de competir para ver quién llegaba antes a la meta, ganar la carrera a un adulto era festejado incluso por él.

Era mejor volver sobre sus pasos, sus intenciones eran nobles, pero ¿y si había sido testigo de un encuentro planeado? Varias veces había visto a Úrsula llegar hasta casa de la noble. Aunque era muy sospechoso que la joven no fuera acompañada y, además, su arreglo distaba mucho del habitual. ¿Qué hacer? Se debatía por actuar con probidad. Entonces optó por no dar aviso hasta constatar la circunstancia en que había ocurrido ese encuentro.

El lugar con un agudo aroma a hierbas y pociones, envuelto en la penumbra donde los ojos tardaban en acoplarse fue una visión extraña para Flora, y antes de que pudiera decir algo, la hechicera le acercó un bebedizo hipnótico y la forzó a que lo tomara. Con cada sorbo, el espacio comenzó a parecerse más y más a su antigua habitación, los muros desnudos se vistieron con tapices de brillante colorido, el piso embaldosado lució una bella alfombra, incluso podía escuchar el chapoteo de la fuente que había quedado muy lejos y sus ojos encontraron la bóveda con rectángulos de ladrillos que contaba durante las noches en que le costaba quedarse dormida.

La vieja aprovechó para endulzarle el oído y la convenció de que no había mejor sitio donde pudiera estar, ella la cuidaría, iba a ser

como una madre cariñosa. Al escuchar la palabra “madre”, instintivamente se llevó las manos al vientre donde por primera vez algo se movía anunciando una nueva vida.

Segismunda encuentra a la mujer del caballerango en un estado lamentable, llorando y retorciéndose el vestido como si quisiera estrujarse el alma. Apenas se entera de lo sucedido, el aya no puede contener su ira, va a arrebatarle el fuste al marido de la timorata cuando él mismo la golpea.

—¡He ahí tu merecido, mujer!

—Dios mío, ¿por qué nos castigas de esta manera? Y, ¡cómo no has salido tú, torpe sorda, a buscarla!

Iba a dar la única explicación que se le ocurría, de un tiempo a la fecha una aparición malévola andaba rondando para llevarse a quien fuera que se atravesara en su camino, eso decía el vulgo… pero calla y los insultos acaban por hundirla en el silencio.

—¡So necia, un animal piensa más que tú! Vete antes de que pierda la paciencia —y para sí misma— ¡Benicia!, la doncella de la corte es la única que podrá socorrerme.

Camina de prisa, sin embargo, a medio camino hacia palacio desiste de sus intenciones, lo más seguro es que ella misma reciba el castigo que sufrió la sorda. Entonces da media vuelta.

Es inútil mandar recorrer cada rincón del pueblo, nadie ha visto a Flora. Segismunda cree que para dar con su señora solo queda la alternativa de ir por la hechicera y solicitar su ayuda. Siguiendo las indicaciones de algunos mercaderes, da con la choza donde Úrsula, anticipando su visita, sale a su encuentro.

—¿A qué debo el honor de su presencia?

—Necesito de tus artes y en esta ocasión no podrás negarte. Vengo por encargo de mi señora Benicia —miente para que la anciana acceda— y me ha pedido decirte que serás más que bien recompensada si logras lo que voy a proponerte.

—No lo creo, además, como ve, tengo prisa. A esta hora los insectos

aún no han acabado con mis plantas y debo ir a recolectar algunas… solo que le fuera molesta mi compañía, de otro modo, siempre he dicho que es bueno contar con un par de manos más para escudriñar las matas del bosque.

El aya tiene que convencerla, es su última esperanza, de qué otra manera puede alguien dar con el paradero de su niña, y cuando la bruja comienza a andar, ella no tiene más remedio que seguirla.

A estas alturas nadie va a entorpecer mis planes, piensa la hechicera, que a cada dos pasos se vuelve para constatar que Segismunda vaya detrás. Perfecto, se dice, en la densidad de la floresta, entre los matorrales, cualquiera puede caer, desbarrancarse, incluso ir a dar a la parte fangosa; ese légamo resulta una garganta capaz de engullir una carreta con todo y bestias. La espesura guardaría cual tumba un acto que, en estas circunstancias es un acto piadoso, se dice.

Las horas que tarda Segismunda en regresar forman un día y luego otro y otro más. Los criados de la casa del conde de Ceuta preguntan en la corte, nadie sabe de ella, la última vez que estuvo por ahí fue cuando salió del palacio acompañando a la dama Benicia y ella hacía semanas que había partido a la Narbonensis para contraer matrimonio. Pese a que anduvieron indagando, los moradores del pueblo tampoco pudieron ayudarlos. Entonces, achacando la desaparición al ente maléfico que, por cierto, nadie ha visto pero cuya fama va extendiéndose a lo ancho y largo de las aldeas, abandonan la mansión del otrora conde Olián. Solo el caballerango —que no quiere descuidar a los fieles equinos— y su mujer quedan al tanto de lo que algún día, piensan, reclamará su dueña.

El tiempo transcurre sin freno ni atasco y la futura madre naufraga en un estado límbico cada vez más profundo, pierde la nitidez de los sentidos, mientras la anciana va acumulando achaques y el carácter se le agria más y más. Hay comida para las dos, la hechicera con poco se contenta, pero su mayor deseo es un vástago fuerte y sano como fue el suyo, de modo que cuando sea necesario verá la forma de conseguir más comida, aunque, se dice, eso significará exponer mis planes. Mejor procurar no ausentarse de la choza, pero las pocas monedas que ha logrado ahorrar con la venta

de sus menjurjes se evaporan como la niebla que flota por encima del Tajo.

Pronto el hambre empieza a fustigar a su rehén, entonces se dice que no habrá más remedio que conseguir con qué alimentarla, aunque para ello va a arriesgarse. Entonces piensa que lo único que puede servir será la señal de advertencia en el dintel de la puerta, así ella podrá ir y venir sin el temor de que alguien se acerque.

Desde un orificio a modo de mirilla, Úrsula vigila antes de salir; una vez afuera se oculta escudriñando los alrededores para constatar que nadie ande por ahí, hace bastante que no atiende en el puesto del mercado, y alguien podría presentarse buscando un remedio, para colmo la búsqueda del aya y de la niña Flora no ha cejado y eso es un riesgo que no desea correr. La vieja tiene que actuar con cautela, desconfiar hasta de su sombra, no exponerse a perder lo que tanto desea. Nadie debe enterarse de que retiene a la futura madre, al menos hasta que dé a luz, después se encargará de que tenga el mismo fin que el aya Segismunda. El paño negro colocado a la entrada debe ser suficiente para alejar a cualquier curioso, esa señal se usa para indicar la peste y nadie en su sano juicio se arriesgaría a contraer ese padecimiento mortal.

Decidida a poner fin a la hambruna, se finge una menesterosa. Cubierta con una casulla se apuesta en los escalones del templo de los hebreos, esos refugiados aflojan las talegas para cumplir con la obligación del diezmo, eso puede a asegurar el abastecimiento de provisiones.

Semanas antes, en el templo dedicado a santa Leocadia, en el alcázar, a un lado del palatium, se había llevado a cabo el sepelio del conde sin ningún deudo más que el religioso y los sepultureros. Flora nunca más iba a reunirse con su padre, tampoco sus lágrimas caerían sobre su tumba.

El destino había actuado en favor de Olián salvándolo de la tortura que hubiera tenido que enfrentar, no solo por haber intrigado en contra de su rey sino por la suerte que su hija iba a correr a manos de alguien que solo buscaba una venganza.

Antes de que el destacamento liderado por el mensajero traidor

tocara los límites de Toletum, justo antes de bordear el gran río, seis jinetes bien armados le salieron al paso, ni el cochero o él mismo pudieron esgrimir un arma y en el banderín, el escudo real de la lejana provincia de la Hispania, península de Ceuta, tampoco sirvió de advertencia. Intentó explicarse, él llevaba noticias importantes, mentía para quedar a salvo. No lo escucharon, iban a apresarlo y antes de que pudieran inmovilizarlo, el renegado extrajo un estilete que llevaba escondido en su pectoralis y trató de defenderse y huir, pero uno de los soldados advirtió el movimiento, sacó la espada y le atravesó el pecho. Echado cual fardo sobre la silla de una mula, los enviados de Roderico le llevaron el cuerpo de quien ya no podría soltar la lengua y el castigo por ser un renegado tampoco sería cumplido.

En una ocasión, cuando la vieja dirige a limosnear, pasa junto al tullido apostado a un lado del camino. Este, viendo recompensada su vigilancia, se apura cuanto puede para acercarse a su guarida, pasarán al menos dos horas para que esa arpía regrese, se dice. Al llegar queda aterrado, la advertencia que el viento agita es un obstáculo infranqueable. Peor aún, Flora puede ser la víctima de la funesta enfermedad, esa de la que casi nadie se salva. El tiempo esperado para actuar no ha servido, pero no, se dice, quizás la bruja anda en busca de un remedio porque si alguien puede hacer algo por aliviar a la augusta joven, es ella.

A cada paso que da, el cansancio la va venciendo; si tan solo pudiera largarla a la calle, piensa, aunque eso significa perder y entonces todo habrá sido en vano. Ahora es como una herida en el pecho, se dice Úrsula. Cada vez le cuesta mayor esfuerzo la manutención de su cautiva. Reniega de su suerte por la doble carga que, sin pretenderlo, se ha echado sobre los hombros.

Según sus conjeturas, el nacimiento ocurrirá en un par de meses, hasta entonces debe asegurarse de que la embarazada permanezca a su lado, la mujer ignora que nunca tendrá a la criatura en sus brazos.

Mientras camina, va repasando la contradicción de lo que siente. De hechicera pronto se ha convertido en custodia de sí misma. Por un lado y pese a lo que se fuerza por pensar, Flora se ha vuelto un motivo para seguir viviendo, aunque su presencia también la

martiriza. Ojalá las cosas se hubieran dado de otro modo, que la joven estuviera ahí por su voluntad, que la atendiera igual que una hija a su madre… ayudarla a recolectar hierbas, distinguir entre las medicinales y las ponzoñosas, trocear los brotes de trigo o coger renacuajos en la charca, pero no, ni siquiera intentó enseñarla. La heredera del condado de Ceuta permanece muda, en un rincón, otra más de sus preciadas flores disecadas, y está acostumbrada a ser atendida, no a servir. Esa tarde, cuando Úrsula regresa, la fatiga le invade tanto el cuerpo como el alma.

El otoño está por terminar, la vieja sueña que es joven y ágil, duerme cobijada por las estrellas sin que el cierzo la perturbe, el rocío baña su rostro, la lechuza ulula en una rama, pronto va a clarear. Despierta en una madrugada especialmente fría, con las piernas entumecidas, ya no puede ponerse en pie, llama a Flora para que vaya a auxiliarla, pero la joven duerme bajo los efectos del soporífero al que se ha acostumbrado. Como puede la vieja se arrastra hasta el caldero donde las brasas apenas arden, el baile de las llamas la seduce y vuelve a quedarse dormida.

Abre los ojos cuando la primera dentellada le atraviesa un tobillo, guiada por su olfato, una rata sin ojos hiende los afilados colmillos en su piel. Aullando de dolor se incorpora como puede, todavía con la fiebre y, atosigándole los sentidos maldice su desventura, reniega de la muerte que no se presenta sino cuando le viene en gana y espoleada por la última carga de adrenalina en su cuerpo, moviéndose tan rápido como un rayo, atrapa al roedor y alcanza a lanzarlo al líquido que sigue hirviendo en ese mismo caldero.

La vieja se consume y delira por la fiebre ante la indiferencia de Flora, que aún se encuentra bajo el efecto del soporífero, su captora ya no la fuerza a beberlo, pero ella lo busca. Entre la media luz de la inconsciencia, no escucha los lamentos de Úrsula y, según transcurren las horas, tampoco piensa en satisfacer el hambre que vuelve a fustigarla. El último bocado que pudo llevarse a la boca fue la escasa carne del victimario que pasó a ser víctima.

La anciana le había advertido, si dejaba la choza podría caer en manos de un tratante de esclavos, la venderían por nada. Afuera se extiende un prado verde y fresco, si pudiera alcanzar un manojo estirando el brazo, esa sería buena pitanza, se dice.

El tullido había estado oculto entre los puestos del mercado para ver cuando la hechicera hurgara los deshechos, pero no la encuentra. Si la bruja no anda por ahí entonces habrá ido al templo a limosnear. Por lo tanto se decide, debe intentar ir a la choza y rescatar a su bienhechora, qué importa infectarme, fenecer si con ello la salvo, se dice.

Al otro lado del pueblo, Sibilino se cuela dentro de la casucha y comienza a maullar avisando su llegada. Primero olfatea el cuerpo delirante de la vieja y luego encuentra a Flora, tendida sobre la paja y bajo los efectos del brebaje, apenas si puede escucharlo. El gato va a ovillarse cerca del vientre de su ama. En esos instantes, y con el ronroneo del animal, la joven recobra, aunque por breves segundos, la razón, se toca la barriga para sentir cómo algo se mueve en su interior, y durante esos instantes se siente feliz.

El gato se oculta entre las cazuelas cuando percibe que alguien se acerca y su ama se vuelve a sumir en las tinieblas.

23. Incompleta

Azucena volvía a sumirse en las tinieblas de la decepción. La mediocridad de su papá —algo que las circunstancias la forzaban a admitir— la hacían repasar sinsabores del pasado. Después de haber estado en casa de Julián, de ver a su nueva familia y cómo formaban un núcleo indivisible, se dijo que él tampoco la necesitaba. Se sintió incompleta, una ínsula en medio de un océano agreste. Por si fuera poco, el trato que recibió, aunque amable, la situaba como una extraña, exiliada de esa vida familiar. Con ese ánimo llegó al departamento, se negó a comer algo y con el mismo talante apagó la luz sin desearle buenas noches a Berenice.

Al día siguiente, Grecia intentaba ordenar su oficina del Centro. Recordó el subrayado bajo el nombre de Lena advirtiéndole que debía poner especial interés a ese expediente. Dentro encontró una escueta historia clínica, peso y estatura, condición general de salud, fecha y hora de ingreso, y un esbozo del perfil psicológico, nada concreto, solo cálculos en cuanto a edad, pero faltaban datos, como nombre completo, nacionalidad, ya que resultaba evidente que esa protegida no era mexicana. Las dobles líneas y un signo de interrogación con un marcador grueso indicaban la urgencia de que revisara esa carpeta, sin embargo, en esos momentos no daba con ese registro, tendría que preguntar a su asistente y no tuvo que esperar mucho, porque en ese instante llegaban las dos jóvenes.

Grecia se acercó para besar a su hija, ella se dejó abrazar, pero no devolvió el saludo. La madre no pudo ocultar su alegría, es el primer paso para la reconciliación, se dijo, y aún tenía la esperanza de que aceptara la invitación del sábado siguiente.

—Doctora, es que yo aquí lo puse, estoy segura.

—Y ahí lo dejé yo. Tal vez si hicieron limpieza lo regresaron a su lugar, en el archivero. Vamos a ver… no. A ver, niñas, revisen detrás del librero, mientras yo busco entre estos papeles.

—¡Qué raro! Solo que alguien haya entrado, pero yo cerré con llave.

Azucena seguía observando a la mujer como si no fuera su madre, qué poco se conocían, se dijo, y ya no había cómo recuperar el tiempo perdido. La veía como si fuera la primera vez que se topaban, su arreglo era distinto, pero conservaba el dominio de sí misma anteponiendo el deber a todo lo demás, siempre una profesional, y ella, una más de sus responsabilidades, sin oportunidad para disfrutar alguna actividad juntas, nada parecido a su relación con Cata. Tuvo la intención de preguntar por su nana, pero guardó silencio. La búsqueda continuaba y prefirió salir de ahí antes de sincerarse consigo misma y aceptar que muy en lo profundo deseaba ser como ella, autosuficiente, impecable, fuerte, ser una mujer admirada y exitosa y no una debilucha.

En definitiva, al menos físicamente, la mujer que tenía ante sí no era la de su niñez.

—Oye, Bere, mejor no estorbo, ahí luego me buscas, ¿okey?

Meses antes de que Rosma la dejara a una cuadra del Centro Comunitario “Elvia Carrillo Puerto”, Lena seguía sin aceptar a la propuesta de huir. Dejar a la niña en manos de ese hombre de quien solo había recibido malos tratos era indigno, se decía, por eso continuaba en esa jaula dorada. Aunque creía en las palabras de su amiga que le aseguraba iba a velar por la pequeña, la sola idea de apartarse de su hija la llenaba de angustia.

Qué lejos habían quedado las ilusiones de viajar, ver el mundo, estudiar y conseguir una vida mejor. De un tiempo a la fecha le costaba mirarse en el espejo. ¿Cómo podría dejar de sentir vergüenza? Había permitido que la convirtieran en un objeto de uso, despojada de toda dignidad. Recuperarse, volver a ser una persona iba a costarle, pero debía intentarlo. Sin embargo, alejarse también significaba dejar de ver a Ángel, ese amor a destiempo, él y su hija eran las motivaciones que conservaba para seguir viviendo. El cariño del muchacho de aspecto recio y piel morena, de cejas pobladas y ojos negros que tanto la sedujeron desde el momento en que lo vio, representaba el único aliciente que a diario la mantenía a flote sin ahogarse en un mar de incertidumbre.

Por fin aceptó huir, esa noche lo iba a esperar con una botella de champaña, debía actuar con reserva, Rodrigo era buen bebedor,

pero el somnífero diluido en alcohol iba a potenciar el efecto.

—¿Qué mosca te picó? ¿Por qué tan complaciente? Pues mira, no me lo creo, pero vengo hecho una mierda de cansando, así que, ¿por qué no? Antes deja ir a ver a mi hija, ¿ya está dormida?

—Sí, en mi cuarto para que te deje descansar.

—Solo por hoy, ¿entiendes? La quiero cerca de mí.

Azucena revisaba el sitio asignado por la directora para el taller de dibujo. El lugar, un tanto reducido y dentro de la cocina, no era ideal, pero sí el único disponible y la mesa donde comían los pequeños iba a servir también de pupitre. Ya no pudo percibir el aroma a galletas recién horneadas de María Idalia, entonces recordó las palabras de la directora: “Ha decidido regresar con su marido. Se está arriesgando de nuevo y poco podemos hacer nosotras para disuadirla. A veces se les arregla la vida, pero otras, las más de las ocasiones, vemos con tristeza desenlaces nada agradables”.

Junto con el poco material existente, daba lugar al que había conseguido, pese a lo limitado del presupuesto. Miró por la ventana a los niños, ahora menos, que empezaban a salir al patio. Ella, la Rusita, no estaba. Ya aparecerá, se dijo, cuando la mañana caliente.

Una melodía llamó su atención y se distrajo tratando de ubicar de dónde provenía. De alguna manera sin alguna relación con esa música, su memoria la llevó a pensar en Ahmed. Confió en él plenamente, sentían lo mismo, se acostumbró a tenerlo siempre cerca, pero ahora dudaba, no entendía su silencio, menos que no hubiera cumplido su palabra de seguirla tan pronto recibiera el título que, según él, iba a permitirle trabajar y, más importante, podrían costearse una vida juntos, como habían planeado. El muchacho dominaba tres lenguas, incluido el español, que con ayuda de Azusanná, como la llamaba, practicaba y había logrado afianzar, así todo sería más fácil para cuando llegara; sin embargo, pasaban las semanas y no tenía noticias. Ella le creyó, quería creerle. Él prometió no abandonarla.

Cuando Berenice la encontró, después de buscarla por todos lados, Azucena seguía con el sentimiento de desamparo, sentada ante la

mesa acariciando los pinceles, la vista fija en ningún sitio, igual que una zombi.

—La neta, ¿eh, güey? A ti te pasa algo. Ya sé, ya sé, nada que me importe, pero sí que me importa y mucho. Azu, ya dime, ¿no?

Todavía con el corazón estrujado, ella se levantó y sin decir palabra, se abrazaron. Las dos salieron en silencio y por primera vez desde que su amiga regresó al país, sintió que por fin la había recuperado.

Ya en la calle, Berenice notó algo.

—No voltees ahorita, Azu, pero alguien nos está vigilando.

—¿Quién? ¿Dónde?

—¡Te estoy diciendo que no mires y ahí vas! Hazte para acá, mira, ese que está recargado en ese coche negro.

—Pero sigue viendo hacia allá. Y no venía siguiéndonos, de eso sí estoy segura. Mejor vamos a regresar, hay que avisar a alguien.

—Sí, espérame, ahí voy.

Minutos antes Lena aguardaba la señal para correr, a esa hora se retiraban varias trabajadoras, ese era el momento indicado. El hombre se acercó a la entrada donde estaba la Rusita, y antes de que las jóvenes pudieran alcanzarlo vieron cómo la llevaba del brazo casi a rastras, abría la puerta y la empujaba dentro del carro. Grecia estaba por terminar su reporte cuando se toparon con ella.

—¿Qué les pasa? Pensé que ya se habían ido.

—¡Se la llevaron, mamá!

—¿Cómo? ¿De quién hablas?

—Sí, doctora, es que vimos como que estaba vigilando… luego ella salió y en el coche negro… y es que no sabemos y…

—A ver más despacio que no entiendo. ¿Alguien estaba vigilando?

Pero dónde estaba el guardia, ese Pedro siempre se descuida.
¡Pronto, vamos a la oficina de Lolis! Y no omitan ningún detalle.

24. Leyenda

Sin omitir detalle, con ese cuidado debía actuar. Todavía no acababa por decidirse a entrar a la cabaña, sino que seguía mirando hacia todos lados por miedo de que la bruja lo encontrara husmeando. Sin embargo y alertado por los gritos de Flora, el tullido no lo pensó más. Con el segundo empujón que dio a la puerta, el travesaño cedió.

Como un golpe, el hedor putrefacto que el cuerpo de Úrsula comenzaba a despedir lo hizo retroceder, pero al ver a la parturienta al fondo, sobre la paja, se apresuró hasta ahí. Sibilino permanecía oculto entre las ollas al verlo se levantó erizando el lomo. De alguna manera entendió que la intención de ese hombre no era dañar a su ama, se hizo a un lado y fue a refugiarse en un rincón. El menesteroso comprendió que la joven iba a ser madre. ¿Qué hacer? ¿Cómo ayudarla? Antes que nada, se dijo, una criatura no debe venir al mundo en este lugar.

Como si adivinara por dónde debía ir, era la joven quien guiaba el camino hacia el terreno de la ciénega. A lo lejos un rumor empezó a inundar sus sentidos, pronto ese rumor se convirtió en un estruendo de cascos que iban al trote, serían cientos de caballos porque la tierra comenzaba a estremecerse. Sin que alguien lo hubiera advertido, al contar con la ventaja de la sorpresa, el ejército de los moros, fingiéndose aliados de los visigodos que se habían sublevado, penetraban la alquería perteneciente a Toletum y se dirigían hacia la fortificación del rey.

Los moros no debían verlos, podrían esperar entre los matorrales a que pasaran de largo, pero espoleada por las contracciones cada vez más frecuentes, Flora gemía de dolor. ¿Cómo hacerla callar? El tullido la llevó cerca de un punto imposible de cabalgar por el terreno pantanoso, anticipando que los jinetes lo evitarían. La ayudó a tenderse cerca de un encino, y le suplicó que guardara silencio y que intentara tranquilizarse.

Inexperto en esos menesteres, el hombre se dio cuenta de que no llevaba consigo algo para cortar el cordón de la criatura, tampoco

una manta dónde recibirla. Necesito regresar y traer lo necesario, se dijo.

Todavía dudando en dejarla sola, la cubrió parcialmente con hojas secas que recogió y volvió a pedirle que tratara de no hacer ruido. Flora quedó solo con la compañía del gato que en esos momentos aparecía de entre la bruma que comenzaba a descender.

El siseo del afluente resultaba un llamado continuo, iba a poder mitigar la sed que durante días la había atosigado, se puso en pie con grandes esfuerzos para acercarse hasta la orilla. Antes de llegar a la ribera del gran río, sin alcanzar el estero, un espasmo de dolor la hizo doblarse y caer.

Por el horizonte, las tropas comandadas por el árabe musulmán Tariq Ibn Ziyad se acercan para someter y conquistar la ciudad imperial que después nombrarán Tulaytula, la primera población estratégica de la otrora gran Hispania de los romanos y que en esos momentos será el último reinado visigodo y, en el futuro, la ciudad de las tres culturas.

El tullido va tan ágil como le permite su única pierna. Cerca, muy cerca el galope retumba en sus oídos. Apenas tiene tiempo de alcanzar el quicio de la puerta de la casucha, en cuyo interior ratas y musarañas ya trepan cazuelas, unas roen las patas de la mesa y otras, encaramadas sobre el cuerpo de la fallecida empiezan a hacer lo propio.

El lisiado está en busca de un trapo más o menos limpio tapándose la nariz con el antebrazo cuando una tea ardiendo cae sobre el techo, el sitio de los rebeldes da inicio prendiendo fuego a las edificaciones circundantes, los moradores, por encontrar refugio, corren despavoridos hacia el centro de la ciudad: una manera de acorralarlos.

Nunca nadie sabrá de un nacimiento muy cerca del Tajo y si ese prematuro sobrevivió. Tampoco lo sucedido a la madre. Tiempo después comenzará a relatarse la leyenda de una joven que rondaba sin cesar el borde del torrente en busca de algo, que a la distancia podía escucharse el maullido de un gato y que ya fuera durante la claridad del día o en las noches de luna, esa mujer acunaba entre

sus brazos a un vástago inexistente mientras el canturreo del agua le servía de arrullo.

25. Huir antes que morir

En su oficina, Dolores Gómez Carrión, directora del albergue, estaba tratando de dar prioridad a una lista interminable de pendientes, como siempre, Grecia abrió la puerta y, seguida por las chicas fue hasta la ventana a la calle.

—Lolis, es importante que escuchemos a estas niñas, parece que alguien estaba vigilando y lo peor, dicen que la Rusita se fue o la sustrajeron, no lo saben… no sabemos, en un automóvil negro que arrancó rayando llantas.

Conforme surgían las preguntas, el agente Emilio Cervantes —a quien llamaron tan pronto como las jóvenes comenzaron a contar— iba tomando notas en una libreta. La directora notó el nerviosismo de Azucena, y eso la intrigó aún más. Que alguien hubiera salido por su propio pie no estaba bien, pero un secuestro, eso no debía ocurrir, las asiladas podrían estar en riesgo. Cuidar su integridad era parte del compromiso que el personal adquiría y, desde luego, en esos momentos pensó en Pedro, el portero contratado hacía poco a quien tendría que cesar. Por su parte, Berenice empezó a sentirse atraída por el agente, un muchacho alto y rubio que más que policía, para ella tenía toda la pinta de un modelo de pasarela.

Cuando terminó el interrogatorio, y antes de despedirse, el detective Cervantes pidió a las jóvenes que apuntaran su número de celular para comunicarle cualquier situación que les pareciera extraña.

—Pero, ¿qué van a hacer? ¡Tienen que salir a buscarla y pronto!

—No hay motivo para preocuparse, señorita Azucena, sabemos cómo manejar estos casos y lo primero será comprobar si en verdad la levantaron, aunque no lo creo.

—Y yo creo que se equivoca, Emilio, ¿cómo puede afirmar eso si no le consta? Más bien hay que buscar. ¿Por qué no avisa, no sé, a las terminales de autobuses o en el aeropuerto?

—Porque la búsqueda sería más efectiva si tuviéramos el número de

placas del automóvil y…

—A ver, hija, mejor tú y Bere vayan a tomar algo fuera de aquí. Mira, pueden ir a la casa, le digo a Adela que les prepare algo de comer y estate tranquila, ya nos encargamos nosotros.

—Yo estoy de acuerdo, ¡tengo un hambre! Oye, y no me veas así, Azu, apenas si desayunamos.

—¡Bueno, es que a ti lo único que te importa es comer!, ¿eh?

En lo que Grecia se comunicaba con el ama de llaves, los tres jóvenes se dirigieron al patio y, antes de despedirse, Emilio volvió a tratar de que hicieran memoria, servía cualquier detalle por insignificante que les hubiera parecido, tal vez algo del individuo que creyeron ver. El interrogatorio cesó cuando avisaron que el chofer de la abogada ya estaba esperando para llevarlas a la casa en Polanco.

Mientras iban en el coche, la mente de Azucena fluctuaba entre dos posibilidades: Lena huía por algún motivo y no sería para volver a una relación malsana, y cambiaba al instante de opinión: no, la forzaron, no va a dejar a su hija, de seguro dieron con el lugar donde se refugió y ella es tan débil, pobrecita. Intentaba saber la verdad, pero ambas perspectivas eran viables. Lo único cierto era que, de algún modo, había salido y nadie se había dado cuenta y eso era tan reprobable como acusarla sin antes conocer todos los detalles.

—A ver y en qué íbamos a ayudar. Si te digo, andas muy quisquillosita, muy piquis miquis, todo te molesta. ¡Güey!, nomás piensas en ayudar a quien no te ha pedido que lo hagas. Para qué te metes en broncas, y de gratis.

Muy a su pesar debía admitir que Berenice no se equivocaba, sí la había alterado la visita a Julián, pero estaba lo otro, aunque a nadie se lo hubiera confiado. Ya hacía más de seis semanas que no menstruaba, trató de convencerse: todo era producto de la tensión por el viaje y muchos días de mal comer, pero la última vez que estuvo con Ahmed se olvidaron del condón, lo dejaron a la suerte y ahora la suerte se ponía en su contra. La mañana en que Bere lo

mencionó de inmediato rechazó la idea, cómo se le ocurría que estuviera embarazada, porque, además, ella no estaba lista para ese tipo de responsabilidades. De pronto, lo sucedido a la Rusita aumentó su propia desesperación, un hijo no debe abandonarse, pensó, y sin recapacitar en lo que hacía pidió al chofer que se detuviera.

—¿Y ahora qué, güey? Hay mucho tránsito, todos van a vuelta de rueda y quién sabe a qué hora lleguemos a comer. De seguro lo que nos tienen preparado es un banquete, y chance ya hasta se lo dieron al gato… ¡Chin, creo que ahora sí ya la cagué!

—Aquí me bajo, por favor siga a casa de mi mamá.

—Estás como trepanada del cerebro si crees que te vas a ir sola así nomás. ¡Oye, espérame!

El semáforo se puso en verde, los demás coches comenzaron a sonar las bocinas y la joven aprovechó para caminar en sentido opuesto a la dirección en que iba el carro para luego perderse entre los peatones. Buscó la dirección en su celular y antes de cruzar avenida Chapultepec, paró un taxi, estaba resuelta a volver al departamento de su papá. Alguien debía ayudarla.

No muy lejos de ahí, en la calle de Tabasco, después de abandonar el Camry negro, la pareja entraba al cuarto alquilado. Debían esperar unas horas antes de hacer cualquier movimiento para salir de la ciudad. Como autómata, Lena se acomodó en el pequeño sofá de dos plazas que ocupaba la mitad del espacio, mientras Ángel respondía que la pequeña estaba bien, creyó que andaba de viaje, pero que pronto volvería, así trataba de tranquilizarla asegurándole que todo iba a salir bien. Ella se quedó mirando esos brazos de musculatura firme donde pensó que encontraba refugio. Luego volvió a su realidad. ¿En qué pensaba cuando creyó todo lo que ofrecía ese sitio en internet? ¿Cómo imaginar que sería vendida como mercancía? No creas todo lo que dicen, Lena, volvieron a insistir sus padres antes de que pasara por el boleto de avión; sin embargo y como les dijo, si no lo intento, voy a arrepentirme toda la vida. Pronto sabría que el tiempo para arrepentimientos había pasado.

En el desorden de cama que no se detuvieron en abrir, Lena deshizo el cerco de los brazos de Ángel, que la retenía muy junto y que en esos momentos yacía como muerto después de colmar su deseo de amarla. Debía sentirse feliz, se iba con quien la amaba en verdad y ella sentía lo mismo por él. Sin embargo, no bastaban las promesas de una vida en armonía, los dos solos en un lugar paradisíaco, muy cerca del mar, donde nunca hace frío y la nieve nada más se ve en las fotos de los calendarios, como le decía para convencerla.

Nina, Ninoshka, pensó y un sentimiento amargo de traición surgió sin que pudiera hacer nada para retenerlo. Había llegado la hora y se juró y le juró que no habría remordimientos… pero por más que lo intentó no pudo convencer a su corazón, al fin lo admitía. Sus lágrimas resbalaban sin que hiciera algo por detenerlas. Creyó que ya no le quedaba más llanto después de todo el vertido durante su estancia en el refugio, pero su tristeza pudo más. Ángel se espabiló el letargo, se incorporó y después de que transcurrieron varios segundos acabó por intuir lo que tanto temía.

—¿Qué pasa, mi reina? —al fin se decidió a preguntar.

—Ángel, yo… ya no estoy segura.

—A ver, a ver, mi alma. ¿Quieres decir que ya no estás de acuerdo con lo que vamos a hacer? Si prefieres otro lugar…

—No es eso. No te enojes, por favor. Es que pienso en…

—Es por tu chavita, ¿verdad?

Asintió en silencio, al mismo tiempo que sus sueños agonizaban.

—Aunque creas que soy un bruto, te entiendo. Pensé que esto podría pasar, pero la verdad es que ya me había hecho la ilusión de que fueras para mí. Pero, pues te ganó el sentimiento, eres una buena madre. Ni hablar. ¿Qué quieres que hagamos? Y cambia esa carita, que te juro por la Virgencita que haré lo que me pidas para que estés contenta.

—¡Ángel, yo debí encontrarte antes!

—Pos sí, mi reina, pero a veces la vida nos pone el pie y ya ves. No

se me achicopale. La bronca que nos espera sí está de la chingada, no te lo niego, pero le vamos a echar coco para ver cómo salimos de esta.

Caminaba cinco pasos y debía dar vuelta para no chocar con la pared, así estuvo Ángel bastante tiempo mientras la Rusita lo seguía con la mirada: no solo la manera en que la trataba la había conquistado, desde la primera vez que lo vio, le llamó la atención su piel morena, el cabello muy negro y siempre impecablemente vestido de traje gris. Ante sus ojos, el chofer y guardaespaldas era lo opuesto a Rodrigo; ese hombre elegante y bien parecido era internamente un ser despreciable.

—Lo único que se me ocurre no te va a gustar, pero no le veo otra salida, mi reina. A ver, siéntate aquí, junto a mí. Ya sé que no te va a parecer nadita lo que te voy a proponer, pero como me decía mi jefecito: esta bronca "la bebes o la derramas", por vida de Dios, ya no hay de otra.

—No entiendo.

El muchacho, acostumbrado a estar listo para sortear lo inesperado, siempre tenía un plan B, y que además por ser escolta sabía de la posibilidad de que ocurriera lo inadmisible en cualquier situación de riesgo, se armó de valor para explicarle lo único viable para que ella saliera bien librada del brete en que se habían metido.

—Vas a decir que te rapté —por la cara que puso la chica, abundó para explicar la estrategia—. Que tú no querías, pero que desde hace un mes yo te saqué de la casa a la fuerza, ¿de acuerdo?

Ella se levantó, se acomodó la ropa y el cabello. Con los brazos cruzados sobre el pecho se acercó a mirar por la ventana sin saber qué contestar. Casi la abandonó, estuvo a punto de dejar a su hija en manos de un ser a quien despreciaba y esa acción la acompañaría por el resto de su vida; y ahora Ángel la volvía a salvar, le daba la oportunidad de rectificar sacrificándose por ella. ¿Podría su conciencia liberarla de esa carga? Si aceptaba era tanto como consentir que su verdadero amor, quien siempre la había ayudado, sufriera por redimirla de la culpa, y tampoco le parecía una buena opción. Lo tratarían como a un criminal, si es que

Rodrigo no lo mandaba matar antes, de ese tipo de acciones era capaz y más.

—Yo no puedo eso.

—Es que no le veo otra salida, mi alma. ¿Crees que no le he dado vueltas a ver si se me ocurría algo más? —acercándose a ella—. Ahorita no estoy en la chamba porque pedí mis vacaciones y que me prestaran el coche, pero Manjarrez no es pendejo, si no aprovechamos antes de que se las masque nos vamos a arrepentir.

El escolta-chofer no estaba equivocado, Rodrigo Manjarrez no era ningún pendejo y desde un principio estuvo al tanto de lo que ocurría. Supo cuando Lena, ayudada por Rosma, se escondió en el centro para mujeres maltratadas; el momento en que Ángel fue por ella y el romance que entre ellos había nacido bastante tiempo atrás. Si no alzó un dedo antes fue porque no le convenía, habría perdido la oportunidad de matar dos pájaros de un tiro. La rusa ya le había colmado la paciencia luego del tiempo de vida en común; le exasperaba tener que explicarlo todo, él que nunca le rindió cuentas a nadie, no iba a empezar y menos a quien debía estarle más que agradecida; él la había llenado de lujos, vivía como una reina y no en el pueblucho de donde la sacó. Pobre estúpida, pensaba, nunca consiguió estar a la altura, y del mismo modo que se finiquita un negocio que no prospera, ese matrimonio debía terminar. Estuvo al tanto de los boletos para Los Cabos y si no actuó entonces fue para hacer creer a la parejita que lo habían burlado, su venganza iba a ser letal, sobre todo, sin cargo de conciencia, y una manera limpia de conseguir la custodia de la pequeña Nina, su tesoro. Los sicarios cumplirían sus instrucciones, nadie iba a estorbar sus planes.

De pronto, Ángel la tomó del antebrazo retirándola con violencia de ahí; de un coche conocido se bajaban dos de los otros escoltas del licenciado; no apagaron el motor y alcanzó a ver una sombra que permanecía en el asiento de atrás y él ya sabía de quién se trataba.

—Pos alguien ya decidió por nosotros —con su navaja cortó el cordón de la cortina, le ató las manos y ya no tuvo tiempo de taparle la boca con el trozo de sábana que también había rasgado—. ¡No digas nada! ¡Yo te traje aquí a la fuerza, te he drogado y no

sabes cuánto tiempo ha pasado! ¿Me entiendes?

Ella asentía moviendo la cabeza, las lágrimas nublaban sus ojos.

¿Cómo fue que nos localizaron?, pensó Ángel. Los segundos pasaban lentos mientras él seguía a la expectativa en espera de que los escoltas forzaran la entrada, los recibiría a punta de balazos si fuera necesario; era preferible morir antes que ser entregado a Rodrigo Manjarrez, sabía bien lo que le esperaba. Protegió a Lena haciendo que se sentara en un rincón por si había tiroteo, algo que no podía descartar. La angustia se prolongaba, los matones estaban tardando más de la cuenta en dar con ellos.

Ella continuaba negando con la cabeza, con la vista velada por el llanto, de pronto se levantó, fue hacia él. Antes de que pudiera hacerla retroceder, la puerta cedió con un puntapié.

—¡Déjala, cabrón! ¡Ya te cargó la chingada!

Ángel intentó arrojarla sobre la cama para cortar cartucho, pero Lena se mantuvo firme. Antes siquiera de que pudiera disparar, dos detonaciones los alcanzaron. Una bala fue a darle en el pecho a él y la otra a ella, en la sien.

26. Todo será distinto

En ese atardecer, cuando la luz del día iba muriendo al tiempo en que los arbotantes son activados para iluminar la calle, la desilusión de Azucena se convirtió en un remolino de imágenes y otra vez en su mente apareció la mirada de Ahmed, su lobo hambriento, como le decía desde la primera vez que salieron. El enojo que sintió al principio se había trasmutado en una serie de justificaciones por el hermetismo del muchacho. Se le perdió el celular, se dijo, luego recapacitaba, recurrió a las oficinas del colegio para que le dieran el número de teléfono donde pueden localizarme y, claro, por confidencialidad no se lo dieron; o lo peor, sufrió un accidente y nadie me ha avisado. Fuera la razón que fuere, en su alma se estaba instalando un sentimiento de congoja, una arraigada añoranza. Extrañaba sus besos, la manera en que la sujetaba con fuerza, pero con ternura, el amor que veía reflejado en sus ojos de un verde profundo cuando se amaban. Había confiado plenamente en él, ¿por qué tardaba tanto en llegar? Si supiera cómo lo necesito, dijo casi en un susurro mientras seguía caminando como autómata.

Sintió un mareo y ganas de volver el estómago, se hizo a un lado, a la orilla de la banqueta y ahí arrojó un líquido amargo. Reprimió el llanto, y se sentó a un lado de su vómito, no sentía fuerza ni para incorporarse. Se quedó durante varios minutos con la frente apoyada sobre sus rodillas, en la misma postura que toman los pasajeros en un avión que va a estrellarse. Cómo saber si fue la adrenalina que circulaba por su sistema como caballo encabritado o lo poco que había comido durante el día que hizo que se tambaleara cuando al fin pudo ponerse de pie, lo cierto es que no vio el vehículo que pasó a toda velocidad justo cuando ella cruzaba la calle.

Al entrar a su casa, lo primero que hizo Grecia fue averiguar qué había pasado con las chicas. ¿Dónde estaban Azucena y su amiga?

—La única que vino fue Berenice, señora. Cuando le pregunté por la señorita me dijo que se había bajado del coche sin explicar a dónde iba.

—¿Y por qué no me avisaron? ¿Sabemos siquiera el lugar?

—Le pregunté al chofer y me dijo que le pidió que se detuviera cerca de avenida Chapultepec. La señorita Berenice tampoco sabe, le ofrecí de comer, pero solo quiso un poco de pasta y enseguida se fue. Vi cómo varias veces trataba de comunicarse con la señorita, y parece que trae el celular apagado. Me dijo que iba a buscarla en vez de ir a clase.

El ama de llaves seguía esperando instrucciones, y ella sin dar un paso más, trataba de entender el proceder de su hija. Claro, se dijo, fue a verlo. Pues no, no iba a llamarlo solo por un berrinche más. Estaba haciendo lo mismo que de niña, recurrir a papá cuando ella la regañaba por algo, era un patrón de conducta que no había podido romper, y de seguro se las ingenió incluso para quedarse ahí a dormir, todo con tal de contrariarme, volvió a decirse.

—Está bien, Adela, gracias.

—¿Va usted a tomar algo, doctora?

—Sírveme un vodka en las rocas y algo para picar, la verdad es que se me fue el apetito, además ya es tarde y estoy agotada. Voy al estudio.

Por décima vez marcó el número de su hija… buzón de voz. Entonces se decidió a dejarle un mensaje: “Azucena, no creo que comportándote como una criatura vayas a remediar algo. Vamos a platicar, estoy segura de que puedo ayudarte. Te has empeñado en hacerme a un lado y…” Cortó para añadir: “Cualquier problema tiene solución, hija”.

No fue a su recámara, la bebida la hizo sentirse más relajada y prefirió acomodarse en uno de los sillones, igual que las noches en que por estudiar había pernoctado ahí, aunque las más de las veces esa distancia obedeció a una discusión de la muchas que tenía con Julián.

Al despertar, marcó el celular de su hija. Nada. Entonces llamó de nuevo a Berenice. Ella no pensaba regresar a la uam hasta saber algo de Azu. Luego repitió lo que ya había dicho: la última vez que

la vio estaba muy alterada con todo el problema de la Rusita; que la esperó horas después de llegar al departamento, segura de que iba a contarle el "choro" de por qué se había bajado del carro sin explicar nada; que ni se puso la pijama por si no traía llaves, poco a poco se fue quedando dormida y cuando despertó ya era de madrugada. Trató de llamarla al celular, pero era obvio que lo traía apagado o quizá, como muchas veces, no le daba la gana contestar.

—De acuerdo, sí, no te preocupes, creo saber dónde está… sí, cuando sepa algo te aviso enseguida.

Grecia sabía que lo siguiente era llamar al investigador Cervantes para que se presentara en casa de los Quiroga, no iba a ser ella quien fuera a sacarla de ahí.

Después de hacer lo que la doctora le indicó y como no dio con ella, Emilio Cervantes se decidió a indagar en Locatel por si hubiera reportes de los separos de la policía y de los hospitales.

Grecia salía de la regadera cuando oyó que sonaba su celular.

—Sí, Emilio, soy yo. Dígame. ¡¿Dónde?! En seguida voy para allá… y háblele a Berenice, por favor… sí, solo a ella, gracias.

Coincidieron en la entrada del Hospital Xoco. El agente Cervantes les explicó cómo Azucena había sido ingresada durante la noche anterior después de que los paramédicos de la ambulancia la recogieron.

El reporte que le dieron fue contusión cerebral por traumatismo a causa de atropellamiento en vía pública.

—¡Dios mío! ¿Detuvieron al conductor? Necesitamos ver eso, Emilio.

—Me adelanté y ya revisé los videos, pero como siempre, una de las cámaras no estaba funcionando y la otra captó parte de lo sucedido. Fue un coche, un compacto, y por la hora y el color gris del vehículo que, además iba demasiado rápido, no se distinguen placas y modelo. El culpable se dio a la fuga. Los testigos fueron las personas que transitaban por el lugar. Ya estuve ahí y, al parecer, el

automovilista no es del rumbo.

—¡De seguro un puto drogo! —Bere, que se había quedado atrás, abría la boca por primera vez. —Bueno, perdón, pero es que… es para encabronarse… en serio, ¡cómo que el tipejo se va y la deja ahí tirada! Con razón ella no respondía… ¡pobre de mi amiga!

—Cálmate, Bere. Antes que nada, ¿dónde la tienen, Emilio? ¿Ya la atendieron? Quiero verla.

—Sí, pero creo que es mejor que la trasladen a otro hospital, alguno que usted conozca, doctora Cáceres. Aquí a veces tardan mucho por la cantidad de emergencias que atienden, me consta.

En la sala de urgencias del Hospital Español confirmaron el diagnóstico, la inflamación que Azucena presentaba después del golpe en la cabeza requería observación continua. Lo peor, se decía Grecia, además del accidente y que estuvo sola, era verla entubada al respirador, rodeada de aparatos, el pitido constante, cables que se perdían bajo la bata de hospital, le parecía de nuevo una pequeña.

Como si no quisiera perturbar el sueño de su hija, con extrema delicadeza, se acercó a darle un beso.

—Mi niña, perdóname. Regresa, todo será distinto entre nosotras, te lo prometo.

Nada podían hacer sino esperar a que saliera del coma, aunque no sabrían decir cuándo iba a ocurrir eso y menos si habría secuelas. ¿Secuelas?, pensó y eso la puso más nerviosa aún.

—Por fortuna, el embarazo sigue su curso normal —dijo el médico de piso tratando de calmar a Grecia.

La noticia la dejó sin habla. Le había soltado el comentario como si nada. Tan pronto vio venir a Berenice, Grecia quiso saber si estaba al tanto de lo que ocurría a su hija.

—Vengo de hablar con el doctor de turno. ¿Sabías del embarazo de Azucena?

—Para nada, aunque ya me latía.

—Entonces, ¿no te imaginas quién puede ser el responsable? Y si ella no lo sabe con seguridad, quizás no desea conservar a ese hijo sin padre.

—Pero no podemos decidir por ella, ¿o sí? —y por no hacer algún comentario que más bien podría tomarse como chisme, desvió la plática preguntando si le habían entregado el celular de su amiga—. Es que… se me ocurre que sería bueno checar sus mensajes, me sé la clave.

Grecia se lo entregó no sin antes pedirle que no fuera a comentar lo que le había confiado.

—Creo que voy a hablar con el neurocirujano, él me puede orientar. No sé si es posible tomar una decisión unilateral, aunque si me preguntaran, ese embarazo debe suspenderse, pero bueno, en cualquier caso voy a respaldar a mi hija en lo que quiera hacer.

—Neta sí, eso es lo más justo. Bueno, voy tantito aquí afuera a ver si Emilio ya averiguó algo más.

Agradeció que Berenice la dejara sola, necesita reflexionar. Ella que nunca había dudado en situaciones extremas, se sentía perdida.

La mente de Azucena es un arroyo que no encuentra cauce.

El canto de un río que la llama, ese sonido hipnótico, el fluir del agua, la tiene cautiva en un sitio de oscuridad, no hay imágenes, solo palabras dispersas que vienen y van, un murmullo constante y adormecedor. No hay necesidad de volver, así se está bien, todo queda en el olvido, porque en lo más profundo de su ser ella no desea recordar.

Grecia toma a Azucena de la mano, la acaricia, besa su frente y se acerca a decirle algo al oído. En ese momento no existen reproches, así debió de ser siempre, se dice. El bullicio en los pasillos de afuera la devuelve a ese sitio de dolor y angustia. La paz que buscaba para acomodar las ideas que siguen contraponiéndose pronto es interrumpida por una de las enfermeras.

Berenice revisa primero los mensajes del chat con Ahmed Assani,

pero está en blanco, las últimas conversaciones son de tres meses atrás. Comprende, entonces, que su amiga quisiera ocultar la decepción que la agobiaba casi desde el instante en que regresó; no quería mostrar debilidad ni siquiera a sí misma, negaba la situación que estaba viviendo y, por si fuera poco, no tenía el respaldo de quien debiera estar cerca. Por eso tanto interés en el caso de Lena, piensa, como si ella se estuviera defendiendo a través de la Rusita, y el culpable de lo que sufría fuera a pagar por las dos, un buen desquite. Pero no tanto, porque ahora está en esa cama sin poder desahogarse, vuelve a pensar y sin ningún freno dice en voz alta:

—¡Qué pinche, Azu! ¿Por qué no me lo contaste?, ¿no que muy amigas?

Al repasar la lista de mensajes, la conmueve ver cuántos recados le ha enviado Julián Quiroga, los de la doctora Cáceres y los suyos. Regresa al cuarto: —Todo este pedo fue por mi culpa —siente la extrañeza de la abogada que en ese momento se acercaba a ella— tenía que haberla acompañado.

—¿Qué dices, Bere? Nadie puede responsabilizarse de lo que otros hacen. Además, los accidentes solo suceden y ya. Ella debió confiar en nosotras, en alguna, al menos. Y yo pensando que se había refugiado con su papá. Mira, ve por algo para comer o por un café, quién sabe cuánto tiempo estaremos aquí.

—No, gracias, ya hasta el hambre se me fue. Por cierto, aquí hay muchos *Whats* de su papá.

—¿Y llamadas? ¿Siquiera se molestó en tratar de hablar con ella? Presiento que debió pasar algo grave cuando fue a verlo… En fin, no estamos aquí para hacer conjeturas, lo que pasó, pasó y ahora debemos lidiar con el resultado.

—Es que sí hay tres llamadas de él, casi una después de otra.

La abogada reconoce que a pesar de todo, Julián es su padre.

En los días que siguen, en la mente de Azucena se repite el fluir de un arroyo, canción de cuna que da sosiego a su alma, un sonido acompasado que la regresa al útero materno, la protege del exterior,

lejos del sufrimiento o el peligro. Y, pese a que su rostro refleja paz, también es el semblante de alguien que ha perdido la vida.

Desde la lejanía, a sus oídos llegan algunas voces que la corriente va opacando: “Hija, estoy aquí contigo, vuelve, por favor.” Ella intenta responder y, aunque hace el esfuerzo, las palabras se le atoran en la garganta, a cada minuto la angustia por comunicarse sin lograrlo resulta una bruma espesa.

Se ve caminando por un sitio desconocido, lucha por abrirse paso entre los matorrales, debe llegar, pero a dónde; grandes encinos vigilan el trazo de los meandros, y el verde, ese tono constante que inunda el paisaje, empieza a inquietarla; máculas azules matizan el cielo, y ella sigue buscando. Las zarzas son uñas filosas que la detienen mientras en el aire flota un pronunciado aroma a rosas. Cerca de la ribera pierde el equilibrio y cae en la orilla donde el torrente es más caudaloso. Escucha el llanto de una criatura, se incorpora, quiere llegar hasta el lugar de donde surge el sollozo. Busca, sabe que está ahí por algún sitio, pero el verde va cerrándose más y más.

Ahora, muy cerca, sus oídos captan algo que la hace vibrar, no es una voz de mujer, como antes, sino una que conoce bien, que anhelaba escuchar, y que en esos momentos llega hasta el fondo de su corazón: “Azusanná, he venido. Te amo, necesito que regreses a mí”.

Cuando al fin logra salir de esa bruma, lo primero que ve son los ojos sombreados, de un verde profundo. Ahmed Assani está a su lado.

ÍNDICE

Preámbulo

1. En la oscuridad

2. La espía

3. Un futuro brillante

4. Ante el rey

5. Lejos

6. En la corte

7. Recuerdos

8. La revelación

9. Ahmed

10. Sin custodios

11. Centro comunitario

12. La fíbula

13. Lo inevitable

14. La confesión

15. A prueba de todo

16. Ausente

17. Con un poco de suerte

18. La amenaza

19. Una dirección equivocada

20. Destino es sentencia

21. Vínculos rotos

22. Una última esperanza

23. Incompleta

24. Leyenda

25. Huir antes que morir

26. Todo será distinto

Siempre interesada por la expresión escrita, **Cristina Harari** ha incursionado en distintos géneros de la literatura. Ediciones Mixcóatl/Endora publica sus cuentos *Allegro non tropo* (2001); Anonimodrama Ediciones, *Allegro Andame* (2003); aBrace Ediciones de Uruguay, una serie de relatos (2005), y su primera novela *Noche de esfinges* se publica en 2007 bajo el sello de Endora. Es coautora de *Extravíos y demonios* (poesía, 2013) y queda finalista en la convocatoria de cuento Endora-Sótano (2014). Sus recientes novelas: *El sabor de los geranios* y *Espejos en el Tiempo* son publicaciones de Editorial Trópico de Escorpio.

trópico de
ESCORPIO
editorial